

EL ARMA DE LA

ORACION



El Arma de la Oración

Autor(es): Bounds, Edward M. (1835-1913)

I. LA ORACIÓN ES ESENCIAL PARA DIOS

«Entonces clamarás, y el Señor responderá; gritarás, y él dirá: Heme aquí. Versículo 14: Entonces te deleitarás en el Señor; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre; porque la boca del Señor lo ha hablado» (Isaías 58:9).

Nunca debe olvidarse que el Dios Todopoderoso gobierna este mundo. No es un Dios ausente. Su mano está siempre en el acelerador de los asuntos humanos. Está presente en todas partes en los asuntos del tiempo. «Sus ojos miran, sus párpados prueban a los hijos de los hombres». Gobierna el mundo tal como gobierna la Iglesia mediante la oración. Esta lección necesita ser enfatizada, reiterada y re-reiterada en los oídos de los hombres de los tiempos modernos y aplicada con fuerza acumulativa a las conciencias de esta generación cuyos ojos no tienen visión para las cosas eternas, cuyos oídos son sordos hacia Dios.

Nada es más importante para Dios que la oración en su trato con la humanidad. Pero es igualmente de suma importancia para el hombre orar. La falta de oración es fracaso en toda la línea de la vida. Es fracaso del deber, del servicio y del progreso espiritual. Dios debe ayudar al hombre mediante la oración. Quien no ora, por lo tanto, se priva a sí mismo de la ayuda de Dios y coloca a Dios donde no puede ayudar al hombre. El hombre debe orar a Dios si ha de existir el amor por Dios. La fe y la esperanza, y la paciencia y todas las fuerzas fuertes, hermosas y vitales de la piedad están marchitas y muertas en una vida sin oración. La vida del creyente individual, su salvación personal y sus gracias cristianas personales tienen su ser, florecimiento y fruto en la oración.

Todo esto y mucho más puede decirse en cuanto a la necesidad de la oración para el ser y el cultivo de la piedad en el individuo. Pero la oración tiene una esfera más amplia, un deber más obligado, una inspiración más elevada. La oración concierne a Dios, cuyos propósitos y planes están condicionados por la oración. Su voluntad y su gloria están ligadas a la oración. Los días del esplendor y la fama de Dios siempre han sido los grandes días de oración. Los grandes movimientos de Dios en este mundo han sido condicionados, continuados y

moldeados por la oración. Dios se ha puesto a sí mismo en estos grandes movimientos justo como los hombres hanorado. La oración presente, prevaleciente, conspicua y dominante siempre ha traído a Dios para estar presente. La prueba real y obvia de una obra genuina de Dios es la prevalencia del espíritu de oración. Las fuerzas más poderosas de Dios sobrecargan e impregnan un movimiento cuando las fuerzas más poderosas de la oración están allí.

El movimiento de Dios para sacar a Israel de la esclavitud egipcia tuvo su inicio en la oración. Tan temprano Dios y la raza humana establecieron el hecho de la oración como una de las fuerzas graníticas sobre las cuales habrían de basarse sus movimientos en el mundo.

La petición de Ana por un hijo comenzó un gran movimiento de oración por Dios en Israel. Las mujeres que oran, cuyas oraciones como las de Ana pueden dar a la causa de Dios hombres como Samuel, hacen más por la Iglesia y el mundo que todos los políticos de la tierra. Los hombres nacidos de la oración son los salvadores del estado, y los hombres saturados de oración dan vida e impulso a la Iglesia. Bajo Dios son salvadores y ayudadores tanto de la Iglesia como del estado.

Debemos creer que el registro divino de los hechos acerca de la oración y de Dios se da para que seamos constantemente recordados de Él, y seamos siempre refrescados por la fe de que Dios sostiene a su Iglesia para el mundo entero, y que el propósito de Dios se cumplirá. Sus planes concernientes a la Iglesia se llevarán a cabo de la manera más segura e inevitable. Ese registro de Dios se ha dado sin duda para que quedemos profundamente impresionados de que las oraciones de los santos de Dios son un gran factor, un factor supremo, en llevar adelante la obra de Dios, con facilidad y a tiempo. Cuando la Iglesia está en la condición de oración, la causa de Dios siempre florece y su reino en la tierra siempre triunfa. Cuando la Iglesia deja de orar, la causa de Dios decae y prevalece el mal de todo tipo. En otras palabras, Dios obra mediante las oraciones de su pueblo, y cuando estos le fallan en este punto, sobrevienen la decadencia y la muerte espiritual. Es conforme a los planes divinos que la prosperidad espiritual venga por el canal de la oración. Los santos que oran son los agentes de Dios para llevar a cabo su obra

salvadora y providencial en la tierra. Si sus agentes le fallan, negándose a orar, entonces su obra fracasa. Los agentes orantes del Altísimo son siempre precursores de la prosperidad espiritual.

Los hombres de la Iglesia de todas las épocas que han sostenido la Iglesia para Dios han tenido en abundante plenitud y riqueza el ministerio de la oración. Los gobernantes de la Iglesia que las Escrituras revelan han tenido preeminencia en la oración. Eminentes, pueden haber sido, en cultura, en intelecto y en todas las fuerzas naturales o humanas; o pueden haber sido humildes en logros físicos y dones naturales; sin embargo, en cada caso la oración fue la fuerza todopoderosa en el gobierno de la Iglesia. Y esto fue así porque Dios estaba con ellos y en lo que hacían, pues la oración siempre nos lleva de vuelta a Dios. Reconoce a Dios y trae a Dios al mundo para obrar y salvar y bendecir. Los agentes más eficientes en diseminar el conocimiento de Dios, en proseguir su obra sobre la tierra, y en mantenerse como rompeolas contra las olas del mal, han sido los líderes de la Iglesia que oran. Dios depende de ellos, los emplea y los bendice.

La oración no puede ser relegada como una fuerza secundaria en este mundo. Hacerlo es retirar a Dios del movimiento. Es hacer a Dios secundario. El ministerio de la oración es una fuerza que todo lo absorbe. Debe serlo, para ser una fuerza en absoluto. La oración es el sentido de la necesidad de Dios y el llamado a la ayuda de Dios para suplir esa necesidad. La estima y el lugar de la oración es la estima y el lugar de Dios. Dar a la oración el lugar secundario es hacer a Dios secundario en los asuntos de la vida. Sustituir otras fuerzas por la oración, retira a Dios y materializa todo el movimiento.

La oración es una necesidad absoluta para el debido desarrollo de la obra de Dios. Dios lo ha hecho así. Esta debe haber sido la razón principal por la cual en la Iglesia primitiva, cuando surgió la queja de que las viudas de ciertos creyentes habían sido desatendidas en la administración diaria de las beneficencias de la Iglesia, los doce convocaron a los discípulos y les dijeron que buscaran a siete hombres, «llenos del Espíritu Santo y de sabiduría», a quienes nombrarían sobre esa obra benéfica, añadiendo esta importante declaración: «Pero nosotros perseveraremos en la oración y en el ministerio de la Palabra». Sin duda

comprendieron que el éxito de la Palabra y el progreso de la Iglesia dependían en un sentido preeminente de que ellos «se entregaran a la oración». Dios podía obrar eficazmente a través de ellos en la medida en que se entregaran plenamente a la oración.

Los Apóstoles dependían de la oración tanto como las demás personas. La obra sagrada —las actividades de la Iglesia— puede ocuparnos y absorbernos de tal manera que impida la oración, y cuando este es el caso, siempre siguen resultados malignos. Es mejor dejar que la obra se pierda por defecto que dejar que la oración se pierda por negligencia. Todo lo que afecta la intensidad de nuestra oración afecta el valor de nuestra obra. «Demasiado ocupado para orar» no es solo la clave de la apostasía, sino que incluso echa a perder la obra realizada. Nada se hace bien sin la oración por la sencilla razón de que deja a Dios fuera de la cuenta. Es tan fácil ser seducido por lo bueno para descuidar lo mejor, hasta que tanto lo bueno como lo mejor perecen. ¡Con cuánta facilidad pueden los hombres, incluso los líderes en Sion, ser llevados por las insidiosas artimañas de Satanás a acortar nuestra oración en aras de la obra! ¡Qué fácil es descuidar la oración o abreviar nuestro orar simplemente con la excusa de que tenemos obra de la Iglesia entre manos! Satanás nos ha desarmado eficazmente cuando puede mantenernos demasiado ocupados haciendo cosas como para detenernos y orar.

«Perseveremos en la oración y en el ministerio de la palabra». La Versión Revisada lo expresa así: «Perseveraremos en la oración». La implicación de la palabra usada aquí significa ser fuerte, firme, estar dedicado a, mantenerse en ello con cuidado constante, hacer de ello un negocio. Encontramos la misma palabra en Col. 4:12, y en Romanos 12:12, que se traduce: «Perseverando en la oración».

Los Apóstoles estaban bajo la ley de la oración, ley que reconoce a Dios como Dios, y depende de Él para hacer por ellos lo que no haría sin la oración. Estaban bajo la necesidad de la oración, tal como lo están todos los creyentes, en toda época y en todo lugar. Tenían que estar dedicados a la oración para hacer eficaz su ministerio de la Palabra. El negocio de la predicación vale muy poco si no está en asociación directa con el negocio de la oración. La predicación apostólica no

puede llevarse a cabo a menos que haya oración apostólica. ¡Ay, que esta verdad tan clara haya sido olvidada tan fácilmente por quienes ministran en las cosas santas! Sin hacer crítica alguna al ministerio, sentimos que es ya tiempo de que alguien declare a sus miembros que la predicación eficaz está condicionada por la oración eficaz. La predicación que tiene más éxito es aquel ministerio que tiene mucho de oración en él.

Quizás uno podría ir tan lejos como para decir que es el único tipo que tiene éxito. Dios puede usar poderosamente al predicador que ora. Él es el mensajero escogido de Dios para el bien, a quien el Espíritu Santo se complace en honrar, el agente eficaz de Dios para salvar a los hombres y edificar a los santos.

En Hechos 6:1-8 tenemos el registro de cómo, hace mucho tiempo, los Apóstoles sintieron que estaban perdiendo —habían perdido— el poder apostólico porque no tenían alivio de ciertos deberes con el fin de entregarse más a la oración. Así que hicieron un alto porque descubrieron con pesar que eran demasiado deficientes en la oración. Sin duda mantenían la forma de orar, pero era seriamente defectuosa en intensidad y en cuanto a la cantidad de tiempo dedicado a ella. Sus mentes estaban demasiado preocupadas por las finanzas de la Iglesia. Así como en este día encontramos en muchos lugares tanto a laicos como a ministros tan ocupados en «servir a las mesas», que son notablemente deficientes en la oración. De hecho, en los asuntos de la Iglesia actual, los hombres son considerados religiosos porque dan generosamente de su dinero a la Iglesia, y los hombres son elegidos para posiciones oficiales no porque sean hombres de oración, sino porque tienen la capacidad financiera para administrar las finanzas de la Iglesia y conseguir dinero para la Iglesia.

Ahora bien, estos Apóstoles, al examinar este asunto, determinaron dejar de lado estos obstáculos que surgían de las finanzas de la Iglesia, y resolvieron «entregarse a la oración». No que estas finanzas debieran ser ignoradas o dejadas de lado, sino que se podían encontrar laicos ordinarios, «lentos de fe y del Espíritu Santo», hombres verdaderamente religiosos, que podían atender fácilmente este asunto del dinero sin afectar en lo más mínimo su piedad ni su oración, dándoles así algo que hacer en la Iglesia, y al mismo tiempo quitando la

carga de los Apóstoles, quienes ahora podrían orar más, y orando más, ser bendecidos ellos mismos en su alma, y al mismo tiempo hacer más eficazmente la obra a la que habían sido llamados.

Comprendieron, también, como no lo habían comprendido antes, que estaban siendo tan apremiados por la atención a las cosas materiales, cosas rectas en sí mismas, que no podían dar a la oración esa fuerza, ardor y tiempo que su naturaleza e importancia exigían. Y así descubriremos, bajo un estrecho escrutinio de nosotros mismos algunas veces, que cosas legítimas, cosas rectas en sí mismas, cosas dignas de encomio, pueden absorber tanto nuestra atención, preocupar tanto nuestras mentes y atraer tanto nuestros sentimientos, que la oración puede ser omitida, o al menos muy poco tiempo puede ser dado a la oración. ¡Qué fácil es escabullirse del aposento secreto! Incluso los Apóstoles tuvieron que guardarse en ese punto. ¡Cuánto necesitamos cuidarnos nosotros en el mismo lugar! Las cosas legítimas y rectas pueden volverse malas cuando ocupan el lugar de la oración. Las cosas rectas en sí mismas pueden convertirse en cosas malas cuando se les permite aferrarse desordenadamente a nuestros corazones. No son solo las cosas pecaminosas las que dañan la oración. No son solo las cosas cuestionables contra las que hay que guardarse. Sino que son cosas que son rectas en su lugar, pero a las que se les permite desviar la oración y cerrar la puerta del aposento secreto, a menudo con el pretexto de autocomplacencia de que «estamos demasiado ocupados para orar».

Posiblemente esto ha tenido tanto que ver con el quebrantamiento de la oración familiar en esta era como cualquier otra causa. Es en este punto donde la religión familiar ha decaído, y justo aquí hay una causa del declive de la reunión de oración. Hombres y mujeres están demasiado ocupados con cosas legítimas para «entregarse a la oración». A otras cosas se les da el derecho de paso. La oración es dejada de lado o hecha secundaria. Los negocios van primero. Y esto no significa siempre que la oración sea segunda, sino que la oración es puesta enteramente fuera. Los Apóstoles apuntaron directamente a este punto, y determinaron que incluso los negocios de la Iglesia no debían afectar sus hábitos de oración. La oración debe ir primero. Entonces serían en hecho y en verdad los

agentes reales de Dios en Su mundo, a través de quienes Él podría obrar eficazmente, porque eran hombres que oraban, y así se ponían directamente en línea con Sus planes y propósitos, que era que Él obra a través de hombres que oran.

Cuando la queja llegó a sus oídos, los Apóstoles descubrieron que lo que habían estado haciendo no servía plenamente a los fines divinos de paz, gratitud y unidad, sino que el descontento, las quejas y la división eran el resultado de su obra, que tenía demasiado poca oración en ella. Y así la oración fue puesta prominentemente al frente.

Los hombres que oran son una necesidad para llevar a cabo el plan divino para la salvación de los hombres. Dios lo ha dispuesto así. Él es quien estableció la oración como una ordenanza divina, y esto implica que los hombres han de orar. De modo que los hombres que oran son una necesidad en el mundo. El hecho de que tan a menudo Dios haya empleado hombres de oración para cumplir Sus fines prueba claramente la proposición. Es del todo innecesario nombrar todas las instancias en que Dios usó las oraciones de hombres justos para llevar a cabo Sus designios llenos de gracia. El tiempo y el espacio son demasiado limitados para la lista. Sin embargo, uno o dos casos podrían ser mencionados. En el caso del becerro de oro, cuando Dios se propuso destruir a los israelitas a causa de su gran pecado de idolatría, en el tiempo en que Moisés estaba recibiendo la ley de manos de Dios, el ser mismo de Israel estaba en peligro, pues Aarón había sido arrastrado por la fuerte corriente popular de incredulidad y pecado. Todo parecía perdido excepto Moisés y la oración, y la oración se volvió más eficiente y obradora de maravillas en favor de Israel que la vara mágica de Aarón. Dios estaba determinado a la destrucción de Israel y de Aarón. Su ira se encendió. Era una hora temible y crítica. Pero la oración fue el dique que contuvo la furia devastadora del cielo. La mano de Dios fue detenida por la intercesión de Moisés, el poderoso intercesor.

Moisés estaba decidido a librar a Israel. Fue con él una larga y exhaustiva lucha de oración por cuarenta días y cuarenta noches. Ni por un momento aflojó su agarre de Dios. Ni por un momento abandonó su lugar a los pies de Dios, ni

siquiera por comida. Ni por un momento moderó su demanda o suavizó su clamor. La existencia de Israel estaba en la balanza. La ira del Dios Todopoderoso debía ser detenida. Israel debía ser salvado a toda costa. E Israel fue salvado. Moisés no dejó a Dios en paz. Y así, hoy, podemos mirar atrás y atribuir la existencia de la presente raza de los judíos a la oración de Moisés siglos atrás.

La oración perseverante siempre vence; Dios cede a la importunidad y a la fidelidad. No tiene corazón para decir No a una oración como la de Moisés. De hecho, el propósito de Dios de destruir a Israel es cambiado por la oración de este hombre de Dios. Es solo una ilustración de cuánto vale un solo hombre que ora en este mundo, y cuánto depende de él.

Cuando Daniel, en Babilonia, se negó a obedecer el decreto del rey de no pedir petición alguna a ningún dios ni hombre por treinta días, cerró sus ojos al decreto que lo apartaría de su cuarto de oración, y se negó a ser disuadido de invocar a Dios por temor a las consecuencias. Así que «se arrodilló sobre sus rodillas tres veces al día», y oró como lo había hecho antes, dejándolo todo en manos de Dios en cuanto a las consecuencias de desobedecer así al rey.

No había nada impersonal en la oración de Daniel. Siempre tenía un objetivo, y era una apelación a un gran Dios, que podía hacer todas las cosas. No había mimo de sí mismo, ni atención a influencias subjetivas o reflejas. Frente al terrible decreto que ha de precipitarlo desde su lugar y poder, al foso de los leones, «se arrodilló sobre sus rodillas tres veces al día, y dio gracias a Dios como antes». El gracioso resultado fue que la oración puso sus manos sobre un brazo Todopoderoso, que interpuso en aquel foso de leones viciosos y crueles y cerró sus bocas y preservó a Su siervo Daniel, que había sido fiel a Él y que había clamado a Él por protección. La oración de Daniel fue un factor esencial para derrotar el decreto del rey y para confundir a los gobernantes malvados y envidiosos, que habían puesto la trampa a Daniel para destruirlo y quitarlo del lugar y del poder en el reino.

II. PONIENDO A DIOS A TRABAJAR

«Porque desde la antigüedad los hombres no han oído, ni percibido por el oído, ni ha visto el ojo un Dios fuera de ti, que obrara por aquel que espera en él» (Isaías 64:4).

La afirmación expresada en el título dado a este capítulo no es sino otra manera de declarar que Dios, por Su propio movimiento, se ha colocado a Sí mismo bajo la ley de la oración, y se ha obligado a Sí mismo a responder las oraciones de los hombres. Él ha ordenado la oración como un medio por el cual hará cosas a través de los hombres mientras estos oran, que de otra manera no haría. La oración es una cita divina específica, una ordenanza del cielo, mediante la cual Dios se propone llevar a cabo Sus designios misericordiosos en la tierra y ejecutar y hacer eficiente el plan de salvación.

Cuando decimos que la oración pone a Dios a trabajar, es simplemente decir que el hombre tiene en su poder, mediante la oración, mover a Dios a obrar a Su propia manera entre los hombres, manera en la que Él no obraría si no se hiciera oración. Así, mientras la oración mueve a Dios a obrar, al mismo tiempo Dios pone la oración a funcionar. Como Dios ha ordenado la oración, y como la oración no tiene existencia separada de los hombres, sino que involucra a los hombres, entonces lógicamente la oración es la única fuerza que pone a Dios a trabajar en los asuntos de la tierra a través de los hombres y sus oraciones.

Que estas verdades fundamentales concernientes a Dios y la oración se mantengan en mente en todas las alusiones a la oración, y en toda nuestra lectura de los incidentes de oración en las Escrituras.

Si la oración pone a Dios a trabajar en la tierra, entonces, por la misma razón, la falta de oración excluye a Dios de los asuntos del mundo, y le impide obrar. Y si la oración mueve a Dios a obrar en los asuntos de este mundo, entonces la falta de oración excluye a Dios de todo lo concerniente a los hombres, y deja al hombre en la tierra como mera criatura de las circunstancias, a merced de un destino ciego o sin ayuda de ningún tipo de parte de Dios. Deja al hombre en este mundo

con sus tremendas responsabilidades y sus difíciles problemas, y con todas sus tristezas, cargas y aflicciones, sin Dios alguno. En realidad, la negación de la oración es una negación de Dios mismo, pues Dios y la oración son tan inseparables que nunca pueden divorciarse.

La oración afecta tres esferas diferentes de la existencia: la divina, la angélica y la humana. Pone a Dios a trabajar, pone a los ángeles a trabajar, y pone al hombre a trabajar. Extiende sus manos sobre Dios, los ángeles y los hombres. ¡Qué alcance tan maravilloso hay en la oración! Pone en juego las fuerzas del cielo y de la tierra. Dios, los ángeles y los hombres son sujetos de esta maravillosa ley de la oración, y todos estos tienen que ver con las posibilidades y los resultados de la oración. Dios se ha colocado hasta tal punto sujeto a la oración que, en virtud de Su propio nombramiento, Él es inducido a obrar entre los hombres de una manera en que no obra si los hombres no oran. La oración se aferra a Dios y lo influye a obrar. Este es el significado de la oración en lo que concierne a Dios. Esta es la doctrina de la oración, o de lo contrario no hay absolutamente nada en la oración.

La oración pone a Dios a trabajar en todas las cosas por las que se ora. Mientras el hombre en su debilidad y pobreza espera, confía y ora, Dios emprende la obra. «Porque desde la antigüedad los hombres no han oído, ni percibido por el oído, ni ha visto el ojo un Dios fuera de ti, que obrara por aquel que espera en ti» (Isaías 64:4).

Jesucristo se compromete a la fuerza de la oración. «Todo lo que pidieréis en Mi Nombre», dice Él, «eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si pidieréis algo en Mi Nombre, yo lo haré» (Juan 14:13-14). Y de nuevo: «Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que quisiereis y os será hecho» (Juan 15:7).

A ninguna otra energía está comprometida la promesa de Dios como a la de la oración. De ningún otro poder dependen tanto los propósitos de Dios como de este de la oración. La Palabra de Dios se extiende sobre los resultados y la necesidad de la oración. La obra de Dios se detiene o avanza según la oración

despliegue su fuerza. Profetas y apóstoles han urgido la utilidad, la fuerza y la necesidad de la oración. «Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto centinelas, que nunca callarán ni de día ni de noche. Los que hacéis mención de Jehová, no os deis reposo, y no le deis reposo hasta que establezca, y hasta que ponga a Jerusalén por alabanza en la tierra» (Isaías 62:6-7).

La oración, con sus antecedentes y acompañantes, es la única y sola condición del triunfo final del Evangelio. Es la única y sola condición que honra al Padre y glorifica al Hijo. La oración escasa y pobre ha debilitado el poder de Cristo en la tierra, ha pospuesto los resultados gloriosos de Su reinado, y ha retirado a Dios de Su soberanía.

La oración pone la obra de Dios en Sus manos, y la mantiene allí. Lo mira constantemente y depende de Él implícitamente para promover Su propia causa. La oración no es sino la fe que reposa en Dios, que actúa con Él, y que se apoya en Él y le obedece. Esta es la razón por la que Dios la ama tanto, por la que pone todo poder en sus manos, y por la que estima tan altamente a los hombres de oración.

Todo movimiento para el avance del Evangelio debe ser creado e inspirado por la oración. En todos estos movimientos de Dios, la oración precede y acompaña como una condición invariable y necesaria.

En esta relación, Dios hace a la oración idéntica en fuerza y poder a Sí mismo y dice a los que en la tierra oran: «Estáis en la tierra para llevar adelante Mi causa. Yo estoy en el cielo, el Señor de todo, el Hacedor de todo, el Santo de todo. Ahora, cualquier cosa que necesitéis para Mi causa, pedídmela y Yo la haré. Moldead el futuro con vuestras oraciones, y todo lo que necesitéis para los suministros presentes, mandádmelo. Yo hice el cielo y la tierra, y todas las cosas en ellos. Pedid en grande. Abre tu boca anchamente, y yo la llenaré. Es Mi obra la que estáis haciendo. Conciérne a Mi causa. Sed pronto y abundantes en orar. No disminuyáis vuestra petición, y Yo no cejaré ni disminuiré en Mi dar» (Salmo 81:10).

En todas partes de Su Palabra Dios condiciona Sus acciones a la oración. En todas partes de Su Palabra Sus acciones y actitud son moldeadas por la oración. Citar todos los pasajes de las Escrituras que prueban la relación inmediata, directa y personal de la oración con Dios, sería transferir páginas enteras de la Escritura a este estudio. El hombre tiene relaciones personales con Dios. La oración es el medio divinamente señalado por el cual el hombre entra en conexión directa con Dios. Por Su propia ordenanza Dios se mantiene obligado a escuchar la oración. Dios concede Su gran bien a Sus hijos cuando lo buscan por la avenida de la oración.

Cuando Salomón concluyó su gran oración que ofreció en la dedicación del Templo, Dios se le apareció, lo aprobó, y estableció los principios universales de Su acción. En 2 Crón. 7:12-15 leemos lo siguiente:

«Y se apareció Jehová a Salomón de noche y le dijo: He oído tu oración, y he elegido para mí este lugar por casa de sacrificio.

»Si yo cerrare los cielos para que no haya lluvia, o si mandare a la langosta que consuma la tierra, o si enviare pestilencia entre mi pueblo; si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra. Ahora estarán abiertos mis ojos, y atentos mis oídos a la oración en este lugar.»

En Sus propósitos concernientes a los judíos en el cautiverio babilónico (Jeremías 29:10-13) Dios afirma Sus principios infalibles:

«Porque así dijo Jehová: Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré, y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar. Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis. Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón.»

En la terminología bíblica, orar significa invocar a Dios por las cosas que deseamos, pedir cosas a Dios. Así leemos: «Clama a mí, y yo te responderé, y te

enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces» (Jeremías 33:3). «Invócame en el día de la angustia; te libraré» (Salmo 50:15). «Entonces clamarás, y Jehová responderá; gritarás, y él dirá: Heme aquí» (Isaías 58:9).

La oración se revela como una aplicación directa a Dios por algún bien temporal o espiritual. Es una apelación a Dios para que intervenga en los asuntos de la vida por el bien de aquellos por quienes oramos. Dios es reconocido como la fuente y manantial de todo bien, y la oración implica que todo Su bien está guardado en Su custodia para aquellos que lo invocan en verdad.

Que la oración es una aplicación a Dios, un trato con Dios, y una comunión con Dios, se destaca fuerte y simplemente en la oración de los santos del Antiguo Testamento. La intercesión de Abraham por Sodoma es una ilustración sorprendente de la naturaleza de la oración, del trato con Dios, y muestra el lado intercesor de la oración. El propósito declarado de Dios de destruir Sodoma confrontó a Abraham, y su alma dentro de él se conmovió grandemente a causa de su gran interés en aquella ciudad fatídica. Su sobrino y su familia residían allí. Ese propósito de Dios debía ser cambiado. El decreto de Dios para la destrucción de los habitantes de esta ciudad malvada debía ser revocado.

No era una empresa pequeña la que enfrentaba Abraham cuando concibió la idea de suplicar a Dios que perdonara a Sodoma. Abraham se dispone a cambiar el propósito de Dios y a salvar a Sodoma con las otras ciudades de la llanura. Ciertamente era una obra muy difícil y delicada para él emprender la de echar su influencia con Dios en favor de aquellas ciudades condenadas para salvarlas.

Él basa su súplica en el simple hecho del número de hombres justos que podían encontrarse en Sodoma, y apela a la infinita rectitud de Dios para no destruir al justo con el impío. «Lejos de ti el hacer tal, que hagas morir al justo con el impío. ¿No hará justicia el Juez de toda la tierra?» (Génesis 18:25). ¡Con qué profundo abatimiento y reverencia entra Abraham en su alta y divina obra! Se puso delante de Dios en solemne temor y meditación, y luego se acercó a Dios y habló. Avanzó paso a paso en fe, en demanda y en urgencia, y Dios le concedió cada petición que hizo. Bien se ha dicho que «Abraham dejó de pedir antes de

que Dios dejara de conceder». Parece que Abraham tenía una especie de visión optimista de la piedad de Sodoma. Apenas esperaba, cuando emprendió este asunto, que terminara en fracaso. Estaba muy decidido, y tenía todo aliento para insistir en su caso. En su petición final seguramente pensó que con Lot, su esposa, sus hijas, sus hijos, y sus yernos, tenía sus diez personas justas por cuya causa Dios perdonaría la ciudad. ¡Pero ay! La cuenta falló cuando llegó la prueba final. No había diez personas justas en aquella gran población.

Pero esto era verdad. Si él no salvó a Sodoma mediante su oración importuna, los propósitos de Dios fueron detenidos por una temporada, y posiblemente si la bondad de corazón de Abraham no hubiera sobreestimado el número de personas piadosas en aquella ciudad condenada, Dios podría haberla salvado de haber reducido sus cifras aún más.

Este es un caso representativo que ilustra la oración del Antiguo Testamento, y revela el modo de obrar de Dios mediante la oración. Muestra además cómo Dios es movido a obrar en respuesta a la oración en este mundo, incluso cuando se trata de cambiar Sus propósitos concernientes a una comunidad pecadora. Esta oración de Abraham no fue una mera actuación, no fue una ceremonia apagada y sin vida, sino una súplica ferviente, una defensa poderosa, para asegurar un fin deseado, para tener una influencia, una persona con otra persona.

¡Cuán llena de significado es esta serie de notables intercesiones hechas por Abraham! Aquí tenemos argumentos diseñados para convencer a Dios, y súplicas para persuadir a Dios de cambiar Su propósito. Vemos profunda humildad, pero también santa osadía, perseverancia, y avances hechos sobre la base de la victoria en cada petición. Aquí tenemos petición ampliada alentada por respuestas ampliadas. Dios se detiene y responde mientras Abraham se detiene y pide. Para Abraham, Dios es existente, accesible y todopoderoso, pero al mismo tiempo Él difiere a los hombres, actúa favorablemente sobre sus deseos, y les concede los favores pedidos. No orar es una negación de Dios, una negación de Su existencia, una negación de Su naturaleza, y una negación de Sus propósitos hacia la humanidad.

Dios tiene específicamente que ver con las promesas de oración en su amplitud, certeza y limitaciones. Jesucristo nos apremia a la presencia de Dios con estas promesas de oración, no solo por la seguridad de que Dios responderá, sino de que ningún otro ser sino Dios puede responder. Él nos apremia a Dios porque solo de esta manera podemos mover a Dios para que tome parte en los asuntos de la tierra, e inducirlo a intervenir en nuestro favor.

«Todo lo que pidiereis en oración, creyendo, lo recibiréis» (Mateo 21:22), dice Jesús, y esta condición omniabarcante no solo nos apremia a orar por todas las cosas, todo lo grande y lo pequeño, sino que nos pone y nos encierra a Dios, pues ¿quién sino Dios puede cubrir lo ilimitable de las cosas universales, y puede asegurarnos ciertamente de recibir precisamente la cosa misma que podamos pedir en todo el Tesouro de bien terrenal y celestial?

Es Jesucristo, el Hijo de Dios, quien nos hace demandas de orar, y es Él quien se pone a Sí mismo y todo lo que tiene tan plenamente en la respuesta. Él es quien se pone a nuestro servicio y responde a nuestras demandas cuando oramos.

Y así como Él pone a Sí mismo y al Padre a nuestra disposición en la oración, para venir directamente a nuestras vidas y obrar para nuestro bien, así también Él se compromete a responder a las demandas de dos o más creyentes que se pusieren de acuerdo acerca de cualquier cosa. «Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos» (Mateo 18:19). Ninguno sino Dios podría ponerse a Sí mismo en un pacto tan vinculante como ese, pues solo Dios podría cumplir tal promesa y podría llegar a sus demandas exigentes y dominantes. Solo Dios puede responder por las promesas.

Dios necesita la oración, y el hombre también necesita la oración. Es indispensable para la obra de Dios en este mundo, y es esencial para hacer que Dios obre en los asuntos de la tierra. Así Dios obliga a los hombres a orar por las más solemnes obligaciones. Dios manda a los hombres orar, y así no orar es clara desobediencia a un mandato imperativo del Dios Todopoderoso. La oración es una condición tal, sin la cual las gracias, la salvación y el bien de Dios no son

concedidos a los hombres. La oración es un alto privilegio, una prerrogativa real, y múltiples y eternas son las pérdidas por no ejercerla. La oración es la gran fuerza universal para avanzar la causa de Dios; la reverencia que santifica el nombre de Dios; la capacidad de hacer la voluntad de Dios, y el establecimiento del reino de Dios en los corazones de los hijos de los hombres. Estas, y sus coincidentes y agentes, son creadas y afectadas por la oración.

Una de las imposiciones constitucionales del Evangelio es la oración. Sin la oración, el Evangelio no puede ni ser predicado eficazmente, ni promulgado fielmente, ni experimentado en el corazón, ni ser practicado en la vida. Y por la razón muy simple de que al dejar la oración fuera del catálogo de los deberes religiosos, dejamos a Dios fuera, y Su obra no puede progresar sin Él.

Los movimientos que Dios propuso bajo Ciro, rey de Persia, profetizados por Isaías muchos años antes de que Ciro naciera, están condicionados a la oración. Dios declara Su propósito, poder, independencia y desafío de los obstáculos en el camino de llevar a cabo esos propósitos. Su omnipotente y absolutamente infinita potencia está dispuesta para alentar la oración. Él ha estado ordenando todos los eventos, dirigiendo todas las condiciones, y creando todas las cosas, para que pudiera responder la oración, y luego se entrega a Sus orantes para ser mandado. Y entonces todos los resultados y el poder que Él tiene en Sus manos, serán concedidos en lujosa e inconmensurable munificencia para llevar a cabo las oraciones y hacer de la oración la más poderosa energía en el mundo.

El pasaje en Isaías 45 es demasiado extenso para ser citado en su totalidad, pero bien vale la pena leerlo. Cierra con palabras tan fuertes como estas, palabras acerca de la oración, que son el clímax de todo lo que Dios ha estado diciendo concerniente a Sus propósitos en relación con Ciro:

«Así dice Jehová, el Santo de Israel, y su Hacedor: Preguntadme de las cosas por venir, acerca de mis hijos, y acerca de la obra de mis manos, mandadme. Yo hice la tierra, y creé sobre ella al hombre; yo, mis manos, extendieron los cielos, y a todo su ejército mandé» (Isaías 45:11-12).

En la conclusión de la historia de Job, vemos cómo Dios interviene en favor de Job y llama a sus amigos a presentarse delante de Job para que él ore por ellos. «Mi ira se ha encendido contra ti y contra tus dos amigos», es la declaración de Dios, con las palabras adicionales: «Mi siervo Job orará por vosotros, porque a él aceptaré» (Job 42:7-8), una ilustración sorprendente de Dios interviniendo para librar a los amigos de Job en respuesta a la oración de Job.

Hemos hablado hasta aquí de la oración que afecta a Dios, a los ángeles y a los hombres. Cristo no escribió nada mientras vivió. Memoranda, notas, escritura de sermones, elaboración de sermones, le eran ajenos. La autobiografía no era de Su gusto. La Revelación de Juan fue Su última declaración. En ese libro tenemos representada la gran importancia, el valor inestimable, y la alta posición que la oración obtiene en los movimientos, la historia, y el progreso en desarrollo de la Iglesia de Dios en este mundo. Tenemos esta imagen en Apocalipsis 8:3, que revela el interés que los ángeles en el cielo tienen en las oraciones de los santos y en llevar a cabo las respuestas a esas oraciones:

«Y otro ángel vino y se paró delante del altar, teniendo un incensario de oro; y le fue dado mucho incienso para que lo añadiese a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono. Y el humo del incienso con las oraciones de los santos subió de la mano del ángel delante de Dios. Y el ángel tomó el incensario, y lo llenó del fuego del altar, y lo arrojó a la tierra; y hubo voces, y truenos, y relámpagos y terremoto» (Apocalipsis 8:3-5).

Traducido a la prosa de la vida cotidiana, estas palabras muestran cómo el capital con el que el cielo lleva a cabo la obra de la salvación bajo Cristo está compuesto por las oraciones de los santos de Dios en la tierra, y revelan cómo estas oraciones, con poder ardiente, regresan a la tierra y producen sus poderosas conmociones, influencias y revoluciones.

Los hombres de oración son esenciales para el Dios Todopoderoso en todos Sus planes y propósitos. Los secretos, los consejos y la causa de Dios nunca han sido confiados a hombres que no oran. La negligencia de la oración siempre ha traído pérdida de fe, pérdida de amor y pérdida de oración. La falta de oración ha

sido la causa funesta e inevitable de la apostasía y del alejamiento de Dios. Los hombres que no oran se han interpuesto en el camino de que Dios cumpla Su Palabra y haga Su voluntad en la tierra. Atan las manos divinas e interfieren con Dios en Sus designios misericordiosos. Así como los hombres que oran son una ayuda para Dios, los hombres que no oran son un obstáculo para Él.

Insistimos en la visión bíblica de la necesidad de la oración, incluso a costa de la repetición. El tema es demasiado importante para que la repetición lo debilite o lo canse, demasiado vital para ser trivial o insulso. Debemos sentirlo de nuevo. Los fuegos de la oración han ardido con baja intensidad. Cenizas y no llamas hay sobre sus altares.

Ninguna insistencia en las Escrituras es más urgente que la oración. Ninguna exhortación se reitera con más frecuencia, ninguna es más sincera, ninguna es más solemne y conmovedora que la de orar. Ningún principio se declara con más fuerza y amplitud que el que nos insta a la oración. No hay deber al que estemos más fuertemente obligados que a la obligación de orar. No hay mandamiento más imperativo e insistente que el de orar. ¿Estás orando en todo sin cesar, en el aposento secreto, oculto a los ojos de los hombres, y orando siempre y en todas partes? Esa es la pregunta personal, pertinente y de suma importancia para toda alma.

Muchos casos ocurren en la Palabra de Dios que muestran que Dios interviene en este mundo en respuesta a la oración. Nada es más claro cuando se consulta la Biblia que el hecho de que el Dios Todopoderoso es traído directamente a las cosas de este mundo por la oración de Su pueblo. Jonás huye del deber y toma una nave hacia un puerto distante. Pero Dios lo sigue, y por una extraña providencia este profeta desobediente es arrojado de la nave, y el Dios que lo envió a Nínive prepara un pez para tragarlo. En el vientre del pez clama al Dios contra quien había pecado, y Dios interviene y hace que el pez vomite a Jonás en tierra seca. Incluso los peces del gran abismo están sujetos a la ley de la oración.

Asimismo, las aves del cielo son traídas en sujeción a esta misma ley. Elías había anunciado a Acab la llegada de aquella sequía prolongada, y la comida e

incluso el agua escasearon. Dios lo envió al arroyo de Querit, y le dijo: «Acontecerá que beberás del arroyo; y he mandado a los cuervos que te den allí de comer. Y los cuervos le traían pan y carne por la mañana, y pan y carne por la tarde» (1 Reyes 17:4, 6). ¿Puede alguien dudar que este hombre de Dios, que más tarde cerró y abrió las nubes de la lluvia mediante la oración, no estaba orando en este tiempo, cuando tanto estaba en juego? Dios interpuso esta vez entre las aves del cielo y las movió de manera extraña para cuidar de Su siervo, de modo que no le faltara comida ni agua.

David, en una hora malvada, en lugar de escuchar el consejo de Joab, su primer ministro, cedió a la sugestión de Satanás e hizo censo del pueblo, lo cual desagradó a Dios. Entonces Dios le dijo que eligiera uno de tres males como retribución por su necedad y su pecado. La peste vino sobre el pueblo en forma violenta, y David se entrega a la oración.

«Y dijo David a Dios: ¿No soy yo el que hizo contar el pueblo? Yo mismo soy el que pequé, y ciertamente he hecho mal; pero estas ovejas, ¿qué han hecho? Oh Jehová Dios mío, sea ahora tu mano contra mí, y contra la casa de mi padre, y no contra tu pueblo para herirlo de plaga» (1 Crónicas 21:17).

Y aunque Dios se había entristecido grandemente con David por haber contado a Israel, sin embargo no pudo resistir esta súplica de un espíritu penitente y orante, y Dios fue movido por la oración a poner Su mano sobre los resortes de la enfermedad y detener la terrible plaga. Dios fue puesto a trabajar por la oración de David.

Podrían nombrarse numerosos otros casos. Estos son suficientes. Dios parece haberse tomado grandes molestias en Su revelación divina a los hombres para mostrar cómo interfiere en los asuntos de la tierra en respuesta a la oración de Sus santos.

La pregunta podría surgir justo aquí en algunas mentes demasiado críticas en cuanto a las llamadas «leyes de la naturaleza», que no son firmes creyentes en la oración, como si hubiera un conflicto entre lo que ellos llaman las «leyes de la naturaleza» y la ley de la oración. Estas personas hacen de la naturaleza una

especie de dios imaginario completamente separado del Dios Todopoderoso. ¿Qué es la naturaleza, después de todo? No es sino la creación de Dios, el Hacedor de todas las cosas. Y ¿qué son las «leyes de la naturaleza» sino las leyes de Dios, mediante las cuales Él gobierna el mundo material? Como la ley de la oración es también la ley de Dios, no puede haber posiblemente ningún conflicto entre los dos conjuntos de leyes, sino que todos deben obrar en perfecta armonía. La oración no viola ninguna ley natural. Dios puede dejar de lado una ley para la operación superior de otra ley, y esto puede hacerlo cuando responde la oración. O el Dios Todopoderoso puede responder la oración obrando a través del curso de la ley natural. Pero lo entendamos o no, Dios está por encima y más allá de toda la naturaleza, y puede y querrá responder la oración de manera sabia, inteligente y justa, aunque el hombre no lo comprenda. De modo que en ningún sentido hay discordia o conflicto entre las diversas leyes de Dios cuando Dios es inducido a interferir en los asuntos humanos en respuesta a la oración.

En relación con esto podría decirse otra palabra. Usamos la forma de palabras a la que no puede haber objeción, que la oración hace ciertas cosas, pero esto por supuesto no implica que la oración como medio humano logre algo, sino que la oración solo logra las cosas de manera instrumental. La oración es el instrumento, Dios es el agente eficiente y activo. De modo que la oración en sí misma no interfiere en los asuntos de la tierra, sino que la oración en las manos de los hombres mueve a Dios a intervenir y hacer cosas que de otro modo no haría si la oración no se usara como el instrumento.

Es como cuando decimos: «tu fe te ha salvado», con lo cual simplemente se quiere decir que Dios mediante la fe del pecador lo salva, siendo la fe solo el instrumento usado por el pecador que le trae salvación.

III. LA NECESIDAD DE HOMBRES DE ORACIÓN

«Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos» (Efesios 6:18).

«Orando también al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo, por el cual también estoy preso, para que lo manifieste como debo hablar» (Colosenses 4:3, 4).

Una de las cosas clamorosas de nuestro día es tener hombres cuya fe, oraciones y estudio de la Palabra de Dios hayan sido vitalizados, y un trasunto de esa Palabra esté escrito en sus corazones, y que la den a conocer como la semilla incorruptible que vive y permanece para siempre. Nada más se necesita para disipar la neblina con la que una incredulidad crítica ha eclipsado la Palabra de Dios que la fidelidad del púlpito en su inquebrantable lealtad a la Biblia y la proclamación intrépida de su verdad. Sin esto, el abanderado fracasa, y la vacilación y la confusión siguen a lo largo de todas las filas. El púlpito ha realizado su obra más poderosa en los días de su lealtad inquebrantable a la Palabra de Dios.

En estrecha relación con esto, debemos tener hombres de oración, hombres en altos y bajos lugares que se aferren y practiquen la oración bíblica. Si bien el púlpito debe mantener su lealtad inquebrantable a la Palabra de Dios, debe, al mismo tiempo, ser leal a la doctrina de la oración que esa misma Palabra ilustra e impone a la humanidad.

Las escuelas, los colegios y la educación considerados simplemente como tales no pueden ser vistos como líderes en llevar adelante la obra del reino de Dios en el mundo. No tienen ni el derecho, ni la voluntad, ni el poder para hacer la obra. Esto ha de ser cumplido por la Palabra predicada, entregada en el poder del Espíritu Santo enviado del cielo, sembrada con manos orantes y regada con las

lágrimas de corazones que oran. Esta es la ley divina, y así está «estipulada en el contrato». Estamos atados y sellados a ella; seguiríamos al Señor.

Se demandan hombres para la gran obra de salvar almas, y los hombres deben ir. No es una fuerza angélica o impersonal la que se necesita. Corazones humanos bautizados con el espíritu de oración deben llevar la carga de este mensaje, y lenguas humanas encendidas como resultado de una oración ferviente y persistente deben declarar la Palabra de Dios a los hombres moribundos.

La Iglesia, hoy, necesita hombres de oración para ejecutar su solemne y apremiante responsabilidad de enfrentar la terrible crisis que la encara. La necesidad clamorosa de los tiempos es tener hombres, en número creciente: hombres temerosos de Dios, hombres de oración, hombres del Espíritu Santo, hombres que puedan soportar las dificultades, que no estimen sus vidas como preciosas para sí mismos, sino que consideren todas las cosas como escoria por la excelencia del conocimiento de Jesucristo, el Salvador. Los hombres que son tan grandemente necesarios en esta era de la Iglesia son aquellos que han aprendido el oficio de orar: lo han aprendido de rodillas, lo han aprendido en la necesidad y la agonía de sus propios corazones.

Los hombres de oración son la necesidad imperiosa de este día, como de todos los demás días, en los que Dios ha de tener o hacer una manifestación. Los hombres que oran son, en realidad, los únicos hombres religiosos, y se requiere un hombre de plena medida para orar. Los hombres de oración son los únicos hombres que representan o pueden representar a Dios en este mundo. Ningún hombre frío, irreligioso y sin oración puede reclamar ese derecho. Ellos representan mal a Dios en toda Su obra y en todos Sus planes. Los hombres de oración son los únicos hombres que tienen influencia con Dios, el único tipo de hombres a quienes Dios se confía a Sí mismo y a Su Evangelio. Los hombres de oración son los únicos hombres en quienes el Espíritu Santo mora, pues el Espíritu Santo y la oración van de la mano. El Espíritu Santo nunca desciende sobre hombres que no oran. Nunca los llena, nunca los capacita. No hay nada en absoluto en común entre el Espíritu de Dios y los hombres que no oran. El Espíritu mora solo en una atmósfera de oración.

En la realización de la obra de Dios no hay sustituto para la oración. Los hombres de oración no pueden ser reemplazados por otros tipos de hombres. Hombres de habilidad financiera, hombres de educación, hombres de influencia mundana: ninguno de estos puede posiblemente ser puesto en sustitución de los hombres de oración. La vida, el vigor, la fuerza motriz de la obra de Dios está formada por hombres de oración. Un corazón vitalmente enfermo no es un síntoma más temible de la muerte inminente de lo que los hombres que no oran lo son de la atrofia espiritual.

Los hombres a quienes Jesucristo confió las fortunas y el destino de Su Iglesia eran hombres de oración. A ningún otro tipo de hombres se ha confiado Dios jamás en este mundo. Los Apóstoles fueron preeminentemente hombres de oración. Se entregaron a la oración. Hicieron de la oración su ocupación principal. Fue primera en punto de importancia y primera en resultados. Dios nunca ha confiado, y nunca confiará, los importantes intereses de Su reino a hombres que no oran, que no hacen de la oración un factor conspicuo y controlador en sus vidas. Los hombres nunca alcanzan ninguna eminencia de piedad si no oran. Los hombres de piedad son siempre hombres de oración. Los hombres nunca son notables por la sencillez y la fuerza de su fe si no son preeminentemente hombres de oración. La piedad no florece en ningún lugar tan rápida y tan lozanamente como en el aposento secreto. El aposento secreto es el jardín de la fe.

Los Apóstoles no permitieron que ningún deber, por sagrado que fuera, los ocupara tanto como para invadir su tiempo e impedirles hacer de la oración lo principal. La Palabra de Dios fue ministrada con fidelidad y celo apostólicos. Fue hablada por hombres con comisiones apostólicas y cuyas cabezas las lenguas de fuego de Pentecostés habían bautizado. La Palabra era sin filo y sin poder a menos que fueran renovadamente investidos de poder mediante la oración continua y poderosa. La semilla de la Palabra de Dios debe ser saturada en oración para hacerla germinar. Crece más dispuesta y echa raíces más profundas cuando está empapada de oración.

Los Apóstoles eran ellos mismos hombres de oración. Eran maestros de oración, y entrenaron a sus discípulos en la escuela de la oración. Instaron la oración a sus discípulos no solo para que pudieran alcanzar la más alta eminencia de fe, sino para que pudieran ser los factores más poderosos en el avance del reino de Dios.

Jesucristo fue el líder divinamente designado del pueblo de Dios, y ninguna cosa en Su vida prueba Su eminente idoneidad para ese oficio tan plenamente como Su hábito de oración. Nada sugiere más pensamiento que la continua oración de Cristo, y nada es más conspicuo en Él que la oración. Sus campañas fueron organizadas, Sus victorias ganadas, en las luchas y la comunión de Su oración de toda la noche. Su oración rasgó los cielos. Moisés y Elías y la gloria de la Transfiguración esperaron en Su oración. Sus milagros y Su enseñanza tuvieron su fuerza de la misma fuente. La oración del Getsemaní tiñó de carmesí el Calvario con serenidad y gloria. Su oración hace la historia y acelera los triunfos de Su Iglesia. ¡Qué inspiración y mandato a la oración es la vida de Cristo! ¡Qué comentario sobre su valor! ¡Cómo avergüenza nuestras vidas por Su oración!

Como todos Sus seguidores que han acercado a Dios al mundo y han elevado el mundo más cerca de Dios, Jesús fue el hombre de oración, hecho por Dios líder y comandante para Su pueblo. Su liderazgo fue un liderazgo de oración. Un gran líder fue Él, porque fue grande en la oración. Todos los grandes líderes para Dios han forjado su liderazgo en las luchas de sus aposentos secretos. Muchos grandes hombres han guiado y moldeado la Iglesia que no han sido grandes en la oración, pero fueron grandes solo en sus planes, grandes por sus opiniones, grandes por su organización, grandes por dones naturales, por la fuerza del genio o del carácter. Sin embargo, no fueron grandes para Dios. Pero Jesucristo fue un gran líder para Dios. Suyo fue el gran liderazgo de la gran oración. Dios estaba en Su liderazgo en gran manera porque la oración estaba en él en gran manera. Bien podríamos expresar el deseo de que seamos enseñados por Él a orar, y a orar más y más.

Aquí ha estado el secreto de los hombres de oración en la historia pasada de la Iglesia. Sus corazones iban tras Dios, sus deseos estaban en Él, sus oraciones se dirigían a Él. Comunaban con Él, no buscaban nada del mundo, buscaban grandes cosas de Dios, luchaban con Él, conquistaban todas las fuerzas opuestas y abrían el canal de la fe, profundo y amplio, entre ellos y el cielo. Y todo esto se hacía mediante el uso de la oración. Santas meditaciones, deseos espirituales, atracciones celestiales, dominaban sus intelectos, enriquecían sus emociones y llenaban y agrandaban sus corazones. Y todo esto era así porque eran primero que todo hombres de oración.

Los hombres que así han comunado con Dios y que lo han buscado con todo su corazón, siempre han ascendido a una eminencia consagrada, y ningún hombre ha ascendido jamás a esta eminencia cuyas llamas de santo deseo no hayan estado todas muertas al mundo y totalmente encendidas por Dios y el cielo. Ni han ascendido jamás a las alturas de las experiencias espirituales superiores a menos que la oración y el espíritu de oración hayan sido factores conspicuos y controladores en sus vidas.

La entera consagración de muchos de los hijos de Dios se destaca distintamente como picos de montañas elevadas. ¿Por qué es esto? ¿Cómo ascendieron a estas alturas? ¿Qué los trajo tan cerca de Dios? ¿Qué los hizo tan semejantes a Cristo? La respuesta es fácil: la oración. Oraron mucho, oraron largamente y bebieron más y más profundamente aún. Pidieron, buscaron y llamaron, hasta que el cielo les abrió sus más ricos tesoros interiores de gracia. La oración fue la Escalera de Jacob por la cual escalaron esas santas y benditas alturas, y el camino por el cual los ángeles de Dios descendieron y les ministraron.

Los hombres de molde y poder espiritual siempre valoran la oración. Tomaban tiempo para estar a solas con Dios. Su oración no era una actuación apresurada. Tenían muchas necesidades serias que aliviar y muchas peticiones de peso que presentar. Muchos grandes suministros debían asegurar. Tenían que hacer mucha espera silenciosa delante de Dios, y mucha repetición y reiteración paciente que expresarle. La oración era el único canal por el cual venían los

suministros, y era el único modo de expresar peticiones. La única espera aceptable delante de Dios que conocían era la oración. Valoraban la oración. Era para ellos más preciosa que todas las joyas, más excelente que cualquier bien, más digna de estima que el mayor bien de la tierra. La estimaban, la valoraban, la apreciaban y la practicaban. La llevaban hasta sus límites más lejanos, probaban sus mayores resultados y aseguraban su más gloriosa herencia. Para ellos la oración era la única gran cosa que debía apreciarse y usarse.

Los Apóstoles, por encima de todo, eran hombres de oración, y dejaron la impronta de su ejemplo y enseñanza sobre la oración en la Iglesia primitiva. Pero los Apóstoles han muerto, y los tiempos y los hombres han cambiado. No tienen sucesores por vinculación oficial ni por herencia. Y los tiempos no tienen comisión para hacer otros apóstoles. La oración es el vínculo del liderazgo espiritual y apostólico. Desafortunadamente los tiempos no son tiempos de oración. La causa de Dios justamente ahora necesita grandemente líderes que oren. Otras cosas pueden ser necesarias, pero por encima de todo esto es la demanda clamorosa de estos tiempos y la urgente primera necesidad de la Iglesia.

Este es el día de gran riqueza en la Iglesia y de maravillosos recursos materiales. Pero desafortunadamente la abundancia de recursos materiales es un gran enemigo y un severo obstáculo para las fuertes fuerzas espirituales. Es una ley invariable que la presencia de fuerzas materiales atractivas y potentes crea una confianza en ellas, y por la misma ley inevitable, crea desconfianza en las fuerzas espirituales del Evangelio. Son dos amos que no pueden ser servidos al mismo tiempo. Pues justamente en la proporción en que la mente se fija en uno, será apartada del otro. Los días de gran prosperidad financiera en la Iglesia no han sido días de gran prosperidad religiosa. Los hombres adinerados y los hombres de oración no son términos sinónimos.

Pablo en 1 Tim. 2, enfatiza la necesidad de que los hombres oren. Los líderes de la Iglesia, en su estimación, deben ser conspicuos por su oración. La oración debería y debe por necesidad formar sus caracteres, y debe ser una de sus características distintivas. La oración debería ser uno de sus elementos más

poderosos, tanto así que no pueda ser ocultada. La oración debería hacer notables a los líderes de la Iglesia. El carácter, el deber oficial, la reputación y la vida, todo debería ser formado por la oración. Las poderosas fuerzas de la oración residen en sus líderes que oran de una manera señalada. La obligación permanente de orar recae en un sentido peculiar sobre los líderes de la Iglesia. Sabia será la Iglesia al descubrir esta verdad primordial y darle prominencia.

Puede establecerse como axioma, que Dios necesita, primero que todo, líderes en la Iglesia que sean primeros en la oración, hombres con quienes la oración sea habitual y característica, hombres que conozcan la primacía de la oración. Pero aún más que un hábito de oración, y más que la oración sea característica de ellos, los líderes de la Iglesia deben estar impregnados de oración —hombres cuyas vidas sean hechas y moldeadas por la oración, cuyo corazón y vida estén compuestos de oración. Estos son los hombres —los únicos hombres— que Dios puede usar en el avance de Su reino y en la implantación de Su mensaje en los corazones de los hombres.

IV. LA NECESIDAD QUE TIENE DIOS DE HOMBRES QUE OREN

«Hacemos lo que Él manda. Vamos donde Él quiere que vayamos. Hablamos lo que Él quiere que hablemos. Su voluntad es nuestra ley. Su placer, nuestro gozo. Él está, hoy, buscando a los perdidos y Él quisiera que nosotros busquemos con Él. Él está pastoreando a los corderos y Él quiere nuestra cooperación. Él está abriendo puertas en tierras paganas, y Él quiere nuestro dinero y nuestras oraciones».—Anónimo.

Procedemos ahora a declarar que se requiere liderazgo de oración para mantener a la Iglesia en los propósitos de Dios, y para capacitarla para los usos de Dios. El liderazgo de oración preserva la espiritualidad de la Iglesia, así como los líderes sin oración producen condiciones no espirituales. La Iglesia no es espiritual simplemente por el mero hecho de su existencia, ni por su vocación. No es mantenida en su sagrada vocación por generación, ni por sucesión. Como el nuevo nacimiento, «no es de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios».

La Iglesia no es espiritual simplemente porque se interese y trate con valores espirituales. Puede celebrar sus confirmaciones por millares, puede multiplicar sus bautismos, y administrar sus sacramentos innumerables veces, y sin embargo estar tan lejos de cumplir su verdadera misión como las condiciones humanas puedan hacerlo.

La actitud general de este mundo presente relega la oración a la insignificancia y la oscuridad. Por ella, la salvación y la vida eterna son puestas en segundo plano. No puede afirmarse con demasiada frecuencia, por lo tanto, que la primera necesidad de la Iglesia no son hombres de dinero ni hombres de intelecto, sino hombres de oración. Los líderes en el ámbito de la actividad religiosa deben ser juzgados por sus hábitos de oración, y no por su dinero o posición social. Aquellos que deben ser colocados en la vanguardia del quehacer de la Iglesia, deben ser, primero que todo, hombres que sepan cómo orar.

Dios no lleva a cabo Su obra únicamente con hombres de educación, de riqueza o de capacidad empresarial. Tampoco puede realizar Su obra por medio de hombres de grandes intelectos o de gran cultura, ni aún por medio de hombres de gran eminencia e influencia social. Todos estos pueden ser tomados en cuenta siempre que no sean considerados como primordiales. Estos hombres, por el simple hecho de estas cualidades y condiciones, no pueden liderar en la obra de Dios ni controlar Su causa. Los hombres de oración, antes que nada, son indispensables para el avance del reino de Dios en la tierra. Ningún otro tipo encajará en el plan ni hará la obra. Los hombres, grandes e influyentes en otras cosas, pero pequeños en la oración, no pueden hacer la obra que Dios Todopoderoso ha dispuesto que Su Iglesia haga en este, Su mundo.

Los hombres que representan a Dios y que están aquí en Su lugar, los hombres que han de edificar Su reino en este mundo, deben ser en un sentido eminente hombres de oración. Cualquier otra cosa que puedan tener, cualquier otra cosa que les falte, deben ser hombres de oración. Teniéndolo todo y careciendo de oración, deben caer. Teniendo oración y careciendo de todo lo demás, pueden triunfar. La oración debe ser el factor más conspicuo y más potente en el carácter y la conducta de los hombres que emprenden una comisión divina. El negocio de Dios requiere hombres versados en el negocio de la oración.

Debe tenerse en cuenta que la oración a la que los discípulos de Cristo son llamados por autoridad y exigencia de las Escrituras, es un llamamiento valeroso, para hombres varoniles. Los hombres que Dios quiere y de quienes depende, deben trabajar en la oración tal como trabajan en su llamamiento mundano. Deben seguir este negocio de la oración hasta el final, tal como lo hacen con sus actividades seculares. La diligencia, la perseverancia, la cordialidad y el valor deben estar todos en ello si ha de tener éxito.

Todo lo asegurado por la promesa del Evangelio, definido por la medida del Evangelio y representado por el tesoro del Evangelio, se encuentra en la oración. Todas las alturas se escalan por ella, todas las puertas se abren a ella, todas las victorias se ganan por ella y toda gracia se destila sobre ella. El cielo tiene todo su bien y toda su ayuda para los hombres que oran.

¡Cuán marcada y fuerte es la amonestación de Cristo que envía a los hombres desde el despliegue de la dádiva y la oración públicas a la privacidad de sus aposentos, donde con puertas cerradas y en silencio envolvente están a solas en oración con Dios!

En todas las épocas, aquellos que han llevado a cabo la voluntad divina en la tierra han sido hombres de oración. Los días de oración son los días de bonanza de Dios. Su corazón, Su juramento y Su gloria están comprometidos a una sola conclusión: que toda rodilla se doble ante Él. El día del Señor, en un sentido preeminente, será un día de oración universal.

La causa de Dios no sufre por falta de capacidad divina, sino por razón de la falta de capacidad de oración en el hombre. La acción de Dios está tan ligada a la oración en este tiempo, como lo estaba cuando dijo a Abimelec: «Abraham orará por ti, y vivirás». Así también fue cuando Dios dijo a los amigos de Job: «Mi siervo Job orará por vosotros, pues a él aceptaré». El gran plan de Dios para la redención de la humanidad está tan ligado a la oración para su prosperidad y éxito como cuando el decreto que creó el movimiento fue emitido por el Padre, llevando en su frontispicio la condición imperativa, universal y eterna: «Pídemme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra».

En muchos lugares ha sobrevenido un estado de cosas alarmante, en el sentido de que muchos de los inscritos en nuestras iglesias no son hombres y mujeres de oración. Muchos de los que ocupan posiciones prominentes en la vida de la iglesia no son hombres de oración. Es muy de temerse que gran parte de la obra de la Iglesia esté siendo realizada por aquellos que son completos extraños al aposento secreto. Poca maravilla es que la obra no tenga éxito.

Si bien puede ser cierto que muchos en la Iglesia dicen oraciones, es igualmente cierto que su oración es del orden estereotipado. Sus oraciones pueden estar cargadas de sentimiento, pero son insípidas, tímidas y sin fuego ni fuerza. Incluso este tipo de oración es hecha por unos pocos hombres dispersos que se encuentran en las reuniones de oración. Aquellos cuyos nombres se

encuentran ocupando un lugar prominente en nuestras grandes asambleas eclesiásticas no son hombres notados por sus hábitos de oración. Sin embargo, todo el entramado de la obra en la que están involucrados depende, por fuerza, de la suficiencia de la oración. Este hecho es similar a la crisis que se crearía si un país tuviera que admitir ante un enemigo invasor que no puede luchar y que no tiene conocimiento de las armas con las que se ha de librar la guerra.

En todos los planes de Dios para la redención humana, Él propone que los hombres oren. Los hombres han de orar en todo lugar, en la iglesia, en el aposento secreto, en el hogar, en los días sagrados y en los días seculares. Todas las cosas y todo depende de la medida de la oración de los hombres.

La oración es el genio y el resorte principal de la vida. Oramos como vivimos; vivimos como oramos. La vida nunca será más fina que la calidad del aposento secreto. El mercurio de la vida solo subirá por el calor del aposento secreto. La no-oración persistente eventualmente deprimirá la vida por debajo de cero.

Medir y pesar las condiciones de la oración es descubrir fácilmente por qué los hombres no oran en mayor número. Las condiciones son tan perfectas, tan benditas, que es un carácter raro el que puede cumplirlas. Un corazón todo amor, un corazón que mantiene incluso a sus enemigos en amorosa contemplación y preocupación orante, un corazón del cual se purgan toda amargura, venganza y envidia —¡cuán raro! Sin embargo, esta es la única condición de mente y corazón en la que un hombre puede esperar dominar la eficacia de la oración.

Hay ciertas condiciones establecidas para la oración auténtica. Los hombres han de orar, «levantando manos santas»; siendo aquí las manos el símbolo de la vida. Las manos no manchadas por las malas obras son el emblema de una vida no manchada por el pecado. Así han de venir los hombres a la presencia de Dios, así han de acercarse al trono del Altísimo, donde pueden «alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro». He aquí, entonces, una razón por la que los hombres no oran. Son demasiado mundanos en el corazón y demasiado seculares en la vida para entrar en el aposento secreto; y aunque entren en él, no pueden ofrecer la «oración ferviente y eficaz del hombre justo, que mucho

puede». Además, las «manos» son los símbolos de la súplica. Las manos extendidas representan una apelación de ayuda. Es la actitud silenciosa pero elocuente de un alma desamparada que está de pie ante Dios, apelando por misericordia y gracia. Las «manos», también, son símbolos de actividad, poder y conducta. Las manos extendidas a Dios en oración deben ser «manos santas», manos sin mancha. La palabra «santo» aquí significa no contaminado, sin mancha, sin mácula, y que observa religiosamente toda obligación. ¡Cuán lejos está todo esto del carácter de los hombres amantes del pecado, de mentalidad mundana, dispuestos a la carne, manchados por las concupiscencias carnales, manchados por la indulgencia mundana, impíos en corazón y conducta! «Quien busca la equidad debe practicar la equidad», es la máxima de los tribunales terrenales. Así, quien busca los buenos dones de Dios debe practicar las buenas obras de Dios. Esta es la máxima de los tribunales celestiales.

La oración es sensible, y siempre se ve afectada por el carácter y la conducta de quien ora. El agua no puede elevarse por encima de su propio nivel, y una oración sin mancha no puede fluir de un corazón manchado. La oración recta nunca nace de una conducta torcida. Los hombres, lo que los hombres son, detrás de su oración, eso es lo que da carácter a su súplica. El corazón cobarde no puede hacer una oración valiente. Los hombres manchados no pueden hacer una súplica limpia y pura.

No son las palabras, ni los pensamientos, ni las ideas, ni los sentimientos los que dan forma a la oración, sino el carácter y la conducta. Los hombres deben caminar de manera recta para poder orar bien. El mal carácter y la vida injusta derriban la oración hasta que esta se convierte en una mera consigna.

La oración toma su tono y vigor de la vida del hombre o de la mujer que la ejerce. Cuando el carácter y la conducta están en un nivel bajo, la oración apenas puede vivir, mucho menos prosperar.

El hombre de oración, ya sea laico o predicador, es el hombre de confianza de Dios. En el ámbito de los asuntos espirituales, él crea condiciones, inaugura movimientos, hace que las cosas sucedan.

Por el hecho y la condición de su creación y redención, todos los hombres están bajo obligación de orar. Todo hombre puede orar, y todo hombre debe orar. Pero cuando se trata de los asuntos del Reino, digamos de una vez que un hombre sin oración en la Iglesia de Dios es como un órgano paralizado del cuerpo físico. Está fuera de lugar en la comunión de los santos, fuera de armonía con Dios y fuera de acuerdo con Sus propósitos para la humanidad. Un hombre sin oración obstaculiza el vigor y la vida de todo el sistema, como un soldado desmoralizado es una amenaza para la fuerza de la que forma parte en el día de la batalla. La ausencia de oración disminuye todas las fuerzas vitales del alma, paraliza la fe, deja de lado la vida santa, cierra el cielo. Entre los santos que oran y los hombres que no oran, en la Sagrada Escritura, la línea está trazada con nitidez. De Fletcher de Madeley —uno de los santos que oran— está escrito que

«fue mucho más abundante en sus labores públicas que la mayor parte de sus compañeros en el santo ministerio. Sin embargo, estas tenían poca proporción con aquellos ejercicios internos de oración y súplica a los que se entregaba por completo en privado, los cuales se mantenían casi ininterrumpidamente de hora en hora. Vivía en el espíritu de oración, y cualquiera que fuese el empleo en que se ocupara, este espíritu de oración se manifestaba constantemente a través de todos ellos.

»Sin esto no formaba ningún designio, ni emprendía deber alguno. Sin esto no leía ni conversaba. Sin esto no visitaba ni recibía visitante. Ha habido temporadas de súplicas en las que parecía ser llevado mucho más allá de los límites ordinarios de la devoción, cuando, como su Señor en el Monte de la Transfiguración, mientras continuaba derramando su poderosa oración, la apariencia de su rostro se transfiguraba, y su rostro aparecía como el rostro de un ángel».

¡Oh Dios, levanta más hombres de oración como John Fletcher! ¡Cuánto necesitamos, en este nuestro día, hombres por medio de los cuales Dios pueda obrar!

V. CRISTIANOS SIN ORACIÓN

«Si alguna vez hubo un tiempo en que Pedro, Jacobo y Juan necesitaban permanecer despiertos, fue en Getsemaní. Si Jacobo hubiera persistido en mantenerse despierto, podría haber salvado su decapitación unos años después. Si Pedro se hubiera animado a interceder realmente por sí mismo y por los demás, no habría negado a su Cristo esa noche en el palacio de Caifás». —H. W. Hodge.

Hay una gran necesidad en este día de que los hombres de negocios cristianos informen sus asuntos mundanos con el espíritu de oración. Hay un gran ejército de comerciantes exitosos de casi toda clase que son miembros de la Iglesia de Cristo, y ya es hora de que estos hombres atiendan este asunto. Esta no es sino otra versión de la frase «poner a Dios en los negocios», la realización y el freno de Su presencia y de Su temor en todas las secularidades de la vida. Necesitamos la atmósfera del aposento de oración que impregne nuestras salas de ventas públicas y nuestras oficinas contables. La santidad de la oración es necesaria para impregnar los negocios. Necesitamos el espíritu del domingo llevado al lunes y continuado hasta el sábado. Pero esto no puede ser hecho por hombres sin oración, sino por hombres de oración. Necesitamos hombres de negocios que se ocupen de sus asuntos con la misma reverencia y responsabilidad con que entran en el aposento secreto. Se necesitan urgentemente hombres desprovistos de codicia, pero que con todo su corazón lleven a Dios consigo a los asuntos seculares de la vida.

Los hombres del mundo imaginan que la oración es una cosa demasiado impotente para entrar en rivalidad con los métodos comerciales y las prácticas mundanas. Contra tan engañosa doctrina, Pablo opone todos los mandamientos de Dios, la lealtad a Jesucristo, las exigencias del carácter piadoso y las demandas de la salvación del mundo. Los hombres deben orar, y poner fuerza y corazón en su oración. Esto es parte del negocio primordial de la vida, y a ello Dios ha llamado a los hombres, antes que nada.

Los hombres que oran son los agentes de Dios en la tierra, los representantes del gobierno del cielo, puestos para una tarea específica en la tierra. Si bien es cierto que el Espíritu Santo y los ángeles de Dios son agentes de Dios en llevar adelante la redención de la raza humana, sin embargo, entre ellos debe haber hombres que oren. De tales hombres Dios hace un gran uso. Puede hacer mucho de ellos, y en el pasado ha hecho cosas maravillosas por medio de ellos. Estos son Sus instrumentos para llevar a cabo los grandes propósitos de Dios en la tierra. Son los mensajeros de Dios, Sus centinelas, pastores, obreros, que no necesitan avergonzarse. Plenamente equipados para la gran obra a la que están designados, honran a Dios y bendicen al mundo.

Por encima de todo lo demás, los hombres y mujeres cristianos deben ser, primordialmente, líderes en la oración. No importa cuán conspicuos sean en otras actividades, fracasan si no son conspicuos en la oración. Deben entregar su cerebro y su corazón a la oración. Los hombres que hacen y dan forma al programa de la Iglesia de Cristo, que trazan su línea de actividad, deben ser ellos mismos formados y hechos por la oración. Los hombres que controlan las finanzas de la Iglesia, su pensamiento, su acción, todos deben ser hombres de oración.

El progreso hacia la consumación de la obra de Dios en este mundo tiene dos principios básicos: la capacidad de Dios para dar y la capacidad del hombre para pedir. El fracaso en cualquiera de los dos es fatal para la

éxito de la obra de Dios en la tierra. La incapacidad de Dios para hacer o dar pondría fin a la redención. La incapacidad del hombre para orar, con igual certeza, pondría un límite al plan. Pero la capacidad de Dios para hacer y dar nunca ha fallado y no puede fallar; pero la capacidad del hombre para pedir puede fallar, y a menudo falla. Por lo tanto, el lento progreso que se está logrando hacia la realización de un mundo ganado para Cristo depende enteramente de la limitada capacidad de pedir del hombre. Es necesario que toda la Iglesia de Dios, en la tierra, se entregue a la oración. La Iglesia de rodillas traería el cielo a la tierra.

La maravillosa capacidad de Dios para hacer por nosotros es expresada así por Pablo en una de sus declaraciones más abarcadoras: «Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia», dice, «a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra».

Estudie, os ruego, esa notable declaración: «poderoso es Dios para hacer que abunde toda gracia». Esto es, Él es capaz de dar tal suficiencia, que podamos abundar—rebosar—para toda buena obra. ¿Por qué no estamos más plenamente conformados según este orden de superabundancia? La respuesta es: falta de capacidad de oración. «No tenéis porque no pedís». Somos débiles, flacos y empobrecidos a causa de nuestra falta de oración. Dios está restringido en el hacer porque nosotros estamos restringidos por razón de nuestra falta de oración. Todas las fallas en la obtención del cielo son rastreables a la falta de oración o a la petición mal dirigida.

La oración debe ser amplia en su alcance—debe interceder por otros. La intercesión por otros es la marca distintiva de toda verdadera oración. Cuando la oración se confina a uno mismo y a la esfera de las necesidades personales, muere por razón de su pequeñez, estrechez y egoísmo. La oración debe ser amplia y desinteresada o perecerá. La oración es el alma del hombre conmovida a suplicar a Dios por los hombres. Además de estar interesada en los intereses eternos del alma propia, debe, en su misma naturaleza, preocuparse por el bienestar espiritual y eterno de otros. La capacidad de uno para orar por sí mismo encuentra su culminación en la compasión que su preocupación expresa por otros.

En 1 Tim. 1, el apóstol Pablo insta con singular y específico énfasis, que aquellos que ocupan posiciones de influencia y lugares de autoridad, se entreguen a la oración. «Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar». Este es el alto llamamiento de los hombres de la Iglesia, y ningún llamamiento es tan atrayente, tan absorbente y tan valioso que podamos permitirnos relevar a los hombres cristianos de la vocación tan importante de la oración secreta. Nada en absoluto puede tomar el lugar de la oración. Nada en absoluto puede expiar la negligencia de orar. Esto es lo principal, primero en punto de importancia y primero en

punto de tiempo. Ningún hombre es tan elevado en posición, o en gracia, como para estar exento de la obligación de orar. Ningún hombre es demasiado grande para orar, no importa quién sea, ni qué oficio ocupe. El rey en su trono está tan obligado a orar como el campesino en su cabaña. Ninguno es tan alto y exaltado en este mundo ni tan humilde y oscuro como para ser excusado de orar. La ayuda de cada uno es necesaria en la prosecución de la obra de Dios, y la oración de cada hombre que ora ayuda a engrosar el conjunto. Los líderes en posición, en dones y en autoridad deben ser jefes en la oración.

Los gobernantes civiles y eclesiásticos dan forma a los asuntos de este mundo. Y así los gobernantes civiles y eclesiásticos mismos necesitan ser formados personalmente en espíritu, corazón y conducta, en verdad y justicia, por las oraciones del pueblo de Dios. Esto está en línea directa con las palabras de Pablo:

«Exhorto, pues», dice, «que, ante todo, se hagan súplicas, oraciones, intercesiones y acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que están en autoridad».

Es un día triste para la justicia cuando la política eclesiástica, en lugar de la santa oración, da forma a la administración del Reino y eleva a los hombres a posiciones y poder. ¿Por qué orar por todos los hombres? Porque Dios quiere la salvación de todos los hombres. Los hijos de Dios en la tierra deben vincular sus oraciones a la voluntad de Dios. La oración ha de llevar a cabo la voluntad de Dios. Dios quiere la salvación de todos los hombres. Su corazón está puesto en esta sola cosa. Nuestras oraciones deben ser la creación y el exponente de la voluntad de Dios. Hemos de abarcar a la humanidad en nuestras oraciones como Dios abarca a la humanidad en Su amor, Su interés y Sus planes para redimir a la humanidad. Nuestras simpatías, oraciones, luchas y ardientes deseos deben correr paralelos a la voluntad de Dios, amplia, generosa, mundial y semejante a Dios. El hombre cristiano debe en todas las cosas, ante todo, estar conformado a la voluntad de Dios, pero en ningún lugar esta devoción real será más evidente que en la salvación de la raza de los hombres. Esta alta sociedad con Dios, como Sus vicegerentes en la tierra, ha de tener su más pleno, rico y eficiente ejercicio en la oración por todos los hombres.

Los hombres han de orar por todos los hombres, han de orar especialmente por los gobernantes en la Iglesia y el estado, «para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad». Paz por fuera y paz por dentro. La oración calma las fuerzas perturbadoras, apacigua los temores atormentadores, lleva la contienda a su fin. La oración tiende a hacer desaparecer la agitación. Pero incluso si hubiera conflictos externos, es bueno tener profunda paz dentro de la ciudadela del alma. «Para que vivamos quieta y reposadamente». La oración trae la calma interior y proporciona la tranquilidad exterior. Gobernantes que oran y súbditos que oran, si esto fuera en todo el mundo, calmarían las fuerzas turbulentas, harían cesar las guerras y reinar la paz.

Los hombres deben orar por todos los hombres para que vivamos «en toda piedad y honestidad». Esto es, con piedad y gravedad. Piedad es ser como Dios. Es ser piadoso, tener semejanza a Dios, tener la imagen de Dios estampada en la naturaleza interior, y mostrar la misma semejanza en conducta y en temperamento. El Dios Todopoderoso es el modelo mismísimo y altísimo, y ser como Él es poseer el carácter más elevado. La oración nos moldea a la imagen de Dios, y al mismo tiempo tiende a moldear a otros a la misma imagen en la misma proporción en que oramos por otros. Orar significa ser semejante a Dios, y ser semejante a Dios es amar a Cristo y amar a Dios, ser uno con el Padre y el Hijo en espíritu, carácter y conducta. Orar significa permanecer con Dios hasta que seas como Él. La oración hace a un hombre piadoso, y pone dentro de él «la mente de Cristo», la mente de humildad, de entrega propia, de servicio, de piedad y de oración. Si realmente oramos, llegaremos a ser más como Dios, o de lo contrario dejaremos de orar.

«Los hombres han de orar en todo lugar», en el aposento secreto, en la reunión de oración, alrededor del altar familiar, y hacerlo, «levantando manos santas, sin ira ni contienda». Aquí no solo está la obligación impuesta a los hombres de orar, sino instrucciones en cuanto a cómo deben orar. «Los hombres deben orar sin ira». Esto es, sin amargura contra sus prójimos o hermanos; sin la obstinación y pertinacia de una voluntad fuerte, y sentimientos duros, sin un deseo malo o emoción encendida por los fuegos de la naturaleza en la naturaleza

carnal. El orar no ha de hacerse por medio de estas cosas cuestionables, ni en compañía de tales sentimientos malos, sino «sin» ellos, apartado y enteramente separado de ellos. Esta es la clase de oración que los hombres son llamados a hacer, la clase que Dios oye y la clase que prevalece con Dios y logra cosas. Tal oración en las manos de los hombres cristianos llega a ser agencias divinas en las manos de Dios para llevar adelante los propósitos graciosos de Dios y ejecutar Sus designios en la redención.

La oración tiene un origen más elevado que la naturaleza del hombre. Esto es verdad ya sea que se entienda la naturaleza del hombre como separada de la naturaleza angelical, o la naturaleza carnal del hombre no renovada e incambiada. La oración no se origina en los reinos de la mente carnal. Tal naturaleza es enteramente ajena a la oración simplemente porque «la mente carnal es enemistad contra Dios». Es por el nuevo Espíritu que oramos, el nuevo espíritu endulzado por el azúcar del cielo, perfumado con la fragancia del mundo superior, y vigorizado por un soplo del mar de cristal. El «nuevo espíritu» es nativo de los cielos, jadeando tras las cosas celestiales, inspirado por el aliento de Dios. Es el temperamento orante del cual todos los jugos viejos de la naturaleza carnal, no regenerada, han sido expulsados, y el fuego de Dios ha creado la llama que ha consumido las concupiscencias mundanas, y los jugos del Espíritu han sido inyectados en el alma, y el orar está enteramente divorciado de la ira.

Los hombres también han de orar «sin dudar». La Versión Revisada lo pone: «sin contiendas». Fe en Dios, creencia en la Palabra de Dios, deben tener «sin cuestionar». Ninguna duda o contienda debe haber en la mente. No debe haber opiniones, ni vacilación, ni cuestionamiento, ni razonamiento, ni evasivas intelectuales, ni rebelión, sino una estricta y firme lealtad de espíritu a Dios, una vida de lealtad en corazón e intelecto a la Palabra de Dios.

Dios tiene mucho que ver con los hombres creyentes, que tienen una fe viva y transformadora en Jesucristo. Estos son los hijos de Dios. Un padre ama a sus hijos, suple sus necesidades, oye sus clamores y responde a sus peticiones. Un hijo cree a su padre, lo ama, confía en él, y le pide lo que necesita, creyendo sin dudar que su padre oirá sus peticiones. Dios tiene todo que ver con responder la

oración de Sus hijos. Sus problemas le conciernen, y sus oraciones le despiertan. Su voz le es dulce. Le encanta oírles orar, y nunca está más feliz que cuando responde a sus oraciones.

La oración está destinada al oído de Dios. No es el hombre, sino Dios quien oye y responde la oración. La oración cubre todo el rango de la necesidad del hombre. Por lo tanto, «en todo, por oración y súplica», han de ser «las peticiones dadas a conocer a Dios». La oración incluye todo el rango de la capacidad de Dios. «¿Hay algo demasiado difícil para Dios?». La oración no pertenece a ningún segmento favorecido de la necesidad del hombre, sino que alcanza y abarca todo el círculo de sus necesidades, simplemente porque Dios es el Dios del hombre entero. Dios se ha comprometido a suplir las necesidades del hombre entero, físicas, intelectuales y espirituales. «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús». La oración es hija de la gracia, y la gracia es para el hombre entero, y para cada uno de los hijos de los hombres.

VI. HOMBRES DE ORACIÓN MUY ESCASOS

«Nuestro Redentor estaba en el Huerto de Getsemaní. Su hora había llegado. Sentía como si fuera a ser fortalecido en cierta medida, si tuviera a dos o tres discípulos cerca de Él. Sus tres discípulos escogidos estaban a un tiro de piedra de la escena de Su agonía; pero todos dormían para que se cumpliera la Escritura: "He pisado yo solo el lagar, y de los pueblos nadie había conmigo". Los ocho, a lo lejos, eran discípulos buenos y verdaderos; pero eran solo hombres ordinarios, o hombres con un llamamiento común». —Alexander Whyte.

Ninguna insistencia en la Biblia es más urgente que la orden que da a los hombres de orar. Ninguna exhortación contenida en ella es más cordial, más solemne y más conmovedora. Ningún principio se inculca con más fuerza que aquel de que «los hombres deben orar siempre y no desmayar». En vista de esta amonestación, es pertinente preguntar si los cristianos son hombres y mujeres de oración en algo así como cuerpo y masa. ¿Es la oración un curso fijo en las escuelas de la Iglesia? En la escuela dominical, en el hogar, en los colegios, ¿tenemos graduados en la escuela de la oración? ¿Está la Iglesia produciendo a aquellos que tienen diplomas de la gran universidad de la oración? Esto es lo que Dios requiere, lo que Él manda, y es a aquellos que poseen tales cualificaciones a quienes Él debe tener para cumplir Sus propósitos y llevar a cabo la obra de Su Reino en la tierra.

Y es oración ferviente la que necesita ser hecha. La oración lánguida, sin corazón ni fuerza, sin fuego ni tenacidad, derrota su propio propósito declarado. El profeta de tiempos antiguos lamenta que en un día que necesitaba oración ferviente no hubiera nadie que «se esforzara para aferrarse de Dios». Cristo nos encarga «no desmayar» en nuestra oración. La laxitud y la indiferencia son grandes obstáculos para la oración, tanto para la práctica de orar como para el proceso de recibir; se requiere un espíritu valiente, fuerte, intrépido e insistente para involucrarse en la oración exitosa. La difusión, también, interfiere con la efectividad. Demasiadas peticiones rompen la tensión y la unidad, y engendran negligencia. Las oraciones deben ser específicas y urgentes. Demasiadas palabras,

como demasiada anchura, engendran bajíos y bancos de arena. Un solo objetivo que absorbe todo el ser e inflama al hombre entero, es la fuerza propiamente restrictiva en la oración.

Es fácil ver cómo la oración fue un factor decretado en las dispensaciones anteriores a la venida de Jesús, y cómo sus líderes tenían que ser hombres de oración; cómo la revelación más poderosa que Dios hizo de Sí mismo fue una revelación hecha a través de la oración. Y, finalmente, cómo Jesucristo, en Su ministerio personal, y en Su relación con Dios, fue grande y constante en la oración. Sus labores y dispensación desbordaron de plenitud en proporción a Sus oraciones. Las posibilidades de Su oración eran ilimitadas y las posibilidades de Su ministerio estaban en consonancia. La necesidad de Su oración fue igualada solo por la constancia con que la practicó durante Su vida temprana.

La dispensación del Espíritu Santo es una dispensación de oración, en un sentido preeminente. Aquí la oración tiene una relación esencial y vital. Sin depreciar las posibilidades y necesidades de la oración en todas las dispensaciones precedentes de Dios en el mundo, debe declararse que es en esta última dispensación donde los compromisos y demandas de la oración reciben su mayor autoridad, sus posibilidades se vuelven ilimitadas y su necesidad insuperable.

Estos días nuestros tienen gran necesidad de una generación de hombres de oración, una banda de hombres y mujeres a través de quienes Dios pueda traer Sus grandes y Sus más grandes movimientos más plenamente al mundo. El Señor nuestro Dios no está estrechado dentro de Sí mismo, pero Él está estrechado en nosotros, a causa de nuestra poca fe y débil oración. Se necesita grandemente una raza de cristianos que busquen incansablemente a Dios, que no le den descanso, día y noche, hasta que Él escuche su clamor. Los tiempos demandan hombres de oración que estén totalmente sedientos de la gloria de Dios, que sean amplios y desinteresados en sus deseos, inextinguibles por Dios, que lo busquen tarde y temprano, y que no se den descanso a sí mismos hasta que toda la tierra sea llena de Su gloria.

Se necesitan hombres y mujeres cuyas oraciones den al mundo el máximo poder de Dios; que hagan florecer Sus promesas con resultados ricos y plenos. Dios está esperando escucharnos y nos desafía a hacer que Él haga esto por medio de nuestra oración. Él nos está pidiendo, hoy, como lo hizo con Su antiguo Israel, que lo «probemos ahora con esto». Detrás de la Palabra de Dios está Dios mismo, y leemos: «Así dice el Señor, el Santo de Israel, su Hacedor: Preguntadme de las cosas por venir concernientes a mis hijos, y acerca de la obra de mis manos, mandadme». Como si Dios se colocara en las manos y a disposición de Su pueblo que ora, como en efecto lo hace.

El elemento dominante de toda oración es la fe, que es conspicua, cardinal y enfática. Sin tal fe es imposible agradar a Dios, e igualmente imposible orar.

Existe una concepción corriente de los deberes espirituales que tiende a separar el púlpito y el banco, como si el púlpito llevara toda la carga de las preocupaciones espirituales, y mientras el banco se preocupara solo por deberes que se relacionan con la esfera inferior de lo secular y mundano. Tal visión necesita una corrección drástica. La causa de Dios, sus obligaciones, esfuerzos y éxitos, recaen con igual presión sobre el púlpito y el banco.

Pero el hombre en el banco no está gravado con la carga de la oración como debería estarlo, y como debe estarlo, antes de que cualquier nueva visitación de poder venga a la Iglesia. La Iglesia nunca será completamente para Dios hasta que los bancos estén llenos de hombres de oración. La Iglesia no puede ser lo que Dios quiere que sea hasta que aquellos de sus miembros que son líderes en los negocios, la política, la ley y la sociedad, sean líderes en la oración.

Dios comenzó Sus primeros movimientos en el mundo con hombres de oración. Él escogió a tal hombre para ser el padre de aquella raza que llegó a ser Su pueblo escogido en el mundo por cientos de años, a quien Él confió Sus oráculos, y de quien surgió el Mesías Prometido. Abraham, un líder de la causa de Dios, fue preeminentemente un hombre de oración. Cuando consideramos su conducta y carácter, fácilmente vemos cómo la oración gobernó e influyó a este gran líder del pueblo de Dios en el desierto. «Abraham plantó un bosque en

Beerseba, e invocó allí el nombre del Señor, el Dios eterno», y es un hecho sobresaliente que dondequiera que él plantó su tienda y acampó por una temporada, con su casa, allí erigió el altar de sacrificio y de oración. Suya era una religión personal y familiar, en la que la oración era un factor prominente y permanente.

La oración es el medio de revelación divina. Es a través de la oración que Dios se revela a Sí mismo al alma espiritual hoy, así como en los días del Antiguo Testamento Él hizo Sus revelaciones a los hombres que oraban. Dios se muestra a Sí mismo al hombre que ora. «Dios es contigo en todo lo que haces». Esta era la clara convicción de aquellos que querían hacer un pacto con Abraham, y la razón de este tributo era la creencia comúnmente sostenida concerniente al patriarca de que no solo era un hombre de oración, sino un hombre cuyas oraciones Dios respondería. Este es el resumen y secreto del gobierno divino en la Iglesia. En todas las edades Dios ha gobernado la Iglesia por hombres de oración. Cuando la oración falla, el gobierno divino cae. Como hemos visto, Abraham, el padre de los fieles, era un príncipe y un sacerdote en la oración. Tenía una influencia notable con Dios. Dios detiene Su venganza mientras Abraham ora. Su misericordia está suspendida y condicionada a la oración de Abraham. Sus visitaciones de ira son removidas por la oración de este gobernante en Israel. Los movimientos de Dios son influenciados por las oraciones de Abraham, el amigo de Dios. La recta piedad de oración de Abraham le permite compartir los secretos de los consejos de Dios, mientras que el conocimiento de estos secretos extrae e intensifica su oración. Con Abraham, el altar del sacrificio está cerca del altar de la oración. Con él, el altar de la oración santifica el altar del sacrificio. A Abimelec Dios dijo: «Abraham es profeta, y él orará por ti, y vivirás».

El pueblo cristiano debe orar por los hombres. En una ocasión, Samuel dijo al pueblo: «Además, en cuanto a mí, lejos esté de mí que peque contra el Señor cesando de orar por vosotros». ¡Afortunados para este pueblo pecador que había rechazado a Dios y deseado un rey humano, que tuvieran en Israel un hombre de oración! El camino real para agrandar la gracia personal es orar por otros. La oración intercesora es un medio de gracia para aquellos que la ejercen. Entramos

en los campos más ricos del crecimiento espiritual y reunimos sus riquezas inestimables en las avenidas de la oración intercesora. Orar por los hombres es de nombramiento divino, y representa la forma más alta de servicio cristiano.

Los hombres deben orar, y se debe orar por los hombres. El cristiano debe orar por todas las cosas, por supuesto, pero las oraciones por los hombres son infinitamente más importantes, así como los hombres son infinitamente más importantes que las cosas. Así también las oraciones por los hombres son mucho más importantes que las oraciones por las cosas, porque los hombres conciernen más profundamente a la voluntad de Dios y a la obra de Jesucristo que las cosas. Se debe cuidar de los hombres, compadecerse de ellos y orar por ellos, porque la simpatía, la piedad, la compasión y el cuidado acompañan y preceden a la oración por los hombres, cuando no son llamados a salir por las cosas.

Todo esto hace de la oración un verdadero negocio, no un juego de niños, ni un asunto secundario, ni una materia trivial, sino un asunto serio. Los hombres que han tenido éxito en la oración han hecho de la oración un negocio. Es un proceso que demanda el tiempo, el pensamiento, la energía y los corazones de la humanidad. La oración es negocio para el tiempo, negocio para la eternidad. Es el negocio del hombre orar, trascendiendo todos los demás negocios y tomando precedencia sobre todas las demás vocaciones, profesiones u ocupaciones. Nuestra oración nos concierne a nosotros mismos, a todos los hombres, a sus más grandes intereses, incluso a la salvación de sus almas inmortales. La oración es un negocio que se aferra a la eternidad y a las cosas más allá de la tumba. Es un negocio que involucra la tierra y el cielo. Todos los mundos son tocados y los mundos son influenciados por la oración. Tiene que ver con Dios y los hombres, los ángeles y los demonios.

Jesús fue preeminentemente un líder en la oración, y Su oración es un incentivo para la oración. ¡Cuán prominentemente está la oración en Su vida! Los eventos principales de Su carrera terrenal están marcados distintamente por la oración. La maravillosa experiencia y gloria de la Transfiguración fue precedida por la oración, y fue el resultado de la oración de nuestro Señor. Qué palabras usó mientras oraba no lo sabemos, ni sabemos por qué oró. Pero sin duda era de

noche, y hasta muy entrada en sus horas el Maestro oró. Fue mientras Él oraba que la oscuridad huyó, y Su forma fue iluminada con esplendor sobrenatural. Moisés y Elías vinieron a rendirle no solo la palma de la ley y la profecía, sino la palma de la oración. Ningún otro oró como Jesús ni tuvo alguna manifestación tan gloriosa de la presencia divina ni escuchó tan claramente la voz reveladora del Padre: «Este es mi Hijo amado; oídle». ¡Dichosos discípulos estar con Cristo en la escuela de la oración!

¡Cuántos de nosotros hemos fallado en llegar a este glorioso Monte de la Transfiguración porque desconocíamos el poder transfigurador de la oración! Es el apartarse para orar, las largas e intensas temporadas de oración en las que nos involucramos lo que hace que el rostro brille, transfigura el carácter, hace que incluso las vestiduras opacas y terrenales brillen con esplendor celestial. Pero más que esto: es la oración real la que hace que las cosas eternas sean reales, cercanas y tangibles, y que trae a los visitantes glorificados y las visiones celestiales. Las vidas transfiguradas no serían tan raras si hubiera más de esta oración transfigurada. Estas visitas celestiales no serían tan pocas si hubiera más de esta oración transfigurada.

¡Cuán difícil parece ser para la Iglesia entender que todo el esquema de la redención depende de hombres de oración! La obra de nuestro Señor, mientras estuvo aquí en la tierra, así como la del Apóstol Pablo, fue, por enseñanza y ejemplo, desarrollar hombres de oración, a quienes debería ser confiado el futuro de la Iglesia. ¡Cuán extraño que en lugar de aprender esta simple y tan importante lección, la Iglesia moderna la haya pasado por alto en gran medida! Tenemos necesidad de volver de nuevo a aquel admirable Líder del Israel espiritual, nuestro Señor Jesucristo, quien por ejemplo y precepto nos encarga a la oración y al gran Apóstol a los Gentiles, quien en virtud de sus hábitos de oración y lecciones de oración es un modelo y un ejemplo para el pueblo de Dios en cada edad y clima.

VII. EL MINISTERIO Y LA ORACIÓN

«Por supuesto, el predicador se distingue por encima de todos los demás como un hombre de oración. Él ora como un cristiano ordinario, de lo contrario sería un hipócrita. Él ora más que los cristianos ordinarios, de lo contrario estaría descalificado para el oficio que ha emprendido. Si ustedes, como ministros, no son muy dados a la oración, deben ser compadecidos. Si se vuelven laxos en la devoción sagrada, no solo ustedes necesitarán ser compadecidos, sino también su pueblo, y viene el día en que serán avergonzados y confundidos. Nuestras temporadas de ayunos y oración en el Tabernáculo han sido días muy altos en verdad; nunca la puerta del cielo ha estado más amplia; nunca nuestros corazones han estado más cerca de la gloria central». —Charles Haddon Spurgeon.

Los predicadores son los líderes de Dios. Son llamados divinamente a su santo oficio y alto propósito y, principalmente, son responsables de la condición de la Iglesia. Así como Moisés fue llamado por Dios para sacar a Israel de Egipto a través del desierto hacia la Tierra Prometida, así también Dios llama a Sus ministros para guiar a Su Israel espiritual a través de este mundo hacia la tierra celestial. Están divinamente comisionados al liderazgo, y deben por precepto y ejemplo enseñar al pueblo de Dios lo que Dios quiere que sean. El consejo de Pablo al joven predicador Timoteo es pertinente: «Ninguno tenga en poco tu juventud», dice, «sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza».

Los ministros de Dios forman el carácter de la Iglesia, y dan tono y dirección a su vida. La oración preliminar de la carta a cada una de las siete iglesias en Asia dice: «Al ángel de la iglesia», pareciendo indicar que el ángel —el ministro— estaba en el mismo estado de ánimo y condición de vida que los miembros y que estos «ángeles» o ministros eran en gran medida responsables de la condición espiritual de las cosas existentes en cada Iglesia. El «ángel» en cada caso era el predicador, maestro o líder. Los primeros cristianos sabían muy bien y sentían esta responsabilidad. En su impotencia, conscientemente sentida, clamaron: «¿Y

quién es suficiente para estas cosas?», mientras la tremenda responsabilidad presionaba sobre sus corazones y cabezas. La única respuesta a tal pregunta era: «Solo Dios». Así que fueron necesariamente compelidos a mirar más allá de sí mismos en busca de ayuda y arrojarse a la oración para asegurar a Dios. Más y más mientras oraban, sentían su responsabilidad, y más y más mediante la oración obtenían la ayuda de Dios. Se dieron cuenta de que su suficiencia era de Dios.

La oración pertenece en un sentido muy alto e importante al ministerio. Se requiere vigor y elevación de carácter para administrar el oficio de la oración. Los profetas que oran han estado frecuentemente muy escasos en la historia del pueblo de Dios. En cada época la demanda ha sido de líderes en Israel que oren. Los centinelas de Dios deben ser siempre y en todas partes hombres de oración.

No debería sorprender que los ministros se encuentren a menudo de rodillas buscando ayuda divina bajo la responsabilidad de su llamamiento. Estos son los verdaderos profetas del Señor, y estos son los que están como portavoces de Dios a una generación de hombres y mujeres malvados y mundanos. Los predicadores de oración son los ministros más audaces, los más verdaderos y los más rápidos de Dios. Ellos ascienden más alto y están más cerca de Aquel que los ha llamado. Avanzan más rápidamente y en la vida cristiana son más como Dios.

Al leer el registro de los cuatro evangelistas, no podemos sino quedar impresionados por el supremo esfuerzo hecho por nuestro Señor para instruir rectamente a los doce Apóstoles en las cosas que propiamente los capacitarían para las tremendas tareas que serían suyas después de que Él hubiera regresado al seno del Padre. Su solicitud era que la Iglesia tuviera hombres, santos en vida y en corazón, y que supieran muy bien de dónde venía su fuerza y poder en la obra del ministerio. Una gran parte de la enseñanza de Cristo fue dirigida a estos Apóstoles escogidos, y el entrenamiento de los doce ocupó mucho de Su pensamiento y consumió mucho de Su tiempo. En todo ese entrenamiento, la oración fue establecida como principio básico.

Encontramos que lo mismo es cierto en la vida y obra del apóstol Pablo. Si bien se dedicó a la edificación de las iglesias a las que ministraba y escribía, estaba en su mente y propósito instruir y preparar rectamente a ministros a quienes serían confiados los intereses del pueblo de Dios. Las dos epístolas a Timoteo fueron dirigidas a un joven predicador, mientras que la dirigida a Tito también fue escrita a un joven ministro. Y el designio de Pablo parece haber sido dar a cada uno de ellos la instrucción necesaria para realizar rectamente la obra del ministerio a la cual habían sido llamados por el Espíritu de Dios. Debajo de estas instrucciones estaba la piedra fundamental de la oración, ya que de ningún modo podrían «mostrarse aprobados ante Dios, obreros que no necesitan avergonzarse, que dividen rectamente la palabra de verdad» (2 Timoteo 2:15), a menos que fueran hombres de oración.

El más alto bienestar de la Iglesia de Dios en la tierra depende en gran medida del ministerio, y por eso el Dios Todopoderoso siempre ha sido celoso de Sus centinelas —Sus predicadores. Su preocupación ha sido por el carácter de los hombres que ministran en Sus altares en cosas santas. Deben ser hombres que se apoyen en Él, que miren a Él, y que continuamente le busquen para obtener sabiduría, ayuda y poder para hacer eficazmente la obra del ministerio. Y así Él ha designado hombres de oración para el santo oficio, y ha confiado en ellos sucesivamente para realizar las tareas que les ha asignado.

Las grandes obras de Dios deben hacerse como Cristo las hizo; deben hacerse, en verdad, con poder incrementado recibido del Cristo ascendido y exaltado. Estas obras deben hacerse mediante la oración. Los hombres deben hacer la obra de Dios a la manera de Dios, y para la gloria de Dios, y la oración es una necesidad para su exitoso cumplimiento.

Lo que está muy por encima de todas las demás cosas en el equipamiento del predicador es la oración. Antes que cualquier otra cosa, debe ser un hombre que haga una especialidad de la oración. Un predicador sin oración es una contradicción de términos. O ha errado su llamado, o ha fallado gravemente a Dios quien lo llamó al ministerio. Dios quiere hombres que no sean ignorantes, que «se esfuercen por mostrarse aprobados». Predicar la Palabra es esencial; las

cualidades sociales no deben subestimarse, y la educación es buena; pero por debajo y por encima de todo lo demás, la oración debe ser la tabla principal en la plataforma del hombre que sale a predicar las inescrutables riquezas de Cristo a un mundo perdido y hambriento. El único punto débil en nuestras instituciones eclesiásticas yace justamente aquí. La oración no es considerada como el factor primario en la vida y actividad de la iglesia, y otras cosas, buenas en sus lugares, son hechas primarias. Las primeras cosas necesitan ser puestas primero, y la primera cosa en el equipamiento de un ministro es la oración.

Nuestro Señor es el modelo para todos los predicadores, y, con Él, la oración fue la ley de la vida. Por ella vivió. Fue la inspiración de Su labor, la fuente de Su fuerza, el manantial de Su gozo. Con nuestro Señor la oración no fue un episodio sentimental, ni un pensamiento posterior, ni un preludio agradable y divertido, ni un interludio, ni un desfile o forma. Para Jesús, la oración era exigente, absorbente, primordial. Era el llamado de un dulce deber para Él, la satisfacción de un anhelo inquieto, la preparación para pesadas responsabilidades, y el encuentro de una vigorosa necesidad. Siendo esto así, el discípulo debe ser como su Señor, el siervo como su Maestro. Como fue el Señor mismo, así también deben ser aquellos a quienes Él ha llamado a ser Sus discípulos. Nuestro Señor Jesucristo escogió a Sus doce apóstoles solo después de haber pasado una noche en oración; y podemos estar seguros de que Él establece el mismo alto valor en aquellos que llama a Su ministerio, en este nuestro propio día y tiempo.

Ningún lugar débil o secundario fue dado a la oración en el ministerio de Jesús. Viene primero —enfática, conspicua, controladora. De hábitos de oración, de un espíritu de oración, entregado a larga comunión solitaria con Dios, Jesús fue sobre todo, un hombre de oración. El punto clave de Su historia terrenal, en la terminología del Nuevo Testamento, se condensa en una sola declaración, que se encuentra en Hebreos 5:7:

«Quien en los días de su carne, habiendo ofrecido oraciones y súplicas con fuerte clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, y fue escuchado por su temor reverente» (Hebreos 5:7)

Como fue su Señor y Maestro, de quien son y a quien sirven, así sean Sus ministros. Sea Él su modelo, su ejemplo, su líder y maestro. Se hace mucha referencia en algunos círculos a «seguir a Cristo», pero se limita a seguirle en modos y ordenanzas, como si la salvación estuviera envuelta en la manera específica de hacer una cosa. «El camino de la oración Tú mismo has pisado», es el camino a lo largo del cual hemos de seguirle, y en ningún otro. Jesús fue dado como líder al pueblo de Dios, y ningún líder jamás ejemplificó más el valor y la necesidad de la oración. Igual en gloria con el Padre, ungido y enviado en Su misión especial por el Espíritu Santo, Su nacimiento encarnado, Su alta comisión, Su real unción —todo esto era Suyo, pero no lo relevaron de las exigentes demandas de la oración. Más bien tendían a imponer estas demandas sobre Él con mayor autoridad. No pidió ser excusado de la carga de la oración; la aceptó de buena gana, reconoció sus demandas y se sometió voluntariamente a ellas.

Su liderazgo era preeminente, y Su oración era preeminente. Si no hubiera sido así, Su liderazgo no habría sido ni preeminente ni divino. Si, en el verdadero liderazgo, la oración hubiera sido prescindible, entonces ciertamente Jesús podría haber prescindido de ella. Pero no lo hizo, ni puede ninguno de Sus seguidores que deseen efectividad en la actividad cristiana hacer otra cosa que seguir a su Señor.

Mientras Jesucristo mismo practicaba la oración, estando personalmente bajo la ley de la oración, y mientras Sus parábolas y milagros no eran sino exponentes de la oración, Él trabajó directamente para enseñar a Sus discípulos el arte específico de orar. Dijo poco o nada acerca de cómo predicar o qué predicar. Pero gastó Su fuerza y tiempo en enseñar a los hombres cómo hablar a Dios, cómo comunarse con Él, y cómo estar con Él. Sabía muy bien que quien ha aprendido el oficio de hablar a Dios, estará bien versado en hablar a los hombres. Podemos desviarnos por un momento para observar que este fue el secreto del maravilloso éxito de los primeros predicadores metodistas, quienes estaban lejos de ser hombres instruidos. Pero con todas sus limitaciones, eran hombres de oración, e hicieron grandes cosas para Dios.

Toda habilidad para hablar a los hombres se mide por la habilidad con la que un predicador puede hablar a Dios por los hombres. Aquel «que no ara en su aposento, nunca cosechará en su púlpito».

El hecho debe mantenerse siempre en primer plano y enfatizarse que Jesucristo entrenó a Sus discípulos para orar. Este es el verdadero significado de aquel dicho, «El Entrenamiento de los Doce». Debe tenerse en cuenta que Cristo enseñó a los predicadores del mundo más acerca de orar que acerca de predicar. La oración fue el gran factor en la difusión de Su Evangelio. La oración conservó e hizo eficientes todos los demás factores. Sin embargo, no menospreció la predicación cuando enfatizó la oración, sino que más bien enseñó la total dependencia de la predicación en la oración.

«El oficio del cristiano es orar», declaró Martín Lutero. Todo muchacho judío tenía que aprender un oficio. Jesucristo aprendió dos, el oficio de carpintero, y el de orar. Un oficio servía para usos terrenales; el otro servía a Sus propósitos divinos y superiores. La costumbre judía comprometió a Jesús cuando era muchacho al oficio de carpintero; la ley de Dios lo obligó a orar desde Sus primeros años, y permaneció con Él hasta el final.

Cristo es el ejemplo del cristiano, y todo cristiano debe seguir Su modelo. Todo predicador debe ser como su Señor y Maestro, y debe aprender el oficio de orar. Quien aprende bien el oficio de orar domina el secreto del arte cristiano, y se convierte en un obrero calificado en el taller de Dios, uno que no necesita avergonzarse, un colaborador con su Señor y Maestro.

«Orad sin cesar», es el toque de trompeta para los predicadores de nuestro tiempo. Si los predicadores vestirán sus pensamientos con la atmósfera de la oración, si prepararán sus sermones de rodillas, una graciosa efusión del Espíritu de Dios vendrá sobre la tierra.

La única cualificación indispensable para predicar es el don del Espíritu Santo, y fue para la concesión de este don indispensable que los discípulos fueron encargados de esperar en Jerusalén. La absoluta necesidad de recibir este don si el éxito ha de acompañar los esfuerzos del ministerio, se encuentra en el

mandamiento que los primeros discípulos tuvieron de permanecer en Jerusalén hasta recibirlo, y también con la instantánea y ferviente oración con que lo buscaron. En obediencia al mandamiento de su Señor de esperar en aquella ciudad hasta que fueran investidos con poder de lo alto, inmediatamente después de que Él los dejó para el cielo, entraron en la tarea de obtenerlo mediante oración continua y ferviente. «Todos estos con un mismo propósito, perseveraban unánimes en oración, con las mujeres, y María la madre de Jesús, y con sus hermanos» (Hechos 1:14). A esto mismo se refiere Juan en su Primera Epístola. «Tenéis una unción del Santo», dice. Es esta unción divina la que los predicadores del día presente deberían desear sinceramente, orar por ella, permaneciendo insatisfechos hasta que el bendito don sea ricamente concedido.

Otra alusión a este mismo importante procedimiento es hecha por nuestro Señor poco después de Su resurrección, cuando dijo a Sus discípulos: «Y recibiréis poder después que el Espíritu Santo haya venido sobre vosotros» (Hechos 1:8). Al mismo tiempo Jesús dirigió la atención de Sus discípulos a la declaración de Juan el Bautista concerniente al Espíritu, la cosa idéntica por la cual les había mandado esperar en la ciudad de Jerusalén —«poder de lo alto». Aludiendo a las palabras de Juan el Bautista, Jesús dijo: «Porque Juan ciertamente bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo no muchos días después» (Hechos 1:5). Pedro en una fecha posterior dijo de nuestro Señor: «Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder» (Hechos 10:38).

Estas son las declaraciones divinas de la misión y ministerio del Espíritu Santo a los predicadores de aquel día y las mismas declaraciones divinas se aplican con igual fuerza a los predicadores de este día. El ministro ideal de Dios es un hombre llamado por Dios, divinamente ungido, tocado por el Espíritu, separado para la obra de Dios, apartado de secularidades y asuntos cuestionables, bautizado desde lo alto, marcado, sellado y poseído por el Espíritu, dedicado a su Maestro y a Su ministerio. Estos son los requisitos divinamente designados para un predicador de la Palabra; sin ellos, es inadecuado, e inevitablemente infructuoso.

Hoy, no hay escasez de predicadores que pronuncian sermones elocuentes sobre la necesidad y naturaleza del avivamiento, y presentan planes elaborados para la difusión del reino de Dios, pero los predicadores que oran son mucho más raros y el mayor benefactor que esta era puede tener es un hombre que traerá a los predicadores, la Iglesia y el pueblo de vuelta a la práctica de la oración real. El reformador necesario justo ahora es el reformador que ora. El líder que Israel requiere es uno que, con voz de clarín, llamará al ministerio de vuelta a sus rodillas.

Hay considerable charla del avivamiento venidero en el aire, pero necesitamos tener la visión para ver que el avivamiento que necesitamos y el único que puede valer la pena tener es uno que nace del Espíritu Santo, que trae profunda convicción por el pecado, y regeneración para aquellos que buscan el rostro de Dios. Tal avivamiento viene al final de una temporada de oración real, y es pura locura hablar o esperar un avivamiento sin el Espíritu Santo operando en Su oficio peculiar, condicionado a mucha oración ferviente. Tal avivamiento comenzará en el púlpito y en el banco por igual, será promovido tanto por el predicador como por el laico trabajando en armonía con Dios.

El corazón es el léxico de la oración; la vida el mejor comentario sobre la oración, y el porte exterior su más plena expresión. El carácter es formado por la oración; la vida es perfeccionada por la oración. Y esto el ministerio necesita aprenderlo tan a fondo como los laicos. No hay sino una regla para ambos.

Tan adverso era el cuerpo general de los discípulos de Cristo a la oración, teniendo tan poco gusto por ella, y teniendo tan poca simpatía con Él en las cosas profundas de la oración, y sus más poderosas luchas, que el Maestro tuvo que seleccionar un círculo de tres eruditos más aptos —Pedro, Jacobo y Juan— que tenían más simpatía y gusto por esta obra divina, y llevarlos aparte para que pudieran aprender la lección de la oración. Estos hombres estaban más cerca de Jesús, más llenos de simpatía, y más útiles para Él porque eran más dados a la oración.

Bendecidos, en verdad, son aquellos discípulos a quienes Jesucristo, en este día, llama a una comunión más íntima con Él, y quienes, respondiendo prontamente al llamado, se encuentran mucho de rodillas ante Él. Angustiosa, en verdad, es la condición de aquellos siervos de Jesús que, en sus corazones, son adversos al ejercicio del ministerio de la oración.

Todas las grandes eras de nuestro Señor, históricas y espirituales, fueron hechas o formadas por Su oración. De manera similar Sus planes y grandes logros nacieron en la oración y fueron impregnados por el espíritu de la misma. Como fue el Maestro, así también debe ser Su siervo; como su Señor hizo en las grandes eras de Su vida, así debe hacer el discípulo cuando enfrente crisis importantes. «¡A vuestras rodillas, oh Israel!» debería ser el llamado de clarín al ministerio de esta generación.

La forma más alta de vida religiosa se alcanza mediante la oración. Las más ricas revelaciones de Dios —Padre, Hijo y Espíritu— son hechas, no a los instruidos, los grandes o los «nobles» de la tierra, sino a hombres de oración. «Porque ya veis, hermanos, vuestra vocación, que no muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles, son llamados» (1 Corintios 1:26), a quienes Dios hace conocer las cosas profundas de Dios, y revela las cosas más altas de Su carácter, sino a los humildes, inquisitivos, orantes. Y de nuevo debe decirse, esto es tan cierto de los predicadores como de los laicos. Es el hombre espiritual quien ora, y a los que oran Dios hace Sus revelaciones mediante el Espíritu Santo.

Los predicadores que oran siempre han traído la mayor gloria a Dios, han movido Su Evangelio hacia adelante con su mayor y más rápida tasa y poder. Un predicador que no ora y una Iglesia que no ora pueden florecer exteriormente y avanzar en muchos aspectos de su vida. Tanto el predicador como la iglesia pueden convertirse en sinónimos de éxito, pero a menos que descansen sobre una base de oración todo éxito eventualmente se desmoronará en vida muerta y decadencia final.

«No tenéis porque no pedís», es la solución de toda debilidad espiritual tanto en la vida personal como en el púlpito. O eso, o es, «Pedís y no recibís porque pedís mal». La oración real yace en el fundamento de todo éxito real del ministerio en las cosas de Dios. La estabilidad, energía y facilidad con que el reino de Dios es establecido en este mundo dependen de la oración. Dios lo ha hecho así, y así Dios está ansioso de que los hombres oren. Especialmente está Él preocupado de que Sus escogidos ministros sean hombres de oración, y así da esa maravillosa declaración para animar a Sus ministros a orar, que se encuentra en Mateo 6:9:

«Pero yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá» (Mateo 7:7-8)

Así tanto el mandamiento como la promesa directa dan acento a Su preocupación de que ellos oren. Detente y piensa en estas familiares palabras. «Pedid, y se os dará». Eso mismo parecería ser suficiente para ponernos a todos, laicos y predicadores, a orar, tan directo, simple e ilimitado. Estas palabras nos abren todos los tesoros del cielo, simplemente pidiéndolos.

Si no hemos estudiado las oraciones de Pablo, principalmente un predicador a los gentiles, podemos tener solo una débil visión de la gran necesidad de la oración, y cuánto vale en la vida y la obra de un ministro del Evangelio. Además, tendremos solo una muy limitada visión de las posibilidades del Evangelio para enriquecer y hacer fuerte y perfecto el carácter cristiano, así como para equipar a los predicadores para su alta y santa tarea. ¡Oh, cuándo aprenderemos la simple pero importantísima lección de que la única gran cosa necesaria en la vida de un predicador para ayudarle en su vida personal, para mantener su alma viva para Dios, y para dar eficacia a la Palabra predicada por él, es la oración real y constante!

Pablo con la oración en primer lugar en su mente, asegura a los colosenses que «Epafras siempre trabaja fervientemente por vosotros en oraciones, para que estéis completos y perfectos en toda la voluntad de Dios» (Colosenses 4:12). A

este alto estado de gracia, «completos en toda la voluntad de Dios», él ora que puedan llegar. Así la oración era la fuerza que había de llevarlos a ese elevado, vigoroso y estable estado de corazón. Esto está en línea con la enseñanza de Pablo a los efesios, «Y él dio algunos pastores y maestros, para el perfeccionamiento de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo» (Efesios 4:11-12), donde evidentemente se afirma que toda la obra del ministerio no es meramente inducir a los pecadores al arrepentimiento, sino que es también el «perfeccionamiento de los santos». Y así Epafras «trabajaba fervientemente en oraciones» por esta cosa. Ciertamente él mismo era un hombre de oración, al orar así tan fervientemente por estos primeros cristianos.

Los apóstoles pusieron su fuerza a fin de que los cristianos honraran a Dios por la pureza y consistencia de sus vidas exteriores. Habían de reproducir el carácter de Jesucristo. Habían de perfeccionar Su imagen en sí mismos, imbuirse de Su temperamento y reflejar Su porte en todos sus temperamentos y conducta. Habían de ser imitadores de Dios como hijos amados, ser santos como Él era santo. Así incluso los laicos habían de predicar por su conducta y carácter, justo como el ministerio predicaba con sus bocas.

Para elevar a los seguidores de Cristo a estas exaltadas alturas de experiencia cristiana, ellos eran en todo sentido verdaderos en el ministerio de la Palabra de Dios, en el ministerio de la oración, en santo celo consumidor, en ardiente exhortación, en reprensión y censura. Añadido a todo esto, santificando todo esto, vigorizando todo esto, y haciendo todo esto saludable, ellos centraban y ejercían constantemente la fuerza de la más poderosa oración. «De noche y de día orando excesivamente», esto es, orando desmedidamente, con intensa seriedad, superabundantemente, más allá de toda medida, sobreabundantemente.

«De noche y de día orando sobreabundantemente, para que podamos ver vuestro rostro, y perfeccionar lo que falta en vuestra fe. Ahora bien, Dios mismo, y nuestro Padre, y nuestro Señor Jesucristo, dirijan nuestro camino hacia vosotros.

«Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros, y para con todos, como también nosotros hacemos para con vosotros; a fin de que Él afirme vuestros corazones irrepreensibles en santidad delante de Dios, incluso nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos» (1 Tesalonicenses 3:10-13)

Fue de esta manera que estos apóstoles —los primeros predicadores de la Iglesia primitiva— trabajaron en oración. Y solo aquellos que trabajan de la misma manera son los verdaderos sucesores de estos apóstoles. Esta es la verdadera, la escritural «sucesión apostólica», la sucesión de fe simple, deseo ferviente de santidad de corazón y vida, y oración celosa. Estas son las cosas hoy que hacen al ministerio fuerte, fiel y eficiente, «obreros que no necesitan avergonzarse, que dividen rectamente la palabra de verdad».

Jesucristo, el Líder y Comandante de Su pueblo designado por Dios, vivió y sufrió bajo esta ley de oración. Todas Sus conquistas personales en Su vida en la tierra fueron ganadas por obediencia a esta ley, mientras que las conquistas que han sido ganadas por Sus representantes desde que ascendió al cielo, fueron ganadas solo cuando esta condición de oración fue cumplida cordial y plenamente. Cristo estaba bajo esta única condición de oración. Sus apóstoles estaban bajo la misma condición de oración. Sus santos están bajo ella, y aun Sus ángeles están bajo ella. Por toda señal, por lo tanto, los predicadores están bajo la misma ley de oración. Ni por un momento son relevados o excusados de la obediencia a la ley de la oración. Es su misma vida, la fuente de su poder, el secreto de su experiencia religiosa y comunión con Dios.

Cristo no podía hacer nada sin oración. Cristo podía hacer todas las cosas mediante la oración. Los apóstoles no podían hacer nada sin la oración —y dependían absolutamente de ella para tener éxito en la derrota de sus enemigos espirituales. Podían hacer todas las cosas mediante la oración.

VIII. LA FALTA DE ORACIÓN EN EL PÚLPITO

«Henry Martyn se lamenta de que “la falta de lectura devocional privada y la brevedad de la oración, a causa de la incesante elaboración de sermones, habían producido mucha extrañeza entre Dios y su alma”. Juzga que había dedicado demasiado tiempo a las ministraciones públicas y muy poco a la comunión privada con Dios. Estaba muy impresionado con la necesidad de apartar tiempos para el ayuno y dedicar tiempos a la oración solemne. Como resultado de esto, registra: “Fui asistido esta mañana para orar durante dos horas”».—E. M. B.

Todos los santos de Dios llegaron a su santidad por el camino de la oración. Los santos no podían hacer nada sin la oración. Podemos ir más lejos y decir que los ángeles en el cielo no pueden hacer nada sin la oración, pero pueden hacer todas las cosas orando. Estos mensajeros del Altísimo dependen en gran medida de las oraciones de los santos para la esfera y el poder de su utilidad, las cuales abren avenidas para la utilidad angélica y crean misiones para ellos en la tierra. Y así como es con todos los apóstoles, santos y ángeles en el cielo, así es con los predicadores. «Los ángeles de las iglesias» no pueden hacer nada sin la oración, que abre puertas de utilidad y da poder y filo a sus palabras.

¿Cómo puede un predicador predicar eficazmente, causar impresiones en los corazones y las mentes, y tener frutos en su ministerio, si no recibe su mensaje de primera mano de Dios? ¿Cómo puede entregar un mensaje legítimo sin que su fe sea avivada, su visión aclarada y su corazón encendido por su recogimiento con Dios?

Sería bueno para todos nosotros, en este sentido, leer de nuevo la visión de Isaías registrada en el capítulo séptimo de su profecía, cuando, mientras esperaba, confesaba y oraba ante el trono, el ángel tocó sus labios con una brasa viva del altar de Dios:

«Entonces voló hacia mí uno de los serafines», dice, «teniendo una brasa viva en su mano, que había tomado con las tenazas de sobre el altar; y la puso sobre

mi boca, y dijo: He aquí, esto ha tocado tus labios, y tu iniquidad es quitada y tu pecado es expiado».

¡Oh, la necesidad que tienen los predicadores de hoy de que sus labios sean tocados con una brasa viva del altar de Dios! Este fuego es llevado a las bocas de aquellos profetas que son de espíritu orante, y que esperan en el lugar secreto a que el ángel designado traiga la llama viva. Los predicadores del mismo temple que Isaías recibieron visitas del ángel que trae brasas vivas para tocar sus labios. La oración siempre trae la llama viva para soltar las lenguas, para abrir puertas de expresión y para abrir grandes y eficaces puertas de hacer el bien. Esto, por encima de todo lo demás, es la gran necesidad de los profetas de Dios.

En lo que respecta a los intereses permanentes de la religión, un púlpito sin un aposento secreto siempre será una cosa estéril. Bienaventurado el predicador cuyo púlpito y aposento secreto están muy cerca el uno del otro, y que pasa del uno al otro. No consagrar ningún lugar a la oración es hacer una exhibición miserable, no solo en la oración, sino en la vida santa, pues la oración secreta y la vida santa están tan estrechamente unidas que nunca pueden separarse. Un predicador o un cristiano puede vivir una vida decente y religiosa, sin oración secreta, pero la decencia y la santidad son dos cosas muy diferentes. Y la primera solo se alcanza mediante la oración secreta.

Un predicador puede predicar de manera oficial, entretenida y erudita, sin oración, pero entre este tipo de predicación y la siembra de la preciosa semilla de Dios hay una distancia que no se cubre fácilmente.

No podemos declarar con demasiada frecuencia ni con demasiada fuerza que la oración, con todos sus elementos, es la condición primordial del éxito del reino de Cristo, y que todo lo demás es secundario e incidental. Los predicadores orantes, los hombres orantes y las mujeres orantes son los únicos que pueden impulsar este Evangelio con poder agresivo. Solo ellos pueden poner en él fuerzas conquistadoras. Se pueden enviar predicadores por millares, con equipamiento por demás completo, pero a menos que sean hombres diestros en el oficio de la oración, entrenados en su ejercicio marcial y exhaustivo, su ida carecerá de poder

y eficacia. Además, a menos que los hombres y mujeres que están detrás de estos predicadores, que proveen su equipamiento, sean hombres y mujeres en cuyos caracteres la oración haya llegado a ser un trabajo serio, su inversión será un esfuerzo vano e inútil.

La oración debe ser el acompañamiento inseparable de todo esfuerzo misionero, y debe ser el único equipamiento de los misioneros al salir a sus campos de labor y emprender sus delicadas y responsables tareas. La oración y las misiones van de la mano. Un misionero sin oración es un fracaso antes de salir, mientras está fuera y cuando regresa a su tierra natal. Una junta de misiones sin oración también necesita aprender la lección de la necesidad de la oración.

La oración entroniza a Dios como soberano y eleva a Jesucristo para sentarse con Él, y si los predicadores cristianos hubieran usado a plenitud el poder de la oración, mucho antes de esto «los reinos de este mundo se habrían convertido en el reino de Dios y de su Cristo». Añadido a todos los discursos misioneros, al dinero recaudado para las misiones, a las decenas enviadas a campos necesitados, está la oración. Las misiones tienen su raíz en la oración, deben tener oración en todos sus planes, y la oración debe preceder, acompañar y seguir a todos sus misioneros y obreros.

Frente a todas las dificultades que enfrenta la Iglesia en su gran obra en la tierra, y los obstáculos casi sobrehumanos y complejos en el camino de la evangelización del mundo, Dios nos anima con Sus promesas más fuertes: «Clama a mí y yo te responderé, y te mostraré cosas grandes y poderosas que tú no conoces». Las revelaciones de Dios a aquel que es de espíritu orante van mucho más allá de los límites de la oración. Dios se compromete a responder la oración específica, pero no se detiene allí. Dice: «Pídeme de las cosas venideras acerca de mis hijos, y acerca de la obra de mis manos, mándame». Piensa en ese notable compromiso de Dios con aquellos que oran: «Mándame». Él realmente se coloca a la orden de los predicadores orantes y de una Iglesia orante. Y esto es una respuesta suficiente a todas las dudas, temores e incredulidad, y una

inspiración maravillosa para hacer la obra de Dios a Su propia manera, lo cual significa por el camino de la oración.

Y como para fortificar aún más la fe de Su ministerio y de Su Iglesia, para cercar y fortificar contra cualquier tentación de duda o desánimo, Él declara por boca del gran Apóstol a los gentiles: «Él es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos».

Se enseña incuestionablemente que los predicadores, al avanzar con sus tareas asignadas por Dios, en sus oraciones, pueden mandar a Dios, lo cual es mandar Su habilidad, Su presencia y Su poder. «Ciertamente yo estaré contigo», es la respuesta a todo sincero ministro de Dios que inquiere. Todos los hombres llamados por Dios al ministerio tienen el privilegio de extender sus oraciones a regiones donde ni las palabras ni el pensamiento pueden llegar, y se les permite esperar de Él más allá de su oración, y por su oración, a Dios mismo, y luego, además, «cosas grandes y poderosas que tú no conoces».

Oración real de corazón, oración viva, oración por el poder del Espíritu, oración directa, específica, ardiente, sencilla —este es el tipo de oración que legítimamente pertenece al púlpito. Este es el tipo que los hombres que están en el púlpito demandan justamente ahora. No hay escuela en la que se aprenda a orar en público sino en el aposento secreto. Los predicadores que han aprendido a orar en el aposento secreto han dominado el secreto de la oración en el púlpito. Es solo un paso corto de la oración secreta a la oración eficaz, viva y de púlpito. La buena oración de púlpito sigue a la buena oración secreta. Un aposento secreto cerrado con el predicador produce una oración fría, sin espíritu y formal en el púlpito. Estudia cómo orar, oh predicador, pero no estudiando las formas de oración, sino asistiendo a la escuela de la oración de rodillas ante Dios. Aquí es donde aprendemos no solo a orar ante Dios, sino también a aprender cómo orar en presencia de los hombres. El que ha aprendido el camino al aposento secreto ha descubierto el camino para orar cuando entra al púlpito.

¡Con qué facilidad nos volvemos profesionales y mecánicos en las empresas más sagradas! Henry Martyn aprendió la lección tan difícil de aprender: que el

cultivo y la perfección de la justicia personal era el gran y primordial factor en el verdadero éxito del predicador. Así también, el que aprende la lección tan difícil de aprender: que la oración viva, espiritual y eficaz en el púlpito es el resultado natural de la oración secreta regular, ha aprendido bien su lección. Además: su obra, como predicador, dependerá de su oración.

La gran necesidad de la hora es tener buenos oradores en el púlpito, así como buenos predicadores. Así como la predicación viva y espiritual es la que impresiona y conmueve a los hombres, de la misma manera el mismo tipo de oración de púlpito conmueve e impresiona a Dios. No solo el predicador es llamado a predicar bien, sino que también debe ser llamado a orar bien. No que sea llamado a orar a la manera de los fariseos, que aman estar de pie en público y orar para ser vistos y oídos de los hombres. El tipo correcto de oración de púlpito está muy lejos de la oración farisaica, tan lejos como la luz lo está de las tinieblas, tan grande como el calor lo está del frío, como la vida lo está de la muerte.

¿Dónde estamos? ¿Qué estamos haciendo? La predicación es la obra más elevada posible que un hombre puede hacer. Y la oración va de la mano con la predicación. Es una obra poderosa, una obra elevada. La predicación es una obra que da vida, que siembra las semillas de la vida eterna. ¡Oh, que la hagamos bien, la hagamos según el orden de Dios, la hagamos con éxito! ¡Que la hagamos divinamente bien, de modo que cuando llegue el fin, el solemne cierre de la probación terrenal, podamos oír del Gran Juez de toda la tierra: «Bien hecho, buen siervo y fiel, entra en el gozo de tu Señor».

Cuando consideramos esta gran cuestión de la predicación, somos llevados a exclamar: «¡Con qué reverencia, sencillez y sinceridad debe hacerse!». ¡Qué verdad en lo interior se demanda para que se haga de manera aceptable a Dios y con provecho para los hombres! ¡Cuán reales, verdaderos y leales deben ser aquellos que la practican! ¡Cuán grande es la necesidad de orar como Cristo oró, con fuertes clamores y lágrimas, con temor piadoso! ¡Oh, que nosotros, como predicadores, hagamos lo real de la predicación, sin falsedad, sin mera forma de palabras, sin expresiones apagadas, frías y profesionales, sino entregándonos a la predicación orante y a la oración orante! La predicación que da vida nace de la

oración que da vida. La predicación y la oración siempre van juntas, como siameses, y nunca pueden separarse sin la muerte de una o de la otra, o la muerte de ambas.

Este no es el tiempo para métodos de guante de seda ni para predicación azucarada. Este no es tiempo para actuar como caballero en calidad de predicador ni para ponerse la vestimenta del erudito en el púlpito, si nos proponemos hacer discípulos de todas las naciones, destruir la idolatría, aplastar las fuerzas rudas y desafiantes del mahometanismo, y vencer y destruir las tremendas fuerzas del mal que ahora se oponen al reino de Dios en este mundo. Hombres valientes, hombres verdaderos, hombres orantes —temerosos de nada sino de Dios— son el tipo que se necesita justamente ahora. No habrá golpe alguno a las fuerzas del mal que ahora tienen al mundo en esclavitud, ni elevación de las hordas degradadas del paganismo a la luz y a la vida eterna, por nadie más que por hombres orantes. Todos los demás están meramente jugando a la religión, soldados de mentira, sin armadura y sin municiones, que están absolutamente indefensos frente a un mundo malvado y contumaz. Nadie sino los soldados y siervos de Jesucristo pueden posiblemente hacer esta tremenda obra. «Soporta las aflicciones como buen soldado de Jesucristo», clama el gran Apóstol. Este no es tiempo para pensar en uno mismo, para consultar con la dignidad, para conferenciar con la carne y la sangre, para pensar en la comodidad o para retroceder ante las dificultades, el dolor y la pérdida. Este es el tiempo para el trabajo, el sufrimiento y la abnegación. Debemos perderlo todo por Cristo para ganarlo todo por Cristo. Se necesitan hombres en el púlpito, así como en el banco, que sean «valientes para tomar, firmes para sostener, la cruz consagrada». He aquí el tipo de predicadores que Dios quiere. Y este tipo nace de mucha oración. Pues ningún hombre es suficiente para estas cosas si es un predicador sin oración. Solo los predicadores orantes pueden satisfacer la demanda y estarán a la altura de la emergencia.

El Evangelio de Jesús no tiene ni sabor ni vida en él cuando es hablado por labios sin oración o manejado por manos sin oración. Sin la oración, las doctrinas de Cristo degeneran en ortodoxia muerta. Predicarlas sin la ayuda del Espíritu de

Dios, quien entra en los mensajes del predicador solo mediante la oración, no es más que mera disertación, sin vida, sin agarre, sin fuerza en la predicación. No equivale a más que un racionalismo vivo o un sentimentalismo enfermizo. «Pero nosotros perseveraremos en la oración y en el ministerio de la Palabra», fue el propósito establecido y declarado del ministerio apostólico. El reino de Dios espera a la oración, y la oración pone alas al Evangelio y poder en él. Mediante la oración avanza con fuerza conquistadora y rápido progreso.

Si se prescinde de la oración, el predicador no se eleva a un nivel superior al del conferenciante, el político o el maestro secular. Lo que lo distingue de todos los demás oradores públicos es el hecho de la oración. Y como la oración trata con Dios, esto significa que el predicador tiene a Dios consigo, mientras que otros oradores no necesitan a Dios con ellos para hacer eficaces sus mensajes públicos. El predicador, por encima de todo, es un hombre espiritual, un hombre del Espíritu, que trata con cosas espirituales. Y esto implica que tiene que ver con Dios en su obra de púlpito en un sentido elevado y santo. Esto no puede decirse de ningún otro orador público. Y así, la oración debe necesariamente acompañar al predicador y a su predicación. La intelectualidad pura es la única cualificación para otros oradores públicos. La espiritualidad que nace de la oración pertenece al predicador.

En el Sermón del Monte, Jesucristo habla a menudo de la oración. Destaca prominentemente en sus declaraciones en esa ocasión. La lección de oración que enseñó consistía en santificar el nombre de Dios, en impulsar el reino de Dios. Hemos de anhelar la venida del reino de Dios. Ha de ser anhelado, y debe ser lo primero en nuestro trato con Dios. La voluntad de Dios debe tener su camino real en los corazones y las voluntades de quienes oran. Nuestro Señor hace hincapié en la urgencia de que los hombres oren con fervor, pidiendo, buscando, llamando, a fin de santificar el nombre de Dios, hacer que se cumpla su voluntad y promover su reino entre los hombres.

Y téngase en cuenta que, si bien esta lección de oración concierne a todos los hombres, tiene una aplicación peculiar al ministerio, pues fueron los doce futuros predicadores quienes hicieron la petición a nuestro Señor Jesucristo: «Señor,

enseñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos» (Lucas 11:1). De modo que, primordialmente, estas palabras fueron dirigidas primero a doce hombres que apenas comenzaban su labor como ministros. Jesús hablaba, según lo registra Lucas, a predicadores. Así habla a los predicadores de este día. ¡Cómo urgió a estos doce hombres a la oración! El ministerio de hoy necesita que se le enseñe la misma lección, y necesita la misma urgencia que los impulse a la oración como su hábito de vida.

Independientemente de todo lo que pueda reclamar para sí, o de cuántas cosas buenas puedan atribuírsele en su haber, un predicador sin oración nunca aprenderá bien la verdad de Dios, que está llamado a declarar con toda fidelidad y llaneza de palabra. Ciego y cegador seguirá siendo si vive una vida sin oración. Un ministerio sin oración no puede conocer la verdad de Dios, y al no conocerla, no puede enseñarla a hombres ignorantes. Quien nos enseña el camino de la oración debe, ante todo, caminar él mismo por ese camino. Un predicador no puede enseñar lo que no sabe. Un guía ciego será el predicador que es un extraño a la oración. La oración abre los ojos del predicador y los mantiene abiertos ante la maldad del pecado, su peligro y la pena que este acarrea. Ser un guía ciego que guía a ciegos será la vocación de quien no ora en su propia vida.

La mejor y más grande ofrenda que la Iglesia y el ministerio pueden hacer a Dios es una ofrenda de oración. Si los predicadores del siglo veinte aprenden bien la lección de la oración y la usan plenamente en toda su inagotable eficacia, el milenio llegará a su mediodía antes de que termine el siglo.

El predicador bíblico ora. Está lleno del Espíritu Santo, lleno de la Palabra de Dios y lleno de fe. Tiene fe en Dios, fe en el Hijo unigénito de Dios, su Salvador personal, y tiene fe implícita en la Palabra de Dios. No puede hacer otra cosa que orar. No puede ser otra cosa que un hombre de oración. La amplitud de su vida y las palpitaciones de su corazón son oración. El predicador bíblico vive por la oración, ama por la oración y predica por la oración. Sus rodillas dobladas en el lugar de la oración secreta dan testimonio de qué clase de predicador es.

Los predicadores pueden perder la fe en Dios, en Jesucristo como su Salvador personal y presente, quedar desprovistos de la paz de Dios y dejar que el gozo de la salvación salga de sus corazones, y aun así no ser conscientes de ello. ¡Cuán necesario es que el predicador se examine continuamente a sí mismo y averigüe sus relaciones personales con Dios y su estado religioso! Los predicadores, como los filósofos de antaño, pueden someterse a un sistema y contender fervientemente por él después de haber perdido toda fe en sus grandes hechos. Los hombres pueden, en el púlpito con corazones de incredulidad, ministrar en los altares de la Iglesia, mientras son ajenos a los principios más sagrados y vitales del Evangelio.

Es una tarea relativamente fácil para los predicadores quedar tan absortos en los asuntos materiales y externos de la Iglesia hasta perder de vista sus propias almas, olvidar la necesidad de la oración, tan necesaria para mantener sus propias almas vivas para Dios, y perder la dulzura interior de una experiencia cristiana.

La oración que da valor a nuestra predicación debe ser ella misma muy valorada. El carácter de nuestra oración determinará el carácter de nuestra predicación. La oración seria dará un peso serio a la predicación. La oración hace fuerte la predicación, le da unción y la hace perdurar. En todo ministerio, de peso para el bien, la oración siempre ha sido un asunto serio, profético de bien.

No puede decirse con demasiado énfasis: el predicador debe ser preeminentemente un hombre de oración. Debe aprender a orar, y debe tener tal estima de la oración y de su gran valor que sienta que no puede permitirse omitirla del catálogo de sus deberes privados. Su corazón debe estar en sintonía con la oración, mientras él mismo toca la nota más alta de la oración. Solo en la escuela de la oración puede el corazón aprender a predicar. Ningún don, ninguna erudición, ninguna fuerza mental pueden compensar el fracaso en orar. Ningún fervor, ninguna diligencia, ningún estudio, ninguna cantidad de servicio social suplirán su falta. Hablar a los hombres de parte de Dios puede ser algo grande y muy loable. Pero hablar a Dios de parte de los hombres es mucho más valioso y loable.

El poder de la predicación bíblica no radica simplemente ni únicamente en una devoción superlativa a la Palabra de Dios y en un celo celoso por la verdad de Dios. Todas estas cosas son esenciales, valiosas y útiles. Pero por encima de todas estas cosas, debe haber el sentido de la presencia divina y la conciencia del poder divino del Espíritu de Dios sobre el predicador y en él. Debe tener una unción, un empoderamiento, un sello del Espíritu Santo, para la gran obra de la predicación, haciéndolo semejante a la voz de Dios y dándole la energía de la diestra de Dios, de modo que este predicador bíblico pueda decir: «Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos» (Jeremías 15:16).

IX. EQUIPAMIENTO DE ORACIÓN PARA LOS PREDICADORES

«¡Vuelve! Vuelve a aquel aposento alto; vuelve de rodillas; vuelve a escudriñar el corazón y los hábitos, el pensamiento y la vida; vuelve a suplicar, orar y esperar, hasta que el Espíritu del Señor inunde el alma de luz y seas revestido de poder desde lo alto. Entonces sal en el poder de Pentecostés, y la vida de Cristo será vivida, y las obras de Cristo serán hechas. Abrirás ojos ciegos, limpiarás corazones inmundos, romperás las cadenas de los hombres y salvarás las almas de los hombres. En el poder del Espíritu que mora en ti, los milagros se convierten en lo cotidiano de la vida diaria.» —Samuel Chadwick.

Casi las últimas palabras pronunciadas por nuestro Señor antes de Su ascensión al cielo fueron aquellas dirigidas a los once discípulos, palabras que, en realidad, fueron habladas a los predicadores y que tienen que ver directamente con ellos, palabras que indican con mucha claridad la idoneidad necesaria que estos hombres debían tener para predicar el Evangelio, comenzando en Jerusalén: «Pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén», dice Jesús, «hasta que seáis investidos de poder desde lo alto».

Dos cosas se exponen con mucha claridad en estas urgentes indicaciones. Primera, el poder del Espíritu Santo por el cual debían esperar. Este debía recibirse después de su conversión, un requisito indispensable, equipándolos para la gran tarea que tenían por delante. Segunda, la «promesa del Padre», este «poder desde lo alto», vendría a ellos después de que hubieran esperado en oración ferviente y continua. Una referencia a Hechos 1:14 revelará que estos mismos hombres, con las mujeres, «perseveraban unánimes en oración y ruego», y así continuaron hasta el Día de Pentecostés, cuando el poder desde lo alto descendió sobre ellos.

Este «poder desde lo alto», tan importante para aquellos primeros predicadores como lo es para los predicadores de hoy, no era la fuerza de una mente poderosa, que abarca grandes verdades, las inunda de luz y las conforma

en belleza y elegancia verbal. Tampoco era la adquisición de una gran erudición, ni el resultado de un discurso impecable y completo según las reglas de la retórica. Nada de estas cosas. Ni tampoco este poder espiritual estaba entonces, ni está ahora, bajo la custodia de ninguna fuente terrenal de poder. El efecto y la energía de todas las fuerzas humanas son esencialmente diferentes en fuente y carácter, y no resultan en absoluto de este «poder desde lo alto». La transmisión de tal poder procede directamente de Dios, una concesión, en rica medida, de la fuerza y la energía que pertenecen solo a Dios, y que se transmite a Sus mensajeros únicamente en respuesta a una actitud de anhelo y lucha de su alma delante de su Maestro, consciente de su propia impotencia y buscando la omnipotencia del Señor a quien sirve, para comprender más plenamente la Palabra dada y predicarla a sus semejantes.

El «poder desde lo alto» puede encontrarse en combinación con todas las fuentes de poder humano, pero no debe confundirse con ellas, no depende de ellas y nunca debe ser reemplazado por ellas. Cualquier don, talento o fuerza humana que un predicador pueda poseer no debe hacerse primordial, ni siquiera visible. Debe ser ocultado, perdido, eclipsado por este «poder desde lo alto». Las fuerzas del intelecto y la cultura pueden estar todas presentes, pero sin este poder interior, dado del cielo, todo esfuerzo espiritual es vano e infructuoso. Incluso cuando le faltan los otros equipamientos pero tiene este «poder desde lo alto», un predicador no puede sino tener éxito. Es la única fuerza vital esencial y de suma importancia que un mensajero de Dios debe poseer para dar alas a su mensaje, para infundir vida a su predicación y para capacitarlo para hablar la Palabra con aceptación y poder.

Aquí es necesaria una palabra. Es preciso mantener las distinciones en mente. Debemos pensar con claridad sobre esta cuestión. «Poder desde lo alto» significa «la unción del Santo» que reposa sobre el predicador y permanece en él. Esto no es tanto un poder que da testimonio de que un hombre es hijo de Dios, como una preparación para entregar la Palabra a otros. La unción debe distinguirse del patetismo. El patetismo puede existir en un sermón mientras la unción está completamente ausente. Así también, la unción puede estar presente y el

patetismo ausente. Ambos pueden existir juntos; pero no deben confundirse, ni hacerse parecer la misma cosa. El patetismo promueve la emoción, el sentimiento tierno, a veces las lágrimas. Muy a menudo resulta de la relación de un incidente conmovedor, o cuando el lado tierno es peculiarmente apelado. Pero el patetismo no es el resultado directo ni indirecto del Espíritu Santo que reposa sobre el predicador mientras predica.

Pero la unción sí lo es. Aquí se nos da la evidencia de las obras de una agencia indescriptible en el predicador, que resulta directamente de la presencia de este «poder desde lo alto», profundo, consciente, vivificante y portador, que da poder y puntería a la Palabra predicada. Es el elemento en un sermón que despierta, conmueve, convence y mueve las almas de pecadores y santos. Esto es lo que el predicador requiere, el gran equipamiento por el cual debe esperar y orar. Esta «unción del Santo» libera de la sequedad, salva de la superficialidad y da autoridad a la predicación. Es la cualidad que distingue al predicador del Evangelio de otros hombres que hablan en público; es lo que hace un sermón único, diferente de la entrega de cualquier otro orador público.

La oración es el lenguaje de un hombre agobiado por un sentido de necesidad. Es la voz del mendigo, consciente de su pobreza, que pide a otro las cosas que necesita. No es solo el lenguaje de la carencia, sino de la carencia sentida, de la carencia conscientemente percibida. «Bienaventurados los pobres de espíritu», significa no solo que el hecho de la pobreza de espíritu trae la bendición, sino también que la pobreza de espíritu es percibida, conocida y reconocida. La oración es el lenguaje de aquellos que necesitan algo—algo que ellos mismos no pueden suplir pero que Dios les ha prometido, y por lo cual le piden. Al final, la oración pobre y la falta de oración equivalen a lo mismo, pues la oración pobre procede de una falta del sentido de necesidad, mientras que la falta de oración tiene su origen en el mismo terreno. No orar no es solo declarar que no hay nada necesario, sino admitir una no percepción de esa necesidad. Esto es lo que agrava el pecado de la falta de oración. Representa un intento de instituir una independencia de Dios, un gobierno autosuficiente que excluye a Dios de la vida.

Es una declaración hecha a Dios de que no lo necesitamos, y por lo tanto no le oramos.

Este es el estado en el que el Espíritu Santo, en Sus mensajes a las Siete Iglesias de Asia, encontró a la Iglesia de Laodicea, y «el estado laodicense» ha llegado a representar aquel en el que

Dios es excluido, expulsado de la vida, sacado del púlpito. Toda la condenación de esta Iglesia se resume en una expresión: «Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad», el estado más alarmante al que una persona, iglesia o predicador puede llegar. Confiando en sus riquezas, en su posición social, en las cosas externas y materiales, la Iglesia de Laodicea omitió a Dios, dejándolo fuera de sus planes y obras eclesiásticas, y declaró, por sus actos y por su omisión de oración: «De ninguna cosa tengo necesidad».

No es de extrañar que la declaración de autosatisfacción produjera su sentencia de castigo—«porque tú eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca». La idea transmitida es que tal estado de corazón descarriado es tan repulsivo para Dios como un emético lo es para el estómago humano, y así como el estómago expulsa lo que es objetable, el Dios Todopoderoso amenaza con «vomitar de Su boca» a estas personas que se encontraban en tal condición religiosa tan repulsiva para Él. Todo ello era rastreable a un estado de corazón sin oración, pues nadie puede leer esta palabra del Espíritu a esta Iglesia de Laodicea y no ver que el mismo núcleo de su pecado era la falta de oración. ¿Cómo podría una Iglesia, entregada a la oración, declarar abierta y jactanciosamente: «De ninguna cosa tengo necesidad», frente a la afirmación del Espíritu de que lo necesitaba todo: «Tú no conoces que tú eres desventurado, y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo»? Además de su pecado de autosuficiencia y de independencia de Dios, los laodiceses eran espiritualmente ciegos. ¡Oh, qué embotamiento de la vista, qué ceguera del alma! Estas personas no oraban, y no conocían la importancia de tal falta de oración. Carecían de todo lo que constituye la vida espiritual, y la fuerza, y la piedad abnegada, y vanamente se suponían necesitadas de nada excepto de riqueza material, haciendo así de las posesiones temporales

un sustituto de la riqueza espiritual, dejando a Dios completamente fuera de sus actividades, confiando en recursos humanos y materiales para hacer la obra que solo es posible a lo divino y sobrenatural, y asegurada únicamente por la oración.

Ni se olvide que esta carta (al igual que las otras seis cartas) fue dirigida principalmente al predicador a cargo de la iglesia. Todo esto refuerza la impresión de que el «ángel de la iglesia» mismo estaba en este estado tibio. Él mismo vivía una vida sin oración, confiando en cosas distintas de Dios, diciendo prácticamente: «De ninguna cosa tengo necesidad». Pues estas palabras son la expresión natural del espíritu de aquel que no ora, que no se preocupa por Dios y que no siente la necesidad de Él en su vida, en su obra y en su predicación. Además, las palabras del Espíritu parecen indicar que el «ángel de la iglesia» de Laodicea era indirectamente responsable de esta triste condición en la que había caído la Iglesia de Laodicea.

¿No podría encontrarse este tipo de iglesia en los tiempos modernos? ¿No es probable que pudiéramos descubrir algunos predicadores de los tiempos modernos que caen bajo una condenación similar a la pronunciada sobre el «ángel de la iglesia» de Laodicea?

Los predicadores de la era presente superan a los del pasado en muchos, posiblemente en todos, los elementos humanos de éxito. Están bien al día con la época en erudición, investigación y vigor intelectual. Pero estas cosas ni aseguran el «poder desde lo alto» ni garantizan una experiencia religiosa viva y próspera, o una vida recta. Estos dones puramente humanos no traen consigo una percepción de las cosas profundas de Dios, ni una fe fuerte en las Escrituras, ni una intensa lealtad a la revelación divina de Dios.

La presencia de estos talentos terrenales, incluso en la forma más imponente e impresionante, y en la medida más rica, no disminuye en lo más mínimo la necesidad del don adicional del Espíritu Santo. Aquí radica el gran peligro que amenaza el púlpito de hoy. A nuestro alrededor vemos una tendencia a sustituir los dones humanos y las aptitudes mundanas por ese poder sobrenatural e interior que viene de lo alto en respuesta a la oración ferviente.

En muchos casos, la predicación moderna parece fallar precisamente en aquello que debería crear y distinguir la verdadera predicación, que es esencial para su ser, y que solo puede hacer de ella una agencia divina y poderosamente agresiva. Carece, en resumen, del «poder desde lo alto» que solo puede hacerla una cosa viva. No logra convertirse en el canal a través del cual el poder salvador de Dios puede llegar a apelar a las conciencias y corazones de los hombres.

Muy a menudo, la predicación moderna falla en este punto vital, por falta de ejercer una influencia potente que perturbe a los hombres en su sueño de seguridad y los despierte a un sentido de necesidad y de peligro. Hay una necesidad creciente de una apelación que avive y despierte la conciencia de su estupor ignoble y le dé un sentido de maldad y un sentido correspondiente de arrepentimiento. Hay necesidad de un mensaje que escudriñe los lugares secretos del ser del hombre, dividiendo, por así decirlo, las coyunturas y los tuétanos, y dejando al descubierto las profundidades misteriosas ante sí mismo y ante su Dios. Gran parte de nuestra predicación actual carece de esa cualidad que infunde nueva sangre en el corazón y las venas de la fe, que la arma de valor y habilidad para la batalla con los poderes de las tinieblas, y le asegura una victoria sobre las fuerzas del mundo.

Tales fines elevados y nobles nunca pueden ser logrados por cualificaciones humanas, ni pueden estos grandes resultados asegurarse por un púlpito vestido solo con los elementos humanos de poder, por muy graciosos, cómodos y útiles que puedan ser. Se necesita el Espíritu Santo. Solo Él puede equipar al ministerio para su obra difícil y responsable dentro y fuera del púlpito. ¡Oh, que el ministerio de hoy llegue a ver que su única gran necesidad es un revestimiento de «poder desde lo alto», y que esta única necesidad solo puede asegurarse mediante el uso de los medios de gracia designados por Dios—el ministerio de la oración!

La oración es necesaria para el predicador a fin de que sus relaciones personales con Dios se mantengan, y porque no hay diferencia entre él y cualquier otro tipo de hombre en lo que respecta a su salvación personal. Esto debe obrarlo «con temor y temblor», tal como todos los demás hombres deben

hacerlo. Así, la oración es de vasta importancia para el predicador a fin de que pueda poseer una experiencia religiosa creciente, y ser capacitado para vivir una vida tal que su carácter y conducta respalden su predicación y den fuerza a su mensaje.

Un hombre debe tener oración en su obra de púlpito, pues ningún ministro puede predicar eficazmente sin oración. También tiene uso para la oración al orar por otros. Pablo fue un ejemplo notable de un predicador que oraba constantemente por aquellos a quienes ministraba.

Pero llegamos ahora a otra esfera de la oración, la del pueblo orando por el predicador. «Hermanos, orad por nosotros». Este es el clamor que Pablo puso en marcha, y que ha sido el clamor de los predicadores de mentalidad espiritual—aquellos que conocen a Dios y que conocen el valor de la oración—en todas las edades sucesivas. Ninguna condición de éxito o lo contrario debe disminuir el clamor. Ningún grado de cultura, ninguna abundancia de talentos debe hacer cesar ese clamor. El predicador erudito, así como el iletrado, tiene igual necesidad de clamar al pueblo que sirven: «Orando también juntamente por nosotros». Tal clamor expresa la necesidad sentida del corazón de un predicador que siente la necesidad de que las simpatías de un pueblo estén en armonía con su ministro. Es solo la expresión del alma interior de un predicador que siente su insuficiencia para las tremendas responsabilidades del púlpito, que reconoce su debilidad y su necesidad de la unción divina, y que se arroja sobre las oraciones de su congregación, y les clama: «Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y por mí, a fin de que me sea dada palabra». Es el clamor de una profunda necesidad sentida en el corazón del predicador que siente que debe tener esta oración hecha específicamente por él para que pueda hacer su obra a la manera de Dios.

Cuando esta petición a un pueblo de orar por el predicador es fría, formal y oficial, se congela en lugar de fructificar. Ser ignorante de la necesidad del clamor es ser ignorante de las fuentes del éxito espiritual. No enfatizar el clamor, y no tener respuestas a él, es socavar las fuentes de la vida espiritual. Los predicadores deben hacer sonar el clamor a la Iglesia de Dios. Los santos en todas partes y de

todo tipo, y de toda fe, responden rápidamente y oran por el predicador. La necesidad imperativa de la obra lo exige. «Orad por nosotros», es el clamor natural de los corazones de los hombres llamados por Dios—predicadores fieles de la Palabra.

La oración santa en la iglesia primitiva ayudó poderosamente a la predicación apostólica, y rescató a los hombres apostólicos de muchas situaciones terribles. Puede hacer lo mismo hoy. Puede abrir puertas para las labores apostólicas, y labios apostólicos para pronunciar valiente y verdaderamente el mensaje del Evangelio. Los movimientos apostólicos esperan su ordenación de la oración, y avenidas largo tiempo cerradas se abren a la entrada apostólica por y a través del poder de la oración. El mensajero recibe su mensaje y es instruido en cuanto a cómo llevar y entregar el mensaje mediante la oración. El precursor del Evangelio, y lo que prepara el camino, es la oración; no solo por la oración del mensajero mismo, sino por la oración de la Iglesia de Dios.

Escribiendo en esta línea en su Segunda Epístola a los Tesalonicenses, Pablo es primero general en su petición y dice: «Hermanos, orad por nosotros». Luego se vuelve más minucioso y particular:

«Por lo demás, hermanos, orad por nosotros», continúa, «para que la palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo es entre vosotros. Y para que seamos librados de hombres perversos y malos; porque no es de todos la fe».

La Versión Revisada tiene por «corra» la palabra «se extienda». «La Palabra» significa doctrina, y la idea transmitida es que esta doctrina del Evangelio se propaga rápidamente, una metáfora tomada de la carrera de una competencia, y es una exhortación a esforzarse, a luchar arduamente, a gastar fuerzas. Así, la oración por la difusión del Evangelio da la misma energía a la Palabra del Señor, que el mayor despliegue de fuerza da éxito al corredor. La oración en el banco da a la Palabra predicada energía, facilidad y éxito. La predicación sin el respaldo de una poderosa oración es un esfuerzo tan flojo e inútil como pueda imaginarse. La falta de oración en el banco es un serio obstáculo para que la Palabra del Señor corra.

La predicación de la Palabra del Señor deja de correr y de ser glorificada por muchas causas. La dificultad puede residir en el predicador mismo, si su conducta externa está fuera de armonía con la regla de las Escrituras y su propia profesión. La Palabra vivida debe estar de acuerdo con la Palabra entregada; la vida debe estar en armonía con el sermón. El espíritu y el comportamiento del predicador fuera del púlpito deben correr paralelos con la Palabra del Señor hablada en el púlpito. De lo contrario, un hombre es un obstáculo para el éxito de su propio mensaje.

De nuevo, la Palabra del Señor puede dejar de correr, puede verse seriamente obstaculizada y lisiada por las vidas inconsistentes de aquellos que son sus oyentes. La mala vida en el banco lisiará seriamente la Palabra del Señor en sus intentos de correr en su curso designado. Las vidas inicuas entre los laicos pesan mucho sobre la Palabra del Señor y obstaculizan la obra del ministerio. Sin embargo, la oración eliminará esta carga que obstaculiza seriamente la Palabra predicada. Tendrá a hacer esto de manera directa, o de manera indirecta. Pues así como pones a los laicos a orar, por el predicador o incluso por ellos mismos, despierta la conciencia, conmueve el corazón y tiende a corregir los malos caminos y a promover la buena vida. Ningún hombre orará mucho tiempo y continuará en pecado. La oración destruye la mala vida, mientras que la mala vida destruye la oración. La oración va a la bancarrota cuando un hombre va al pecado. Obedecer el clamor del predicador, «Hermanos, orad por nosotros», pone a los hombres a hacer lo que inducirá una vida recta en ellos, y tenderá a apartarlos del pecado. Así sucede que no vale poco conseguir que los laicos oren por el ministerio. La oración ayuda al predicador, es una ayuda para el sermón, asiste al oyente y promueve la vida recta en el banco.

La oración también mueve al que ora por el predicador y por la Palabra del Señor a usar toda su influencia para eliminar cualquier obstáculo a esa Palabra que él pueda ver, y que está en su poder eliminar.

Pero la oración llega directamente al predicador. Dios escucha la oración de una iglesia por su ministro. La oración por la Palabra predicada es una ayuda directa para ella. La oración por el predicador da alas al Evangelio, así como pies.

La oración hace que la Palabra del Señor avance fuerte y rápidamente. Quita los grilletes del mensaje y le da la oportunidad de correr directamente a los corazones de pecadores y santos por igual. Abre el camino, despeja la pista, proporciona un curso libre. El fracaso de muchos predicadores puede encontrarse justo aquí. Fue obstaculizado, impedido, lisiado por una iglesia sin oración. Los oficiales que no oraban se interpusieron en el camino de la Palabra predicada, y se convirtieron en verdaderas piedras de tropiezo en el camino de la Palabra, impidiendo definitivamente que llegara a los corazones de los no salvos.

La incredulidad y la falta de oración van juntas. Está escrito de nuestro Señor en el Evangelio de Mateo que cuando entró en su propia tierra, «no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos». Marcos lo expresa un poco diferente, pero dando la misma idea: «Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos. Y se asombró de la incredulidad de ellos». Sin lugar a dudas, la incredulidad de aquel pueblo obstaculizó a nuestro Señor en Su obra misericordiosa y ató Sus manos. Y si eso es verdad, no requiere una tensión indebida de las Escrituras cuando decimos que la incredulidad y la falta de oración de una iglesia pueden atar las manos de su predicador y evitar que haga muchas grandes obras en la salvación de las almas y en la edificación de los santos. La falta de oración, por lo tanto, en lo que concierne al predicador, es un asunto muy serio. Si existe en el predicador mismo, entonces él ata sus propias manos y hace que la Palabra predicada por él sea ineficaz y vana. Si se encuentran hombres sin oración en el banco, entonces perjudica al predicador, le roba una ayuda invaluable e interfiere seriamente con el éxito de su obra. ¡Cuán grande es la necesidad de una iglesia que ore para ayudar a la predicación de la Palabra del Señor! Tanto el banco como el púlpito están conjuntamente interesados en este negocio de la predicación. Es una sociedad. Los dos van de la mano. Uno debe ayudar al otro, uno puede obstaculizar al otro. Ambos deben trabajar en perfecta armonía o resultará un daño serio, y el plan de Dios concerniente al predicador y a la Palabra predicada será derrotado.

X. EL CLAMOR DEL PREDICADOR: ¡ORAD POR NOSOTROS!

«Que el verdadero predicador apostólico debe tener las oraciones de otros — personas buenas que den a su ministerio su cuota completa de éxito—, Pablo es un ejemplo preeminente. Él pide, anhela, suplica de manera apasionada la ayuda de todos los santos de Dios. Sabía que en el ámbito espiritual, como en todo lo demás, en la unión está la fuerza; que la consagración y la agregación de la fe, el deseo y la oración aumentaban el volumen de la fuerza espiritual hasta volverse abrumadora e irresistible en su poder. Las unidades de oración combinadas, como gotas de agua, forman un océano que desafía toda resistencia» —E. M. B.

¿Hasta qué punto el orar por el predicador ayuda a la predicación? Lo ayuda personal y oficialmente. Lo ayuda a mantener una vida recta, lo ayuda en la preparación de su mensaje, y ayuda a que la Palabra predicada por él corra hacia su meta señalada, sin obstáculos ni impedimentos.

Una iglesia que ora crea una atmósfera espiritual muy favorable a la predicación. ¿Qué predicador que conozca algo de la obra real de la predicación duda de la veracidad de esta afirmación? El espíritu de oración en una congregación engendra una atmósfera cargada del Espíritu del Altísimo, elimina los obstáculos y le da a la Palabra del Señor derecho de paso. La misma actitud de tal congregación constituye un entorno muy alentador y favorable a la predicación. Hace de la predicación una tarea fácil; permite que la Palabra corra rápidamente y sin fricción, impulsada por el calor de las almas entregadas a la oración.

Los hombres en el banco que se dedican a orar por el predicador son como los postes que sostienen los cables por los cuales corre la corriente eléctrica. No son el poder, ni son los agentes específicos que hacen efectiva la Palabra del Señor. Pero sostienen los cables, a lo largo de los cuales el poder divino corre hacia los corazones de los hombres. Le dan libertad al predicador, lo eximen de verse restringido y lo preservan de «meterse en los matorrales». Crean condiciones

favorables para la predicación del Evangelio. No pocos predicadores que conocen a Dios han tenido una amplia experiencia y son conscientes de la verdad de estas afirmaciones. ¡Sin embargo, cuán difícil les ha resultado predicar en algunos lugares! Esto se debía a que no tenían «puerta de expresión», y se veían obstaculizados en su exposición, sin que apareciera respuesta alguna a sus llamados. Por otro lado, en otras ocasiones, el pensamiento fluía con facilidad, las palabras venían con libertad y no había falla en la expresión. El predicador «tenía libertad», como solían declarar los ancianos.

La predicación de la Palabra a una congregación que no ora cae a los mismos pies del predicador. No tiene fuerza de avance; se detiene porque la atmósfera es fría, poco comprensiva, desfavorable para que corra hacia los corazones de hombres y mujeres. No hay nada allí que la impulse. Así como algunas oraciones nunca suben por encima de la cabeza del que ora, así la predicación de algunos predicadores no llega más allá del frente del púlpito desde el cual se pronuncia. Se necesita oración en el púlpito y oración en el banco para hacer que la predicación sea cautivadora, vivificante y salvadora de almas.

La Palabra de Dios está inseparablemente vinculada a la oración. Las dos están unidas, gemelas desde el nacimiento, y gemelas por la vida. Los Apóstoles se encontraron absortos en el deber sagrado y apremiante de distribuir las limosnas de la Iglesia, hasta que no les quedaba tiempo para orar. Dispusieron que otros hombres fueran designados para cumplir esta tarea, a fin de que ellos pudieran dedicarse mejor continuamente a la oración y al ministerio de la Palabra.

Así también podría decirse que la oración por el predicador, hecha por la iglesia, está inseparablemente unida a la predicación. Una iglesia que ora es una ayuda invaluable para el predicador fiel. La Palabra del Señor corre en tal iglesia, «y es glorificada» en la salvación de los pecadores, en la recuperación de los descarriados y en la santificación de los creyentes. Pablo vincula estrechamente la Palabra de Dios con la oración al escribir a Timoteo:

«Porque toda criatura de Dios es buena», dice, «y nada debe desecharse, si se toma con acción de gracias. Porque es santificada por la Palabra de Dios y por la oración».

Y así la Palabra del Señor depende, para su rápida difusión y para su éxito pleno y más glorioso, de la oración.

Pablo indica que la oración transforma los males que sobrevienen al predicador: «Porque sé que esto resultará en mi salvación por vuestra oración, y por la ministración del Espíritu de Jesucristo». Fue «por medio de su oración», declara, que estos beneficios le vendrían. Y así es «por medio de la oración de una iglesia» que el pastor será beneficiario de grandes cosas espirituales.

En la parte final de la Epístola a los Hebreos, tenemos la petición de Pablo de que se ore por él, dirigida a los cristianos hebreos, basando su petición en las graves y eternas responsabilidades del oficio de predicador:

«Obedeced a vuestros pastores», dice, «y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso. Orad por nosotros; pues confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo».

¡Cuán poco entiende la Iglesia la temible responsabilidad que conlleva el oficio y la obra del ministerio! «Porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta». Los centinelas designados por Dios, para advertir cuando el peligro está cerca; los mensajeros de Dios enviados a reprender, redargüir y exhortar con toda longanimidad; ordenados como pastores para proteger a las ovejas contra los lobos devoradores. ¡Cuán responsable es su posición! Y han de dar cuenta a Dios por su obra, y han de enfrentar un día de ajuste de cuentas. ¡Cuánto necesitan tales hombres las oraciones de aquellos a quienes ministran! ¿Y quiénes deberían estar más dispuestos a hacer esta oración sino el pueblo de Dios, Su propia Iglesia, aquellos que presumiblemente están en simpatía de corazón con el ministro y su obra tan importante, divina en su origen?

Entre los últimos mensajes de Jesús a Sus discípulos se encuentran los que hallamos en los capítulos catorce, quince y dieciséis del Evangelio de Juan. En el catorce, así como en los otros, hay algunas enseñanzas muy específicas sobre la oración, diseñadas para su ayuda y estímulo en su obra futura. Nunca debemos perder de vista el hecho de que estos últimos discursos de Jesucristo fueron dados a los discípulos únicamente, lejos de las multitudes ocupadas, y parecen destinados primordialmente a ellos en su ministerio público. En realidad, fueron palabras dichas a predicadores, pues estos once hombres habían de ser los primeros predicadores de la nueva dispensación.

Con este pensamiento en mente, podemos ver la tremenda importancia que nuestro Señor dio a la oración, y el alto lugar que le otorgó en la obra de la vida de los predicadores, tanto en este día como en aquel día.

Primero nuestro Señor propone que Él orará por estos discípulos, para que el Padre les envíe otro Consolador, incluso el Espíritu de verdad, a quien el mundo no podía recibir. Precedió esta declaración con un mandato directo a ellos de orar, de orar por cualquier cosa, con la seguridad de que recibirían lo que pidieran.

Si, por lo tanto, había valor en su propia oración, y era de gran valor que nuestro Señor intercediera por ellos, entonces por supuesto valdría la pena que las personas a quienes ministrarían también oraran por ellos. No es de extrañar entonces que el Apóstol Pablo tomara la clave de nuestro Señor, y varias veces irrumpiera con la urgente exhortación: «Orad por nosotros».

La verdadera oración hecha por los laicos ayuda de muchas maneras, pero en una forma particular. Ayuda muy materialmente al predicador a ser valiente y fiel. Léase la petición de Pablo a los Efesios:

«Orando en todo tiempo con toda oración y súplica», dice, «en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuesto el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con denuesto hable de él, como debo hablar».

Cuánto de la valentía y lealtad de Pablo dependía de las oraciones de la Iglesia, o más bien cuánto fue ayudado en estos dos puntos, no podemos saberlo. Pero incuestionablemente debió llegarle por medio de las oraciones de los cristianos en Éfeso, Colosas y Tesalónica, mucha ayuda en la predicación de la Palabra, de la cual habría carecido si estas iglesias no hubieran orado por él. Y de igual manera, en los tiempos modernos, el don de una expresión pronta y eficaz en el predicador ha sido otorgado a un predicador por medio de las oraciones de una iglesia que ora.

El Apóstol Pablo no deseaba quedarse corto en esa cualidad tan importante en un predicador del Evangelio, a saber, la valentía. No era ningún cobarde, ni acomodaticio, ni adulador, pero necesitaba la oración, para que no fuera que, por cualquier tipo de timidez, dejara de declarar toda la verdad de Dios, o por temor a los hombres, la declarara de manera apologética y vacilante. Deseaba alejarse lo más posible de una actitud de este tipo. Su deseo y esfuerzo constante era declarar el Evangelio con consagrada valentía y con libertad. «A fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, que con denuedo hable de él, como debo hablar», parecía ser su gran deseo, y parecería que, a veces, realmente temía que pudiera exhibir cobardía, o ser afectado por el temor al rostro del hombre.

Este es un día que tiene urgente necesidad de hombres según el molde del gran Apóstol: hombres de valor, valientes y fieles, que no se dejen mover por el temor a los hombres, ni se vean reducidos al silencio o a la disculpa por el temor a las consecuencias. Y una manera de conseguirlos es que el banco se entregue a la oración ferviente por los predicadores.

En la palabra de Pablo a los ancianos de Éfeso, dada cuando iba de camino a Jerusalén, Pablo se exonera a sí mismo de la acusación de culpa de sangre, por cuanto no había dejado de declararles todo el consejo de Dios. A sus hermanos filipenses, también, les dice que, por medio de sus oraciones, demostraría no ser ni avergonzado ni temeroso.

Nada, quizás, puede ser más perjudicial para el avance del reino de Dios entre los hombres que una declaración tímida o dudosa de la verdad revelada. El hombre que declara solo la mitad de lo que cree, está lado a lado con el hombre que declara plenamente lo que solo cree a medias. Ningún cobarde puede predicar el Evangelio y declarar todo el consejo de Dios. Para hacer eso, un hombre debe estar en actitud de batalla, no por pasión, sino por razón de profunda convicción, conciencia firme y valor completo. La fe está bajo la custodia de un corazón gallardo, mientras que la timidez se rinde, siempre, ante un espíritu valiente. Pablo oró, y prevaleció sobre otros para que oraran, a fin de ser un hombre de resuelto valor, lo suficientemente valiente para hacer todo excepto pecar. El resultado de esta oración mutua es que la historia no tiene un ejemplo más fino de valor en un ministro de Jesucristo que el mostrado en la vida del Apóstol Pablo. Él ocupa la posición preeminente como un predicador intrépido, intransigente y temeroso de Dios del Evangelio de su Señor.

Dios parece haberse tomado grandes molestias con Sus profetas de la antigüedad para salvarlos del temor al entregar Sus mensajes a la humanidad. Buscó de todas las maneras salvaguardar a Sus portavoces del temor al hombre, y por medio de mandatos, razonamientos y estímulos buscó hacerlos intrépidos y fieles a su alto llamamiento. Una de las tentaciones que asedian al predicador es el «temor» al rostro del hombre. Desafortunadamente, no pocos se rinden a este temor, y o bien permanecen en silencio en momentos en que deberían ser osadamente elocuentes, o suavizan con palabras tersas el mandato severo que les corresponde entregar. «El temor del hombre trae trampa». Con esta dolorosa tentación Satanás a menudo asedia al predicador de la Palabra y pocos hay

que no hayan sentido la fuerza de esta tentación. Es el deber de los ministros del Evangelio enfrentar esta tentación de temer el rostro del hombre con resuelto valor y acorazarse contra ella y, si es necesario, pisotearla. Para este importante fin, la iglesia del predicador debe orar por él. Necesita liberación del temor, y la oración es el medio por el cual puede ser ahuyentado y darse libertad de la esclavitud del temor a su alma.

Tenemos un cuadro llamativo de la necesidad que el predicador tiene de la oración, y de lo que las oraciones de un pueblo pueden hacer por él en Éxodo 17. Israel y Amalec estaban en batalla, y el combate era severo y reñido. Moisés estaba de pie en lo alto del collado con su vara levantada en sus manos, el símbolo de poder y victoria. Mientras Moisés mantuvo levantada la vara, Israel prevaleció, pero cuando bajó su mano con la vara, Amalec prevaleció. Mientras el combate estaba en la balanza, Aarón y Hur vinieron al rescate, y cuando las manos de Moisés se cansaron, estos dos hombres «sostuvieron sus manos, . . . hasta que se puso el sol. Y Josué deshizo a Amalec y a su pueblo».

Por consentimiento común, este incidente en la historia del antiguo Israel ha sido reconocido como una ilustración llamativa de cómo un pueblo puede sostener a su predicador mediante la oración, y de cómo viene la victoria cuando el pueblo ora por su predicador.

Algunos de los mejores hombres del Señor en los tiempos del Antiguo Testamento tuvieron que ser alentados contra el temor por el Dios Todopoderoso. Moisés mismo no estaba libre del temor que acosa y compromete a un líder. Dios le dijo que fuera a Faraón, con estas palabras: «Ven ahora, por tanto, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel». Pero Moisés, en gran parte por temor, comenzó a ofrecer objeciones y excusas para no ir, hasta que Dios se enojó con él, y dijo, finalmente, que enviaría a Aarón con Moisés para que hablara, mientras Moisés insistiera en que él «era tardo en el habla y torpe de lengua». Pero el hecho era que Moisés tenía miedo del rostro de Faraón, y le tomó a Dios algún tiempo sortear sus temores y darle valor para enfrentar al monarca egipcio y entregarle el mensaje de Dios.

Y Josué, también, el sucesor de Moisés, y un hombre aparentemente valeroso, necesitó ser fortalecido por Dios contra el temor, no fuera que se resistiera al deber, y quedara reducido al desánimo y la timidez. «Esfuézate y sé valiente», le mandó Dios. «¿No te he mandado yo? No temas, ni desmayes, porque el Señor tu Dios está contigo dondequiera que vayas».

Un hombre tan bueno y fiel como Jeremías fue gravemente tentado a temer y tuvo que ser advertido y fortalecido para que no resultara falso a su encargo. Cuando Dios lo ordenó como profeta a las naciones, Jeremías comenzó a excusarse sobre la base de que no podía hablar, siendo sino un niño en ese aspecto. Así que el Señor tuvo que salvaguardarlo de la tentación del temor, para que no resultara infiel: «Tú, por tanto, ciñe tus lomos, y levántate, y diles», dijo Dios a Su siervo, «todo lo que yo te mande; no desmayes delante de ellos, para que no te confunda delante de ellos».

Puesto que estos grandes hombres de la antigüedad estaban tan acosados por esta tentación, y dispuestos a resistirse al deber, no debemos sorprendernos de que se encuentren predicadores de nuestros propios días en condición similar. El diablo es el mismo en todas las épocas; ni ha sufrido la naturaleza humana cambio alguno. ¡Cuán necesario es, entonces, que oremos por los líderes de nuestro Israel, especialmente para que reciban el don de la osadía, y hablen la Palabra de Dios con valor!

Esta fue una razón por la cual Pablo insistió tan vigorosamente en que los hermanos oraran por él, para que le fuera dada una puerta de expresión, y para que fuera librado del temor al hombre, y bendecido con santa osadía al predicar la Palabra.

El desafío y la exigencia del mundo en nuestros propios días es que el cristianismo sea hecho práctico; que sus preceptos sean expresados en la práctica, y bajados del reino del ideal a los niveles de la vida cotidiana. Esto puede hacerse solo por hombres de oración, quienes, estando muy en simpatía con sus ministros, no cesarán de sostenerlos en sus oraciones delante de Dios.

Un predicador del Evangelio no puede satisfacer las demandas que se le hacen, solo, más de lo que la vid puede dar uvas sin ramas. Los hombres que se sientan en los bancos han de ser los que den fruto. Ellos han de traducir el «ideal» del púlpito en lo «real» de la vida y la acción diarias. Pero no lo harán, no pueden hacerlo, si no están consagrados a Dios y muy entregados a la oración. La devoción a Dios y la devoción a la oración son una y la misma cosa.

XI. EJEMPLOS MODERNOS DE ORACIÓN

«Cuando la libélula rompe su capullo y se reviste, en una limpia placa de malla de zafiro, suyo es un peregrinaje de uno o dos días soleados sobre los campos y pastos húmedos de rocío, y sin embargo nada puede superar la maravillosa belleza con que está ataviada. Ninguna flor en la tierra tiene un azul más rico que el color puro de su coraza. Así es en la alta esfera espiritual. La más completa hermosura espiritual puede obtenerse en el tiempo más breve, y el jovencito puede morir de cien años, en carácter y gracia».—Historia de David Brainerd

Dios no se ha limitado a los días de la Biblia para mostrar lo que puede hacerse mediante la oración. En los tiempos modernos, también, Él es visto como el mismo Dios que oye la oración que en otro tiempo. Aun en estos postreros días no se ha dejado a Sí mismo sin testimonio. La biografía religiosa y la historia de la Iglesia, por igual, nos proporcionan muchos nobles ejemplos y llamativas ilustraciones de la oración, su necesidad, su valor y sus frutos, todos tendientes al estímulo de la fe de los santos de Dios y todos urgiéndolos a una oración cada vez mayor y mejor. Dios no se ha limitado a los tiempos del Antiguo y del Nuevo Testamento para emplear hombres de oración como Sus agentes en el fomento de Su causa en la tierra, y Él se ha puesto bajo obligación de responder sus oraciones tanto como lo hizo con los santos de la antigüedad. Una selección de estos santos orantes de los tiempos modernos nos mostrará cómo valoraban la oración, qué significaba para ellos, y qué significaba para Dios.

Tomemos, por ejemplo, el caso de Samuel Rutherford, el predicador escocés, desterrado al norte de Escocia, prohibido de predicar, y desterrado de su hogar y de su cargo pastoral. Rutherford vivió entre 1600 y 1661. Fue miembro de la Asamblea de Westminster, Principal del New College, y Rector de la Universidad de St. Andrews. Se dice que fue uno de los predicadores más conmovedores y afectuosos de su tiempo, o, quizás, de cualquier época de la Iglesia. Los hombres decían de él: «Siempre está orando», y en cuanto a la oración de él y de su esposa, uno escribió: «Quien los hubiera oído orar o hablar, podría haber aprendido a

lamentar su propia ignorancia. ¡Oh, cuántas veces he sido convencido, al observarlos, del mal de la insinceridad delante de Dios y de la desabridez en el discurso! Él oraba tanto por su pueblo que él mismo dice: “Allí luché con el Ángel y prevaleció”».

Se le ordenó comparecer ante el Parlamento para responder al cargo de alta traición, aunque era un hombre de logros académicos y raro genio. A veces estaba deprimido y sombrío; especialmente fue este el caso cuando fue desterrado y silenciado de la predicación por primera vez, pues había muchas murmuraciones y cargos contra él. Pero sus pérdidas y cruces fueron tan santificadas que Cristo llegó a ser cada vez más para él. Maravillosas son las declaraciones de su estimación de Cristo. Este devoto hombre de oración escribió muchas cartas durante su destierro a predicadores, a oficiales del estado, a señores temporales y espirituales, a hombres honrados y santos, a mujeres honradas y santas, todas respirando una intensa devoción a Cristo, y todas nacidas de una vida de gran devoción a la oración.

El ardor y el anhelo por Dios han sido características de las grandes almas en todas las épocas de la Iglesia, y Samuel Rutherford fue un ejemplo sorprendente de este hecho. Fue un ejemplo vivo de la verdad de que quien ora siempre, estará envuelto en devoción y unido a Cristo en vínculos de santa unión.

Luego estaba Henry Martyn, erudito, santo, misionero y apóstol a la India. Martyn nació el 18 de febrero de 1781, y zarpó hacia la India el 31 de agosto de 1805. Murió en Tokat, Persia, el 16 de octubre de 1812. He aquí parte de lo que dijo sobre sí mismo mientras era misionero:

«¡Qué conocimiento del hombre y familiaridad con las Escrituras, y qué comunión con Dios y estudio de mi propio corazón deberían prepararme para la obra terrible de un mensajero de Dios en asuntos del alma!»

Dijo uno acerca de este misionero consagrado:

«¡Oh, poder emular sus excelencias, su elevación de piedad, su diligencia, su superioridad al mundo, su amor por las almas, su ansiedad por aprovechar todas las ocasiones para hacer bien a las almas, su perspicacia en el misterio de Cristo,

y su temperamento celestial! Estos son los secretos de la impresión maravillosa que causó en la India.»

Es interesante y provechoso notar algunas de las cosas que Martyn registra en su diario. He aquí un ejemplo:

«Los caminos de la sabiduría me parecen más dulces y razonables que nunca», dice, «y el mundo más insípido y vejatorio. Lo principal por lo que lloro es mi falta de poder, y falta de fervor en la oración secreta, especialmente cuando intento interceder por los paganos. El calor no aumenta dentro de mí en proporción a mi luz.»

Si Henry Martyn, tan devoto, ardiente y dado a la oración, lamentaba su falta de poder y falta de fervor en la oración, ¿cómo debería nuestra fría y débil oración abatirnos hasta el mismo polvo? ¡Ay, qué raros son tales hombres de oración en la Iglesia de nuestros propios días!

De nuevo citamos un registro de su diario. Había estado bastante enfermo, pero se había recuperado y estaba lleno de gratitud porque había placido a Dios restaurarlo a la vida y la salud nuevamente.

«No es que haya recuperado aún mi fuerza anterior», dice, «pero me considero suficientemente restaurado para proseguir mi viaje. Mi oración diaria es que mi reciente castigo tenga su efecto previsto, y me haga, todos los días restantes de mi vida, más humilde y menos confiado en mí mismo.

»La confianza en mí mismo me ha llevado a menudo a longitudes temibles, y probaría mi perdición sin fin, sin la graciosa intervención de Dios. Parece que estoy hecho para sentir este mal de mi corazón más que cualquier otro en este tiempo. En la oración, o cuando escribo o converso sobre el tema, Cristo me parece mi vida y mi fuerza; pero en otros momentos soy irreflexivo y audaz, como si tuviera toda la vida y la fuerza en mí mismo. Tales descuidos de nuestra parte son una disminución de nuestros gozos.»

Entre las últimas entradas en el diario de este misionero consagrado encontramos lo siguiente:

«Me senté en el huerto y pensé, con dulce consuelo y paz, en mi Dios, en soledad, mi Compañía, mi Amigo, mi Consolador. ¡Oh, cuándo dará el tiempo lugar a la eternidad!»

Noten las palabras, «en soledad», lejos de los concurridos parajes de los hombres, en un lugar solitario, como su Señor, salió a meditar y orar.

Breve como es este resumen, basta para mostrar cuán plena y fielmente Henry Martyn ejerció su ministerio de oración. Lo siguiente bien puede servir para terminar nuestro retrato de él:

«Al pesar diariamente las Escrituras, con oración, maduraba más y más en su ministerio. La oración y las Sagradas Escrituras eran aquellos pozos de salvación de los cuales sacaba diariamente el agua viva para su alma inmortal sedienta. Verdaderamente puede decirse de él, oraba siempre con toda oración y súplica, en el Espíritu, y velaba en ello con toda perseverancia.»

David Brainerd, el misionero a los indios, es un ejemplo notable de un hombre de Dios dado a la oración. Robert Hale habla así de él:

«Tal paciencia invencible y abnegación; tal humildad profunda, exquisita prudencia, industria infatigable; tal devoción a Dios, o más bien tal absorción de toda el alma en celo por la gloria divina y la salvación de los hombres, apenas tiene paralelo desde la era de los Apóstoles. Tal era el intenso ardor de su mente que parece haber difundido el espíritu de un mártir sobre los incidentes comunes de su vida.»

El Dr. A. J. Gordon habla así de Brainerd:

«Al pasar por Northampton, Mass., entré en el viejo cementerio, quité la nieve que yacía sobre la losa, y leí estas simples palabras:

»“Sagrado a la memoria de David Brainerd, el fiel y devoto misionero a los indios Susquehanna, Delaware y Stockbridge de América, que murió en este pueblo, el 8 de octubre de 1717.”

»Eso era todo lo que había en la losa. Ahora bien, ese gran hombre hizo su obra más grande mediante la oración. Estaba en las profundidades de aquellos

bosques solo, incapaz de hablar el idioma de los indios, pero pasaba días enteros literalmente en oración. ¿Por qué oraba? Sabía que no podía alcanzar a estos salvajes, pues no entendía su idioma. Si quería hablar en absoluto, debía encontrar a alguien que pudiera interpretar vagamente su pensamiento. Por lo tanto, sabía que cualquier cosa que pudiera hacer debía depender absolutamente de Dios. Así que pasaba días enteros orando, simplemente que el poder del Espíritu Santo viniera sobre él de manera tan inconfundible que estas personas no pudieran estar de pie ante él.

»¿Cuál fue su respuesta? Una vez predicó a través de un intérprete ebrio, un hombre tan intoxicado que apenas podía mantenerse en pie. Esto era lo mejor que podía hacer. Sin embargo, decenas fueron convertidos mediante ese sermón. Solo podemos explicarlo por el tremendo poder de Dios detrás de él.

»Ahora bien, este hombre oraba en secreto en el bosque. Un poco después, William Carey leyó su vida, y por su impulso fue a la India. Payson lo leyó siendo un joven de más de veinte años, y dijo que nunca había sido tan impresionado por nada en su vida como por la historia de Brainerd. Murray McCheyne lo leyó, y él igualmente quedó impresionado por él.

»Pero todo lo que me importa es simplemente reforzar este pensamiento, que la vida oculta, una vida cuyos días se pasan en comunión con Dios, en tratar de alcanzar la fuente de poder, es la vida que mueve el mundo. Los que viven tales vidas pueden ser pronto olvidados. Puede que no haya nadie que pronuncie un elogio sobre ellos cuando estén muertos. El gran mundo puede no tenerlos en cuenta. Pero a su debido tiempo, la gran corriente en movimiento de sus vidas comenzará a hacerse sentir, como en el caso de este joven, que murió a la edad de unos treinta años. El espíritu misionero de este siglo diecinueve se debe más a las oraciones y consagración de este solo hombre que a cualquier otro. »Así digo. Y sin embargo, lo más notable es que Jonathan Edwards, que veló sobre él todos aquellos meses mientras moría lentamente de tisis, también dijera: “Alabo a Dios porque fue en Su Providencia que muriera en mi casa, para que yo pudiera oír sus oraciones, y para que yo pudiera ser testigo de su consagración, y para que yo pudiera ser inspirado por su ejemplo.”

»Cuando Jonathan Edwards escribió aquel gran llamamiento a la cristiandad para unirse en oración por la conversión del mundo, que ha sido el toque de trompeta de las misiones modernas, indudablemente fue inspirado por este misionero moribundo.»

Al espíritu de David Brainerd, John Wesley dio este testimonio:

«Prediqué y después hice una colecta para las escuelas indias en América. Una gran suma de dinero se ha recogido ahora. Pero ¿convertirá el dinero a los paganos? Encuentren predicadores del espíritu de David Brainerd, y nada podrá estar delante de ellos. Pero sin esto, ¿qué harán el oro o la plata? No más que el plomo o el hierro.»

Algunas selecciones del diario de Brainerd serán de valor para mostrar qué clase de hombre era:

«Mi alma sintió una preocupación agradable pero dolorosa», escribe, «no sea que pase algunos momentos sin Dios. ¡Oh, que siempre viva para Dios! Por la tarde fui visitado por algunos amigos, y pasé el tiempo en oración, y en tal conversación que tendía a la edificación. Fue una estación confortable para mi alma. Sentí un ardiente deseo de pasar cada momento con Dios. Dios es indeciblemente gracioso conmigo continuamente. En tiempos pasados, Él me ha dado inexpresable dulzura en el cumplimiento del deber. Frecuentemente mi alma ha disfrutado mucho de Dios, pero ha estado lista para decir: “Señor, es bueno estar aquí”; y así entregarme a la pereza mientras he vivido de la dulzura de mis sentimientos. Pero últimamente ha placido a Dios mantener mi alma hambrienta casi continuamente, de modo que he estado lleno de una especie de dolor agradable. Cuando realmente disfruto de Dios, siento mis deseos de Él más insaciables, y mis sed de santidad más inextinguible.

»¡Oh, que pueda sentir esta hambre continua, y no ser retrasado, sino más bien animado por cada racimo de Canaán, para avanzar en el camino estrecho, por el pleno disfrute y posesión de la herencia celestial! ¡Oh, que nunca me demore en mi viaje celestial!

»Parece como si un miserable tan impío como yo nunca pudiera llegar a esa bienaventuranza, de ser santo como Dios es santo. Al mediodía anhelé la santificación y la conformidad con Dios. ¡Oh, eso es lo único, el todo!

»Hacia la noche disfruté mucha dulzura en la oración secreta, de modo que mi alma anhelaba una llegada al país celestial, el bendito paraíso de Dios.»

Si se indaga sobre el secreto del espíritu celestial de David Brainerd, su profunda consagración y exaltado estado espiritual, la respuesta se encontrará en la última frase citada arriba. Se entregó a mucha oración secreta, y estuvo tan cerca de Dios en su vida y espíritu que la oración produjo mucha dulzura a su alma interior.

Hemos citado los casos precedentes como ilustrativos del gran hecho fundamental de que los grandes siervos de Dios son hombres dedicados al ministerio de la oración; que son los agentes de Dios en la tierra que le sirven de esta manera, y que llevan a cabo su obra por este medio santo.

Louis Harms nació en Hannover, en 1809, y luego llegó un tiempo en que fue poderosamente convencido de pecado. Dijo: «Nunca he conocido lo que era el miedo. Pero cuando llegué al conocimiento de mis pecados, temblé ante la ira de Dios, de modo que mis miembros temblaban.» Fue poderosamente convertido a Dios mediante la lectura de la Biblia. El racionalismo, una ortodoxia muerta y la mundanalidad, retenían a las multitudes alrededor de Hermansburgo, su ciudad natal. Su padre, un ministro luterano, al morir, él se convirtió en su sucesor.

Comenzó con toda la energía de su alma a trabajar para Cristo, y a desarrollar una iglesia de un tipo puro y fuerte. El fruto pronto fue evidente. Hubo un avivamiento por todas partes, la asistencia a los servicios públicos aumentó, la reverencia por la Biblia creció, la conversación sobre cosas sagradas revivió, mientras que la infidelidad, la mundanalidad y la ortodoxia muerta desaparecieron como una nube pasajera. Harms proclamaba un Cristo consciente y presente, el Consolador, en toda la energía de su misión, el avivamiento de la piedad y el poder apostólicos. Todo el vecindario se convirtió en asistentes regulares a la iglesia, el sábado fue restaurado a su santidad, y santificado con

estricta devoción, se erigieron altares familiares en los hogares, y cuando sonaba la campana del mediodía, cada cabeza se inclinaba en oración. En muy poco tiempo todo el aspecto del país cambió completamente. El avivamiento en Hermansburgo fue esencialmente un avivamiento de oración, producido por la oración y dando frutos de oración en una rica y abundante cosecha.

William Carvosso, un antiguo líder de clase metodista, fue uno de los mejores ejemplos que los tiempos modernos han ofrecido de lo que era probablemente la vida religiosa de los cristianos en la era apostólica. Fue líder de oración, líder de clase, administrador y fideicomisario, pero nunca aspiró a ser predicador. Sin embargo, predicador lo fue de la primera calidad, y un maestro en el arte y la ciencia de la salvación de almas. Fue un caso singular de un hombre que aprendió los rudimentos más simples tarde en la vida. Hasta la edad de sesenta y cinco años nunca había escrito una sola frase, sin embargo escribió cartas que harían volúmenes, y un libro que fue considerado como un clásico espiritual en la gran Iglesia Metodista mundial.

No se cree que jamás escribiera una página ni una carta sobre ningún otro tema que no fuera la religión. He aquí algunas de sus breves declaraciones que nos dan una idea de su carácter religioso. «Quiero ser más como Jesús.» «Mi alma te anhela a Ti, oh Dios.» «Veo que nada servirá, oh Dios, sino ser continuamente lleno de Tu presencia y gloria.»

Este era el clamor continuo de su alma interior, y este era el fuerte impulso interior que movía al hombre exterior. En un momento lo oímos exclamar: «¡Gloria a Dios! Esta es una mañana sin nube.» Los días sin nubes eran nativos de su soleada religión y su alegre espíritu. La oración continua y volver toda conversación hacia Cristo en cada compañía y en cada hogar, era la ley inexorable que seguía, hasta que fue recogido a casa.

En el aniversario de su nacimiento espiritual, cuando nació de nuevo, en gran gozo de espíritu lo recuerda, y prorrumpe: «¡Bendito sea Tu nombre, oh Dios! El último ha sido el mejor de todos. Puedo decir con Bunyan: “He llegado a esa

tierra donde el sol brilla de noche y de día.” Te doy gracias, oh mi Dios, por este cielo, este elemento de amor y gozo, en el que mi alma ahora vive.»

He aquí una muestra de las experiencias espirituales de Carvosso, de las cuales tuvo muchas:

«A veces he tenido estaciones de visitación notable de la presencia del Señor», dice. «Recuerdo bien una noche en la cama estando tan lleno, tan dominado por la gloria de Dios, que si hubiera habido mil soles brillando al mediodía, el resplandor de esa gloria divina habría eclipsado el todo. Fui constreñido a gritar en voz alta de gozo. Era el poder abrumador de la gracia salvadora. Ahora fue cuando de nuevo recibí la impresión del sello y las arras del Espíritu en mi corazón. Contemplando como en un espejo la gloria del Señor fui transformado en la misma imagen de gloria en gloria por el Espíritu del Señor. El lenguaje falla al dar solo una débil descripción de lo que allí experimenté. Nunca puedo olvidarlo en el tiempo ni en toda la eternidad.

»Muchos años antes fui sellado por el Espíritu de manera algo similar. Mientras caminaba un día, fui movido a apartarme en el camino público, y bajo el dosel de los cielos, fui movido a arrodillarme para orar. No había estado mucho tiempo orando con Dios antes de ser tan visitado de Él que fui dominado por la gloria divina, y grité hasta que pude ser oído a distancia. Era un peso de gloria que parecía incapaz de soportar en el cuerpo, y por lo tanto clamé, tal vez imprudentemente: Señor, detén Tu mano. En este glorioso bautismo estas palabras vinieron a mi corazón con poder indescriptible: “Te he sellado para el día de la redención.”

»¡Oh, anhelo ser llenado más de Dios! Señor, avívame más en serio. Quiero ser más como Jesús. Veo que nada servirá sino ser continuamente lleno de la presencia y gloria divinas. Sé que todo lo que Tú tienes es mío, pero quiero sentir una unión estrecha. Señor, aumenta mi fe.»

Tal era William Carvosso: un hombre cuya vida estaba impregnada del espíritu de oración, que vivía de rodillas, por así decirlo, y que pertenecía a esa compañía de santos orantes que ha bendecido la tierra.

Jonathan Edwards debe ser colocado entre los santos orantes, uno a quien Dios usó poderosamente por medio de la instrumentalidad de la oración. Como en el caso del gran neoinglés, la pureza de corazón debería estar arraigada en las mismas áreas fundamentales de todo hombre que es un verdadero líder de sus semejantes, un ministro del Evangelio de Cristo y un practicante constante del santo oficio de la oración. Una muestra de las expresiones de este poderoso hombre de Dios se da aquí en la forma de una resolución que él formuló y escribió:

«Resuelto», dice, «a ejercitarme en esto toda mi vida, a saber, con la mayor franqueza a declarar mis caminos a Dios, y a abrir mi alma a Dios: todos mis pecados, tentaciones, dificultades, tristezas, temores, esperanzas, deseos, y todo y cada circunstancia.»

No nos sorprende, por lo tanto, que el resultado de una oración tan ferviente y honesta fuera llevarlo a registrar en su diario:

«Era mi continua lucha día y noche, y mi constante indagación sobre cómo debería ser más santo, y vivir más santamente. El cielo que deseaba era un cielo de santidad. Continuaba con mi ardiente búsqueda de más santidad y conformidad con Cristo.»

El carácter y la obra de Jonathan Edwards fueron ejemplificaciones de la gran verdad de que el ministerio de la oración es el agente eficiente en toda obra y vida verdaderamente ordenada por Dios. Él mismo da algunos detalles sobre su vida cuando era niño. Bien podría ser llamado el «Isaías de la dispensación cristiana». Había en él unidos grandes poderes mentales, ardiente piedad y devoción al estudio, sin igual salvo por su devoción a Dios. Esto es lo que dice sobre sí mismo:

«Cuando era niño solía orar cinco veces al día en secreto, y pasar mucho tiempo en conversación religiosa con otros niños. Solía reunirme con ellos para orar juntos. Así es la voluntad de Dios, por medio de Su maravillosa gracia, que las oraciones de Sus santos sean uno de los grandes y principales medios para

llevar adelante los designios del reino de Cristo en el mundo. Oren mucho por los ministros y la Iglesia de Dios.»

Los grandes poderes de la mente y el corazón de Edwards fueron ejercidos para procurar una unión acordada en oración extraordinaria del pueblo de Dios en todas partes. Su vida, sus esfuerzos y su carácter son una ejemplificación de su declaración.

«El cielo que deseo», dice, «es un cielo pasado con Dios; una eternidad pasada en la presencia del amor divino, y en santa comunión con Cristo.»

En otra ocasión dijo:

«El alma de un verdadero cristiano aparece como una pequeña flor blanca en la primavera del año, baja y humilde en el suelo, abriendo su seno para recibir los agradables rayos de la gloria del sol, regocijándose por así decirlo en un arrebatado calmo, difundiendo alrededor una dulce fragancia, permaneciendo pacífica y amorosamente en medio de otras flores.»

De nuevo escribe:

«Una vez, mientras cabalgaba en el bosque por mi salud, habiendo desmontado de mi caballo en un lugar retirado, como ha sido mi costumbre caminar para la contemplación divina y la oración, tuve una visión, que para mí fue extraordinaria, de la gloria del Hijo de Dios como Mediador entre Dios y el hombre, y de Su maravillosa, grande, plena, pura y dulce gracia y amor, y Su manso y gentil condescendencia. Esta gracia que parecía tan calma y dulce, aparecía también grande por encima de los cielos. La persona de Cristo apareció inefablemente excelente con una excelencia lo suficientemente grande como para absorber todo pensamiento y concepción, lo cual continuó, según puedo juzgar, cerca de una hora. Me mantuvo la mayor parte del tiempo en un torrente de lágrimas y llanto en voz alta. Sentí un ardor de alma por ser, lo que no sé de otra manera cómo expresar, vaciado y aniquilado, para yacer en el polvo; para estar lleno de Cristo solo, para amarlo con todo mi corazón.»

Como fue con Jonathan Edwards, así es con todos los grandes intercesores. Llegan a esa condición santa y electa de mente y corazón por una dedicación completa de sí mismos a Dios, por períodos de revelación de Dios a ellos, haciendo distintas eras marcadas en su historia espiritual, eras que nunca deben ser olvidadas, en las cuales la fe se eleva con alas como águilas, y se le ha dado una visión nueva y más plena de Dios, un agarre más fuerte de la fe, una visión más dulce y clara de todas las cosas celestiales y eternas, y una bendita intimidad con Dios y acceso a Él.

XII. EJEMPLOS MODERNOS DE ORACIÓN

(Continuación)

«Edward Bounds no meramente oraba bien para poder escribir bien sobre la oración. Oró durante largos años sobre temas a los que los cristianos de vida fácilmente dedican un pensamiento. Oró por objetos que los hombres de menos fe están listos a llamar imposibles. Sin embargo, de estas vigiliadas de oración continentales y solitarias, año tras año surgió un don de enseñanza sobre la oración igualado por pocos hombres. Escribió transcendentemente sobre la oración porque era transcendente en su práctica.» —C. L. Chilton, Jr.

Lady Maxwell fue contemporánea de John Wesley, y un fruto del metodismo en sus fases iniciales. Era una mujer de refinamiento, de cultura y de profunda piedad. Separándose completamente del mundo, buscó y encontró la más profunda experiencia religiosa, y fue una mujer completamente apartada para Dios. Su vida fue una de oración, de completa consagración a Dios, viviendo para bendecir a otros. Era notable por sus hábitos sistemáticos de vida, que entraban y controlaban su religión. Su tiempo era economizado y ordenado para Dios. Se levantaba a las cuatro de la mañana, y asistía a la predicación a las cinco. Después del desayuno celebraba un culto familiar. Luego, de once a doce observaba una temporada de oración intercesora. El resto del día lo dedicaba a la lectura, las visitas y los actos de benevolencia.

Sus veladas las pasaba leyendo. Por la noche, antes de retirarse, se celebraban servicios religiosos para la familia y a veces alabando a Dios por Sus misericordias.

Raramente ha sido Dios servido con más inteligencia, o desde una experiencia más rica, un ardor más noble, una nobleza de alma más rica. Fuertemente, espiritualmente y ardientemente apegada a la doctrina de Wesley de la dedicación total, la buscó con persistencia y un celo que nunca flaqueaba. La obtuvo por fe y oración, y la ilustró en una vida tan santa y tan perfecta como se concede alcanzar a los mortales. Si esta gran característica de la enseñanza de

Wesley tuviera hoy modelos y maestros poseedores de la profunda comprensión y experiencia espiritual que tenían Fletcher de Madeley y Lady Maxwell de Edimburgo, no habría sido tan mal entendida, sino que se habría recomendado a los buenos y puros en todas partes por vidas santas, si no por su verborrea.

El diario de Lady Maxwell produce algunos ricos consejos para la oración secreta, la experiencia santa y la vida consagrada. Una de las entradas dice lo siguiente:

«Últimamente me siento dolorosamente convencida de que no oro lo suficiente. Señor, dame el espíritu de oración y de súplica. ¡Oh, qué causa de agradecimiento es que tengamos un Dios misericordioso a quien acudir en todas las ocasiones! Usa y disfruta este privilegio y nunca podrás ser miserable. ¿Quién da gracias por este privilegio real? Pone a Dios en todo, Su sabiduría, poder, control y seguridad. ¡Oh, qué privilegio indecible es la oración! Demos gracias por ella. No compruebo todo el poder de la oración que desearía.»

Así vemos que el remedio para no orar es orar. La cura para orar poco es orar más. La oración puede procurar todas las cosas necesarias para nuestro bien.

Con esta excelente mujer la oración abarcaba todas las cosas e incluía todo. A una de sus amigas más íntimas escribe:

«Desearía poder proporcionarte una criada adecuada, pero es un asunto difícil. Tienes mis oraciones para ello, y si oigo de una te lo haré saber.»

Un asunto tan pequeño como la falta de una criada de servicio para una amiga era para ella un evento no demasiado pequeño para llevarlo a Dios en oración.

En la misma carta, le dice a su amiga que quiere «más fe. Clama poderosamente por ella, y aviva el don de Dios que está en ti».

Ya fuera que la necesidad fuera una pequeña cosa secular como una sirvienta, o una gran gracia espiritual, la oración era el medio para alcanzar ese fin y suplir esa necesidad. «No hay nada», escribe a un querido corresponsal, «tan dañino para el sistema nervioso como la ansiedad. Se ceba en las vísceras y debilita todo

el organismo, y lo que es más que todo, entristece al Espíritu Santo». Su remedio, de nuevo, para un mal común, era la oración.

¿Cómo nos alivia la oración de la preocupación al traer a Dios para que nos alivie, nos posea y nos sostenga? «Por nada estéis afanosos», dice el Apóstol, «sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.»

La figura es la de una guarnición asediada y angustiada, incapaz de proteger el fuerte de los enemigos que lo asaltan, en la que se vierten poderosos refuerzos. En el corazón oprimido, distraído y desanimado, la verdadera oración trae a Dios, quien lo mantiene en perfecta paz y en perfecta seguridad. Esto la señora Maxwell lo comprendía plenamente en teoría, pero lo que era mejor, de forma experimental.

Cristo Jesús es la única cura para el cuidado indebido y la excesiva ansiedad del alma, y aseguramos a Dios, su presencia y su paz mediante la oración. El cuidado es tan natural y tan fuerte que nadie sino Dios puede expulsarlo. Se requiere a Dios, la presencia y personalidad de Dios mismo, para desalojar el cuidado y entronizar la quietud y la paz. Cuando Cristo entra con su paz, todos los temores atormentadores desaparecen, la trepidación y las angustias desgarradoras capitulan ante el reinado de la paz, y todos los elementos perturbadores se retiran. El pensamiento ansioso y el cuidado asaltan el alma, y la debilidad, el desmayo y la cobardía están dentro. La oración refuerza con la paz de Dios, y el corazón es guardado por Él. «Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera» (Isaías 26:3). Todo ahora es seguridad, quietud y confianza. «La obra de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre» (Isaías 32:17).

Pero para asegurar esta gran paz, la oración debe pasar a una súplica personal, esforzada e insistente, y la acción de gracias debe florecer plenamente. Nuestra condición expuesta del corazón debe ser llevada al conocimiento de Dios, por oración y súplica, con acción de gracias. La paz de Dios guardará el corazón y

los pensamientos, fijos e intrépidos. La paz, profunda, inagotable, amplia, fluyendo como un río, entrará.

Refiriéndonos de nuevo a la señora Maxwell, la oímos decir:

«Dios me está enseñando cada día más simplicidad de espíritu, y me hace estar dispuesta a recibirlo todo como su don inmerecido, y a invocarle por todo lo que necesito, según lo necesito, y Él suple mis necesidades conforme a las necesidades existentes. Pero ciertamente he sentido más de esto en estos últimos dieciocho meses que en períodos anteriores. Deseo orar sin cesar. Veo la necesidad de orar siempre, y no desmayar.»

De nuevo la oímos declarar: «Deseo estar mucho en oración. Lo necesito grandemente. La oración de fe cierra o abre el cielo. Ven, Señor, y cambia mi cautiverio.» Si sintiéramos la necesidad de la oración como esta mujer santa lo hacía, podríamos acompañarla en su ascensión santa. La oración verdaderamente «cierra o abre el cielo». ¡Oh, por una calidad de fe que probara hasta el extremo el poder de la oración!

La señora Maxwell pronuncia una gran verdad cuando dice:

«Cuando Dios está obrando, ya sea entre un pueblo o en el corazón de un individuo, el adversario de las almas está peculiarmente obrando también. La creencia en lo primero debe prevenir el desánimo, y el temor de lo segundo debe incitarnos a mucha oración. ¡Oh, el poder de la oración fiel! ¡Vivo por la oración! Que puedas comprobar su soberana eficacia en cada caso difícil.»

Encontramos en los escritos de la señora Maxwell un registro que nos muestra que en la oración y la meditación obtuvo visiones ampliadas de la plena salvación de Dios, y lo que así se descubre, la fe lo persigue, y conforme a su fuerza son sus retornos.

«Cada día siento la necesidad de la preciosa sangre de la aspersión», dice, «y habito continuamente bajo su influencia, y siento muy sensiblemente su soberana eficacia. Es por la fe momentánea en esta sangre sola que soy salva del pecado. La oración es mi principal ocupación.»

Si esta última declaración «la oración, la principal ocupación» hubiera sido alguna vez cierta del pueblo de Dios, este mundo habría sido para este tiempo un mundo completamente distinto, y la gloria de Dios, en lugar de ser oscura, y tenue, y solo en puntos, brillaría ahora con refulgencia y poder universal e incomparable.

He aquí otro registro de su oración ardiente y fiel: «Últimamente, he sido favorecida con un espíritu de oración más ardiente que casi nunca antes.»

Necesitamos estudiar estas palabras —«favorecida con un espíritu de oración más ardiente»— pues son palabras preñadas. El espíritu de oración, el espíritu ardiente de oración y su aumento, y el espíritu de oración más ardiente —todo esto es de Dios. Se dan en respuesta a la oración. El espíritu de oración y el espíritu más ardiente son el resultado de la oración secreta, ardiente e importuna.

En otra ocasión, la señora Maxwell declaró que la oración secreta era el medio por el cual obtenía el mayor beneficio espiritual.

«Ciertamente lo compruebo como un privilegio especial», dice. «No podría vivir sin ello, aunque no siempre encuentro consuelo en ello. Todavía deseo ardientemente una esfera ampliada de utilidad, y encuentro consuelo en abrazar las oportunidades que se me ofrecen.»

Una «esfera ampliada de utilidad» es ciertamente un tema propio de intensa oración, pero esa oración debe estar siempre acompañada de un aprovechamiento de las oportunidades que el presente ofrece.

Muchas páginas podrían llenarse con extractos del diario de la señora Maxwell en cuanto a la importancia vital de, y la naturaleza del ministerio de la oración, pero debemos abstenernos. Durante muchos años estuvo en ardiente súplica por una ampliación de su esfera de utilidad, pero todos estos años de ardiente oración pueden condensarse en una declaración:

«Toda mi alma ha estado sedienta de una esfera de acción más amplia», dice, «conforme a las promesas de un Dios fiel. Durante estas últimas semanas he sido

llevada a rogar fervientemente por más santidad. Señor, dame ambas cosas, para que te alabe.»

Estas dos cosas, por las cuales esta mujer piadosa oraba, deben ir juntas. Son una, y no deben separarse. El deseo de un campo de trabajo más amplio sin el deseo acompañante de un aumento de consagración, es peligroso, y puede ser supremamente egoísta, descendencia del orgullo espiritual.

John Fletcher, también contemporáneo de John Wesley, estuvo íntimamente asociado con el fundador del metodismo. Era un erudito de cortesía y refinamiento, un pensador fuerte y original, elocuente en simplicidad y verdad. Lo que lo calificaba como líder espiritual era su fe extremadamente grande en Dios, su cercanía a Dios y su perfecta seguridad de una relación querida e incuestionable con su Señor. Fletcher tenía convicciones profundas sobre la verdad de Dios, una comunión profunda y perpetua con su Señor y Salvador, y era profundo y humilde en su conocimiento de Dios y experiencia cristiana. Era un hombre de profunda perspicacia espiritual en las cosas de Dios, y su completa seriedad, su verdad y su consagración lo marcaban como un hombre de Dios, bien equipado por todas estas cosas para ser un líder en Israel.

La oración incesante fue el signo y secreto de la santidad de Fletcher, su poder e influencia. Toda su vida fue una de oración. Tan intensamente estaba su mente fija en Dios, que a veces decía: «No me levantaré de mi asiento sin elevar mi corazón a Dios.» Un amigo relata el hecho de que cada vez que se encontraban, su primer saludo era: «¿Te encuentro orando?» Si estaban hablando de teología, en medio de ello se interrumpía abruptamente y decía: «¿Dónde están nuestros corazones ahora?» Si se mencionaba la mala conducta de alguna persona ausente, decía: «Oremos por él.»

Las mismas paredes de su habitación —así se decía— estaban manchadas por el aliento de sus oraciones. Espiritualmente, Madeley era un desierto árido y desolado cuando fue a vivir allí, pero fue tan revolucionado por sus oraciones que floreció y brotó como el jardín del Señor. Un amigo suyo escribe así de Fletcher:

«Muchos de nosotros hemos ido a veces con él aparte, y allí continuábamos durante dos o tres horas, luchando como Jacob por la bendición, orando uno tras otro. Y le he visto en estas ocasiones tan lleno del amor de Dios que no podía contener más, sino que clamaba: “¡Oh Dios mío, detén tu mano o el vaso estallará!” Toda su vida fue una vida de oración.»

John Foster, un hombre de exaltada piedad y profunda devoción a Dios, mientras estaba en su lecho de muerte, habló así acerca de la oración cuando estaba a punto de partir de esta vida:

«Orad sin cesar ha sido la frase que se ha repetido en mis pensamientos silenciosos, y estoy seguro de que será, debe ser, mi práctica hasta la última hora consciente de mi vida. ¡Oh, por qué no fue mi práctica a lo largo de ese largo, indolente e inanimado medio siglo pasado! A menudo pienso con tristeza en la diferencia que habría hecho en mí. Ahora queda tan poco tiempo para una vida espiritual meramente genuina y efectiva.»

La Reforma del siglo XV debe su origen a la oración. En toda su obra vitalicia, comenzada, continuada y terminada, Martín Lutero fue instantáneo en la oración. El secreto de su actividad extraordinaria se encuentra en esta declaración: «Tengo tanto trabajo que hacer que no puedo seguir adelante sin dedicar tres horas diarias de mi mejor tiempo a la oración.» Otro de sus dichos era: «Se necesita meditación y oración para hacer a un teólogo», mientras que su lema cotidiano era: «El que ha orado bien, ha estudiado bien.»

En otra ocasión confesó así su falta: «Fui breve y superficial en la oración esta mañana», dice. ¡Cuán a menudo es este el caso con nosotros! Recuérdese que la fuente de la decadencia en la religión y la prueba de la decadencia en una vida cristiana se encuentran justo aquí, en la «oración breve y superficial». Tal oración denota y asegura extrañeza con Dios.

William Wilberforce dijo una vez de sí mismo: «He estado acostándome demasiado tarde, y por lo tanto he tenido solo una media hora apresurada para mí. Estoy flaco, frío y duro. Haría mejor en permitir más tiempo, digamos dos horas, o una hora y media, diariamente para los ejercicios religiosos.»

Debe estar muy ejercitado y habituado a la oración prolongada aquel cuyas oraciones breves no son superficiales. Las oraciones breves hacen vidas superficiales. La oración más prolongada obraría como magia en muchas una vida espiritual decaída. Una vida santa no sería una cosa tan difícil y rara si nuestra oración no fuera tan breve, fría y superficial.

George Müller, ese hombre notable de fe tan simple pero tan fuerte en Dios, un hombre de oración y lectura de la Biblia, fundador y promotor del famoso orfanato en Inglaterra, que cuidaba de cientos de niños huérfanos, dirigió la institución únicamente por fe y oración. Nunca pidió nada a un hombre, sino que simplemente confió en la Providencia de Dios, y es un hecho notorio que nunca los internos del hogar carecieron de cosa buena alguna. De su periódico siempre excluyó los asuntos de dinero, y las dificultades financieras no encontraron lugar en él. Tampoco mencionaría las sumas que se le habían dado, ni los nombres de quienes hacían contribuciones. Nunca habló de sus necesidades a otros ni pidió una donación. La historia de su vida y la historia de este orfanato se leen como un capítulo de las Escrituras. El secreto de su éxito se encuentra en esta simple declaración hecha por él: «Fui a mi Dios y oré diligentemente, y recibí lo que necesitaba.» Ese fue el simple curso que siguió. No había nada en lo que insistiera con mayor seriedad que en que, fueran los gastos lo que fueran, aumentaran por repentinamente que fuera, no debía mendigar por nada. No había nada en lo que se deleitara más y mostrara más seriedad al contar que en que había orado por cada necesidad que jamás le sobrevino en su gran obra. La suya era una obra de oración continua y sumamente importuna, y siempre afirmaba confiadamente que Dios lo había guiado a través de todo ello. Una prueba más fuerte de una providencia divina, y del poder de la fe simple y de la oración respondida, no puede encontrarse en la historia de la Iglesia ni en la biografía religiosa.

Al escribir a un amigo en una ocasión, John Wesley ayuda, insta y ora, como veremos por lo siguiente de su propia pluma: «¿Has recibido un destello de luz de lo alto, una chispa de fe? Si la has recibido, ¡no la dejes ir! Aférrate por su gracia a esa prenda de tu herencia. Ven tal como eres, y ven confiadamente al trono de la

gracia. No necesitas demorar. Aun ahora las entrañas de Jesús se conmueven por ti. ¿Qué tienes que ver con el mañana? Yo te amo hoy. ¿Y cuánto más te ama Él?

«Él se compadece aún de su oveja descarriada, y anhela traerte a su redil.»

«Hoy oye su voz, la voz de Aquel que habla como nunca hombre habló.»

Las búsquedas de Madame Guyon tras Dios eran sinceras, y sus anhelos eran fuertes y fervientes. Acudió a un devoto fraile franciscano en busca de consejo y consuelo. Expuso sus convicciones y le contó de su búsqueda larga e infructuosa. Después de que ella terminó de hablarle, el fraile permaneció en silencio por algún tiempo, en meditación y oración interior. Luego le dijo:

«Tus esfuerzos no han tenido éxito, porque has buscado fuera lo que solo puedes encontrar dentro. Acostúmbrate a buscar a Dios en tu corazón, y no dejarás de encontrarlo.»

«Cuando Dios ha prometido especialmente la cosa», dijo Charles G. Finney, «estamos obligados a creer que la recibiremos cuando oremos por ella. No tienes derecho a poner un “sí”, y decir: “Señor, si es tu voluntad, dame tu Espíritu Santo.” Esto es insultar a Dios. Poner un “sí” en la promesa de Dios cuando Dios no ha puesto ninguno allí, equivale a acusar a Dios de ser insincero. Es como decir: “Oh Dios, si hablas en serio al hacer estas promesas, concédenos la bendición que pedimos.”»

Podemos concluir apropiadamente este capítulo citando una palabra de Adoniram Judson, el notable misionero a Birmania. Hablando del poder prevaleciente de la oración, dijo:

«“Nada es imposible”, dijo uno de los siete sabios de Grecia, “para la industria.” Cambiemos la palabra “industria” por “oración perseverante”, y el lema será más cristiano y más digno de adopción universal. Dios ama tanto la oración importuna que no nos dará mucha bendición sin ella. Dios dice: “He aquí que yo hago cosa nueva; pronto saldrá a luz; ¿no la conoceréis? Otra vez abriré camino en el desierto, y ríos en la soledad. Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas publicará”» (Isaías 43:19, 21).